

MARYSE RIVIÈRE

ENGANAR A LA MUERTE

Premio
Quai des
Orfèvres
2015

NOV  LA

Índice

Premio Quai des Orfèvres

Prólogo

El grito de la Banshee

Gran Desfile

La chica de los ojos violeta

Agradecimientos

Notas

Créditos

El premio Quai des Orfèvres ha sido adjudicado a un manuscrito anónimo por un jurado presidido por el señor Bernard Petit, director de la Policía Judicial, Quai des Orfèvres, 36. Ha sido proclamado por el prefecto de policía.

Noviembre de 2014

Prólogo

Oscuridad total. El miedo retumbaba en su cabeza. Las menudas partículas de polvo diseminadas en el aire le atenazaban la garganta como una mano invisible. Bajo sus pies, el subsuelo temblaba a base de sacudidas. Morlaix extendió un brazo, luego el otro, impulsado por un instinto de supervivencia que le ordenaba avanzar, a pesar del dolor y del sabor a muerte en la boca. La grava, cortante como el cristal, rasgaba su ropa, le cortaba la piel. Sus conocimientos profesionales

ya no le suponían ninguna ayuda, había perdido todos sus referentes a consecuencia del derrumbe. Un bloque se desprendió, le golpeó violentamente la pierna. Se juró que no moriría allí, no de ese modo en todo caso. Se soltó, reptó hasta una galería más amplia. Todo su ser se estremeció. Tramo a tramo, nadó por un océano de piedras, como un submarinista a pulmón libre.

Debía de haber un pozo de cantera cerca, ¿cómo explicar si no que el simple disparo de un arma hubiera podido provocar un hundimiento así? En ese caso, sobreviviría. Esos pozos nunca están muy lejos de la superficie. Siempre quedaban cavidades que el hormigón no conseguía llenar.

Cómo le había gustado circular por ese París invertido, que recuperaba, como un decorado vacío, su dimensión, grandiosa y teatral. La oscuridad le recordaba las tinieblas originales, las aguas profundas, se había sentido todopoderoso en este universo secreto y silencioso.

Aguzó el oído, creyó escuchar un ladrido en el fondo del abismo. La brigada de vigilancia de la inspección de las canteras había terminado por soltar a sus perros, señal de que le creían todavía vivo. ¡Otra vez, la adrenalina y la angustia! Quedarse quieto. Esperar, agazapado, que sus perseguidores se desanimaran. Posición del feto enganchado a la vida en el vientre de la tierra. *Quizás este desprendimiento es mi oportunidad, todos me creerán muerto y podré volver a empezar.* La idea se abrió paso en él, ayudando a su corazón a recuperar un ritmo prácticamente normal.

La calma parecía haber vuelto a las entrañas de la tierra. ¿Se habían rendido los policías? ¿O habían sido engullidos, ellos también, bajo esas toneladas de yeso? ¿Enterrados vivos? ¿Quizá el capitán Escoffier estaba muerto? Escoffier, su peor enemigo, el único capaz de leer en él.

Una bocanada de oxígeno le devolvió un poco de esperanza: debía de haber una cavidad

cerca.

Un rugido lejano le alertó, la roca vibraba. La línea de metro Porte d'Orléans-Porte de Clignancourt pasaba muy cerca. Se deslizó en dirección al sonido, se levantó en una cavidad vacía con un esfuerzo enorme. La oscuridad se transformó en penumbra; maderos abandonados por los antiguos canteros para sostener la gruta dibujaban formas insólitas. El espacio resonó como si se hubiera ampliado de repente. Jadeando, escaló un montículo de gravilla, alcanzó una luz diáfana que se filtraba en la cima de la cavidad a través de una rejilla de protección. Unos centímetros le separaban del mundo de los vivos. La rejilla cedió con un golpe de hombro.

¡Salvado! ¡Estaba salvado!

Morlaix apareció sobre césped, cegado por el sol, acosado por los ruidos de la ciudad. Maleza, árboles y senderos bucólicos le rodeaban: reconoció los jardines públicos, al pie del Sagrado Corazón. Una pareja de enamorados le

tomó por un operario y siguió su camino besuqueándose, mientras él se mezclaba con los paseantes. Nadie se fijó en sus andrajos polvorientos, en sus andares de borracho, en sus ojos espantados, en los arañazos de sus brazos, en sus dedos abotargados y ensangrentados. Solo un niño le observó con curiosidad y le siguió con la mirada un momento.

Unas horas más tarde, enormes máquinas de obras públicas reparaban los daños. Los ingenieros de las minas calmaban a los vecinos y daban órdenes a voces a los obreros. El ballet mecánico se disponía a verter toneladas de hormigón en las fallas, las bolsas y las bocas de las minas. Había que evitar a toda costa un desprendimiento más grave todavía.

Los policías creían sellar de ese modo la tumba de Yann Morlaix, *ad vitam aeternam!*

No le conocían bien...

Al día siguiente, llegó a la Bretaña en un coche robado, y llamó a la puerta de Michel Le Bihan, su amigo de la infancia. A los doce años, los dos chicos habían firmado un pacto de fidelidad «para siempre». De mayores habían seguido caminos diferentes. Yann había optado por la capital donde llevaba una de las últimas librerías de Montmartre. Michel había preferido una vida provinciana y militante. Enseñaba filosofía en un instituto de Carhaix y presidía una asociación cultural de defensa de la lengua bretona y las raíces celtas. ¡Él, Michel Le Bihan, nunca había matado a nadie! Ahora, la violencia y la muerte les separaban.

Los ojos horrorizados, un rictus de hastío en la comisura de los labios, el profesor de filosofía escuchaba a su amigo que pretendía justificarse:

no era culpa suya haberse convertido en un asesino, la vida lo había decidido así. Un destino banal, una infancia corriente... Había descolgado un diploma de librero en París, y compartía su vida con Lisa, una conferenciante formada en la escuela del Louvre. Ella tenía una hijita que él consideraba suya. El propietario de la librería Point-Virgule, Thibault Lavigne, se apoyaba enteramente en él. Yann se había impuesto como su sucesor natural. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era un excelente profesional, hasta el día en que la ex de su jefe, Nadine Pascoli, una editora con mala reputación, había organizado un complot contra él con intención de apartarle. Yann no había soportado esa humillación. Poco a poco, una fiebre irresistible se había apoderado de él y le había dominado. Se había decantado por el crimen, prisionero de una fuerza que le superaba.

Michel se sentía obligado por su pacto. Y él no era de los que denuncian a un amigo, y mucho menos le entregan a la policía, aunque Morlaix se hubiera convertido en un criminal peligroso. ¿Qué hacer con ese huésped enojoso? Escondió a Yann en una granja abandonada, entre Monts d'Arrée y Montagnes Noires, mientras encontraba una solución.

—Oficialmente, tú ya no existes, solo te queda una cosa por hacer, desaparecer para siempre.

—¿Dónde quieres que vaya?

—Yo conozco gente en Irlanda.

—¿Por qué no en la Patagonia, ya que estamos?

—Nadie irá a buscare a Irlanda.

¿Tenía alternativa Morlaix? Toda Francia conocía su cara.

—Piénsalo bien. No tienes otra salida — insistió Michel Le Bihan, como último argumento.

Yann Morlaix se afeitó la cabeza, se puso ropa anodina, y se concentró en su nuevo personaje. Le Bihan le proporcionó dinero para vivir unos días, y la dirección de Susie O'Brien en las afueras de Dublín.

—No volveremos a vernos —decretó Michel, el día de la partida—. Considera nuestro pacto roto para siempre. Si alguien viene a hablarme de ti, negaré haberte conocido. No puedo hacer nada más por ti...

Era una tarde de otoño, en el puerto de Roscoff.

Envuelto en un anorak que le venía grande y provisto de documentación falsa, Morlaix embarcó en un ferry.

Las costas francesas había desaparecido hacía mucho rato, pero él seguía en el puente del transbordador contemplando los restos de espuma

disolverse en el mar, que se extendía hasta perderse de vista como un inmenso sudario negro.
¿Estaba ya medio muerto o medio vivo todavía?

El grito de la Banshee

1

Dublín, dos años después

La radio hablaba del tiempo y de la parálisis del país. En cuestión de horas, las colinas de Wicklow, las llanuras de Meath, las turberas de Connemara habían quedado pintadas de blanco. Gracias a la corriente del Golfo, el clima solía ser clemente en Irlanda, fresco en verano, suave en invierno. La nieve era excepcional, salvo ese año. La combativa Erin no superaba el tenerse que doblegar ante un enemigo tan banal. Yann Morlaix

tomó Dorset Street, en dirección al suburbio norte. A pesar de la llovizna, consiguió girar en el lugar adecuado para meterse en Ballymun Street.

Desde que había conseguido confundirse con las gentes de Irlanda, ¿qué tenía en común con el antiguo librero de Montmartre, sino el gusto desmesurado por la literatura? Había sabido tachar su pasado, erradicar los restos de su antigua vida. Pasajero clandestino, fugitivo insensible al juego social, maestro de la mentira y de la falsificación, seductor y manipulador.

Ballymun estaba sumergida en la neblina. Unos niños jugaban a tirarse bolas de nieve mezclada con guijarros, en un solar rodeado de bloques de pisos. El barrio era conocido sobre todo por sus carreras de coches ilegales a pleno día, sus camellos callejeros y sus parados que ahogaban la depresión en cerveza. Aunque no tenía nada que ver con los tugurios de la vergüenza del siglo XIX, ese «bonito» cuadro suponía una mancha en la imagen de la megalópolis. El

gobierno rehabilitaba las últimas bolsas de una miseria persistente a golpe de buldóceres, con el proyecto de construcción de un complejo comercial a la americana, que sustituiría los bloques de pisos de Ballymun. Pero «¡gracias a Dios!», exclamaban los vecinos apegados a su barrio, «la crisis lo había impedido».

Una caravana apoyada sobre unos palés emergía de la masa vaporosa. Morlaix había aparcado muy cerca. La caseta hacía las veces de tienda para Susie O'Brien. Gracias a una conexión artesanal con el alumbrado público, una luz paliducha se filtraba por debajo de la puerta, señal de que la propietaria trabajaba todavía. Un chaval había lanzado una bola de nieve sobre la claraboya. La respuesta de Susie no se había hecho esperar.

—*You bastard!*¹ —había gritado ella desde el interior.

Morlaix había empujado la puerta.

—¡Ah, aquí estás! Siéntate, me quedan dos minutos.

Él se había sentado en una silla, entre banastas de verduras y packs de cerveza. Con sesenta años cumplidos, Susie O'Brien trataba de seguir siendo guapa. Disimulaba las canas con un tinte rubio, llevaba vaqueros y deportivas. De lejos, tenía un aspecto todavía joven. De cerca, su cara tenía los estigmas de una vida de lucha y sacrificios. Viuda, vivía sola desde que sus dos hijos habían emigrado a Australia.

Ella había transformado esa *roulotte* en un colmado para pobres, y vendía lo «necesario» a través de una ventana: desde caramelos a preservativos, pasando por una botella de leche, Coca-Cola y cigarrillos del mercado negro... Todo excepto drogas, pues la encargada odiaba la venta directa. Pero su negocio no estaba exento de riesgo. Había que pensar en la Garda que patrullaba, en los servicios sanitarios que aparecían de improviso y en los gamberros que

lanzaban botellas de orines contra las paredes. Pero ella conseguía cubrir sus necesidades. Había soñado con tener una tienda especializada en esoterismo, pero ese tipo de actividad, en Ballymun, era un fracaso seguro.

Susie había recogido a Morlaix como se recoge a un perro vagabundo, sin hacer preguntas sobre su pedigrí. No se trataba de su primer fugitivo. Habituada a las miserias del alma humana, sospechaba que el francés ocultaba algo. Desde su juventud en Ulster, ella había mantenido la costumbre, como una segunda naturaleza, de proteger a hombres que huían.

—¿Tú qué sabes hacer en la vida? —le había preguntado Susie, sin mucha convicción.

—Sé vender libros.

—En mi negocio se venden un montón de cosas, pero libros no. ¿Saber conducir al menos?

—Sí.

—Puede que haya un trabajo de transportista para ti, pero te lo advierto, es temporal. Habrá que

encontrar otra cosa, si quieres comer todos los días.

Al día siguiente, le había presentado a Charlie en las montañas de Dublín. Rodeado de sus esbirros, le había explicado a Yann Morlaix lo que esperaba de él:

—Recoges los paquetes, los transportas de un extremo al otro del país, y no haces preguntas.

La red de Charlie era como una multinacional de actividades tan lucrativas como diversificadas, desde tráfico de drogas a ayuditas a personalidades, pasando por la prostitución. Al cabecilla no le interesaban ni la cara ni la identidad de la mayoría de los hombres o las mujeres que trabajaban para él, con la excepción de Susie a quien conocía desde siempre. Para las operaciones arriesgadas, utilizaba a chavales sin futuro que comían de su mano. Su guardia personal estaba formada por históricos del IRA, tipos duros de pelar que no habían sabido reconvertirse después del proceso de paz. Nacidos en Irlanda

del Norte, durante sus primeros años de vida solo habían conocido disturbios y conflictos. La violencia, la conocían.

Muy rápidamente, el francés había sabido hacerse indispensable a ojos de Charlie que ya no podía pasar sin ese mensajero taciturno y sin ataduras.

Morlaix pasaba por la tienda de Susie una vez a la semana. La propietaria le daba sobres cerrados, maletas o paquetes. Él entregaba la mercancía sin saber qué transportaba. ¿Billetes de banco? Puede. ¿Documentos falsos? Probable. ¿Cigarrillos de contrabando, cocaína o hachís? Seguramente. ¿Armas? Posible. No era su problema. La historia de Irlanda le parecía oscura como la Guinness. Solo la saga de los autores irlandeses le conmovía, hasta el punto de preguntarse cómo un país tan pequeño había podido engendrar tantos narradores, y cuatro premios Nobel de literatura nada menos. Cuando Susie le avisaba, se prestaba también a pequeños

trabajillos para redondear el mes: chico para todo, recadero, jardinero... Trabajos solitarios, preferentemente...

La tendera estaba anotando una lista de artículos para encargar. Mientras esperaba, Morlaix hojeó el *Irish Times*, apoyado en el estante de las chucherías.

—¿Has leído esto? A los políticos les preocupa el aumento de la violencia en Ballymun, hablan de limpiar el barrio.

—¡Menudos hipócritas! Yo sé cuál es la verdadera razón. Los promotores quieren recuperar el solar para construir su maldito centro comercial y llenarse los bolsillos.

Cerró el libro de cuentas, se inclinó sobre la tabla, y sacó un paquete de detrás de los botelleros.

—¡Esta semana solo hay esto! Charlie quiere que se entregue esta noche en Belfast.

—Con esta nieve, no llegaré antes de medianoche.

—*Take care!*² —exclamó ella, al verle marchar con el paquete bajo el brazo.

—Mañana estaré de vuelta —replicó él, sin girarse

Circulaban pocos vehículos por culpa del tiempo. Algunos peatones andaban con dificultades por las aceras nevadas. Morlaix nunca se sentía tan bien como cuando iba solo, al volante de un coche. La atmósfera y la oscuridad densa invitaban a la reflexión. ¡Qué lejos estaban los tiempos de Point-Virgule y de Lisa!

Morlaix prescindía de todo tipo de chivatos como un teléfono móvil con contrato, ordenador con conexión a internet, GPS, y vivía como un nómada. Cambiaba regularmente de alojamiento y de coche, abrió varias cuentas bancarias con nombres falsos, sin talonario ni tarjeta de crédito.

Para sus antiguas amistades en Francia, había pasado al otro lado del espejo, al país de las sombras. Lisa y Michel Le Bihan eran los únicos que sabían que seguía vivo. Telefoneaba a Lisa desde una cabina, de vez en cuando. Periódicamente, le mandaba postales para apoyarla y demostrarle que seguía cerca de ella, porque Lisa era un islote frágil, el único vínculo con su antigua vida que no se había roto definitivamente.

Llegó a Irlanda del Norte después de medianoche. Desde la desaparición de los puestos fronterizos, solo los rótulos de las oficinas de cambio indicaban el paso de un país al otro. Media hora después, circulaba por las calles de Belfast.

Los murales de Falls Road destilaban todavía el odio entre comunidades. Más al oeste, se erguían aún vallas y alambradas, como si la guerra no tuviera que terminar nunca. Él se dirigió a Short Strand, un enclave católico como una provocación

en el corazón del barrio protestante. Llamó a la puerta de una casita de ladrillo. Un tipo en chándal le abrió y recogió el paquete. Los dos hombres intercambiaron apenas unas palabras. La operación no había durado más de tres minutos.

¡Esta vez no volvería directamente a Dublín! Al tomar esa decisión, sintió renacer una pulsión en el vientre y se encaminó hacia el norte.

La Escocia milenaria dormitaba al otro lado del mar. Sus músculos, ya acartonados por el esfuerzo de la conducción, se tensaron premonitoriamente al ver las luces del hotel Causeway. Por prudencia, dejó el coche un poco más lejos, a la entrada de un campo aislado.

Cuando Charlie le pedía que enviara paquetes a Escocia, Morlaix se paraba en el Causeway para beber una cerveza. A veces fumaba en un banco con Aine, una joven recepcionista, regordeta y fuerte. Ella le había confiado su sueño de vivir en

una gran ciudad, de ser empleada de un despacho o camarera de hamburguesería, todo antes que recepcionista en lo más recóndito del condado de Antim. Aine se consolaba contemplando el mar y comiendo magdalenas con chocolate.

En la oscuridad, él rodeó el edificio hasta la planta baja del ala este. Aine le había indicado, imprudentemente, la ubicación de su habitación que daba al mar. Morlaix pasó sobre la barandilla de la terraza y abrió la contraventana con un golpe de destornillador. En el interior de la estancia, la joven, profundamente dormida, no sabía que solo le quedaban unos minutos de vida. Morlaix se acercó a la cama iluminada por un rayo de luna, evitando mirar la cara de la víctima. Aine no debía adquirir forma humana. Ella no tuvo tiempo de gritar. Él la agarró por la garganta y el martirio empezó. El hombre notó que su «fuerza» se decuplicaba. Fue como si todos sus sentidos se electrificaran.

Aine McBride descansaba sobre las sábanas blancas como una «bella durmiente». Aun a costa de una decepción y frustración profundas, él se había cobrado la revancha de la vida. Tras la fiesta del cuerpo y la exaltación, siempre llegaba la nada, el fracaso integral. En todos los casos, la espera resultaba más excitante que la acción.

Sin tratar de maquillar su crimen, él salió de la habitación como había entrado. El resplandor rosado del alba a través de las nubes iluminaba una franja estrecha de tierra arrasada por los vientos. La jornada estaba a punto de empezar. La vida recuperaba sus derechos. Aine no trabajaba hasta mediodía, nadie notaría su ausencia hasta entonces. El asesino estaría lejos cuando la *chambermaid*³ descubriera, horrorizada, el cuerpo torturado de la joven.

Un periodista del *Ballymena Observer* escribiría: «Entre todas las leyendas, la de la Banshee es la más terrorífica. Ese espíritu femenino solo se aparece a los hombres para anunciarles la muerte. Adopta la apariencia de una mujer con el cabello enmarañado, vestida con una larga túnica blanca, y pálida como un cadáver. Su grito evoca el aullido de un lobo, pero también la llamada de un niño, los lamentos de una parturienta o el grito del ganso salvaje. Quien lo oye no lo olvida nunca. Nadie escuchó el grito de la Banshee ayer noche, pero el espíritu maléfico rondaba sin ninguna duda alrededor de Causeway».

Cuando volvió a Dublín, Morlaix se detuvo junto al Grand Canal. Por sus aguas fluía el imaginario irlandés, el alma de los autores desfilaba por sus riberas: Bernard Shaw con la barba poblada, Beckett con su mirada de águila, Wilde con los

labios carnosos y sensuales, Yeats el atormentado, Joyce el grande, Swift, Burke y todos los demás..., procesión fascinante y letanía fabulosa del espíritu irlandés. Sentado junto a Kavanagh, el poeta convertido en una estatua sobre un banco, él siguió las aguas verdes con la mirada. Los cisnes y los patos se deslizaban entre los juncos, entre la hierba agreste. Todo aquello terminaría un día, pero él prefería no pensar en ello.

Aún no...

Volvió al estudio que alquiló con un nombre falso. El apartamento superior tenía acceso a la calle por una escalera exterior; su habitación daba al lado del canal y se abría a un jardincito protegido por un muro alto. Solo conocía a su vecino de infortunio por el roce de sus pies en el suelo y el sonido de su tos. Probablemente era un exilado como él, a juzgar por el empeño que dedicaba a ser invisible.

Morlaix se sumió en una de esas meditaciones cuyo secreto dominaba, reflexionó

sobre el sentido de sus actos, acosado por seres imaginarios, poblado de referencias literarias. ¿Qué le importaban los honores o el dinero? ¿El sexo? Le bastaba con hacer un gesto para acumular conquistas. Matando, no buscaba el disfrute erótico, sino un sentimiento de dominio total que le igualaba a Dios. Solo el sacrificio prohibido le proporcionaba el placer extático, alimentaba su ilusión de vivir más intensamente. Impresión fugaz, pero reproducida hasta el infinito.

¡Y como todos los grandes asesinos, actuaba con las manos vacías!

2

París

El invierno jugaba una prórroga. En las calles de la capital, los copos de nieve densa ralentizaban la circulación. La ciudad se había revestido de una falsa apariencia virginal, apariencia engañosa cuando uno sabe lo que se trama tras los muros de una megalópolis. Yo volvía a mi casa a pie, tras haber pasado la tarde en el Instituto de Medicina Legal. Triste y asqueado, atravesé el Jardin des Plantes et les Arènes de Lutecia. Lo que acababa

de ver me repugnaba. Mis pensamientos estaban contaminados por las imágenes de un cuerpo mutilado. La violencia no bastaba, la barbarie aparecía cada vez más a menudo en los actos criminales.

Yo me preguntaba sobre mi futuro. Una temporada en la policía no te deja indemne. «Policía un día, policía siempre». Uno arrastra esa segunda piel toda su vida. ¿Aparte de detective privado, a qué otra actividad podía dedicarme? Imaginé el anuncio: «Damien Escoffier, adulterios, vigilancias, investigaciones. Discreción asegurada, presupuesto gratis». ¡No, gracias!

En mi juventud, quise ser abogado, «defender a las víctimas y a los oprimidos», vocación que abandoné cuando murió Cécile, la mujer que amaba. La había encontrado sin vida en su apartamento, asesinada con un ritual vudú. El criminal había sido detenido enseguida. Durante el juicio, yo comprendí que nunca podría pavonearme con una toga de abogado, bajar los

escalones del tribunal a paso ligero, defender o jugar con la verdad con aspavientos de picapleitos. Un año más tarde, entré en la policía. Mi amigo psiquiatra, Arnaud Benavent, había intentado disuadirme, afirmando que mi motivación era vengar la muerte de Cécile, una razón muy poco razonable en su opinión.

Entre las paredes de la Crim',⁴ conseguí levantar cabeza y conocí a Bérangère Fernández.

Tras intentar la convivencia, habíamos decidido vivir cada uno en su casa. Dos policías bajo el mismo techo, había resultado imposible. Ella había dejado el Quai des Orfèvres para entrar en la brigada financiera. Seguíamos viéndonos todas las semanas. Durante mucho tiempo, yo había creído que mi inestabilidad y mi comportamiento de adolescente eterno se debían a la muerte de Cécile. Pero el pasado no tenía nada que ver con aquello, esa era mi naturaleza profunda...

Me disponía a pasar la velada metido en la cama, viendo un western o un documental, todo menos una serie policíaca de mierda, después de haber degustado guisos agridulces comprados en Kim, en la esquina de la calle Saint-Jacques. Me faltaban unos cien metros para llegar a la plaza Maubert, cuando mi teléfono vibró en el bolsillo del anorak.

—Damien, ¿dónde estás? —vociferó Pichot, nuestro jefe de grupo.

—A dos pasos de mi casa, ¿por qué?

—Da media vuelta, te esperan en el despacho del jefe.

—¿De qué se trata?

—Ven y lo verás.

Sobre el puente Saint-Michel, los parisinos apretaban el paso, la multitud avanzaba por oleadas. Las sirenas gemían sin cesar en las inmediaciones de la prefectura de policía.

El asunto debía de ser grave a juzgar por el pesado silencio que dominaba la oficina del

inspector de división Saulieu. El comisario Ughetti tenía la expresión ceñuda. Loyrette, Kader y Girodeau, instalados en sus sillas alrededor del despacho oval, mantenían los brazos cruzados. Un olor a sudor flotaba en la sala. Arrostéguy, el litigante, manoseaba su pelota de espuma como si fuera pasta de pan, desde que un cardiólogo le había desaconsejado fumar en pipa.

—Ahora que estamos todos, Pichot, enseñe sus cartas —soltó Saulieu.

El subinspector vaciló, como si tratara de convencerse a sí mismo.

—Tened por seguro que no os he hecho venir para comentar la predicción del tiempo. La oficina central nacional nos ha contactado con urgencia este mediodía...Un asunto grave en Irlanda...

Hasta ahí, nada anormal, las redes de la criminalidad se despliegan como los tentáculos de un pulpo, un día u otro las policías de todo el mundo tienen que colaborar.

—Es una historia sin el menor sentido, os aviso —intervino Ughetti—. ¿Quién de vosotros cree en los fantasmas?

— En Irlanda se han cometido tres crímenes sin explicación —añadió Pichot.

—¿En qué nos afecta eso, si «no tienen explicación»? —preguntó el pleitista.

—El ADN obtenido en el lugar de los hechos no corresponde a ninguna fórmula de su base de datos. Los irlandeses se han puesto en contacto con el BCN de todos los países europeos y también con la Interpol. Nuestros colegas del FNAEG⁵ han establecido inmediatamente un vínculo con el ADN de Yann Morlaix, el hombre que habíamos dado por muerto en el fondo de una sima, hace poco más de dos años. Su ADN seguía en nuestros ficheros.

—¿Qué? —grité yo—. ¿Morlaix estaría vivo?

—Dios mío —murmuró Loyrette entre dientes.

El recuerdo de aquella antigua investigación nos estalló en la cara.

—¿Qué significa esta mistificación? —gruñó Arrostéguy cuyo aliento contenía el pimiento de Espelette, la pelota vasca y las carreras de vaquillas por las calles de Bayona.

—¿Qué es este delirio? —se indignó Girodeau—, ¿quieren hacernos creer que el fantasma de Morlaix sigue matando?

—Ni Lucifer en persona habría salido de ese infierno de Montmartre —insistió el subinspector Loyrette.

—Dicho claramente eso significa que Morlaix habría sobrevivido al derrumbe de la cantera y al derramamiento del hormigón, y que habría huido a Irlanda.

—¡Hijo de puta! —soltó Girodeau.

—Pichot os traslada la información tal como le ha llegado —aplacó los ánimos el comisario Ughetti—. Por el momento, no sabemos nada más. El BCN comunicó los resultados a los irlandeses,

e informó a las autoridades diplomáticas inmediatamente. —Y añadió—: Morlaix es un viejo conocido de algunos de nosotros.

Las miradas convergieron en mí. Yo encogí los hombros con gesto de impotencia. Durante la investigación anterior, me había lanzado tras las huellas de Morlaix en las vías subterráneas de la Butte, asumiendo riesgos irracionales. Retenido unas horas como prisionero por el asesino, había tenido tiempo de sobra para valorar la complejidad de su personalidad. Yo era el único que le había tratado tan de cerca, que le conocía realmente. Había tenido mis dudas sobre el modo como había desaparecido. Había informado a mis colegas, argumentando que habría sido preferible ver sus restos con nuestros propios ojos para tener una prueba de su muerte. Ellos me habían ignorado, acusándome de quererlo complicar siempre todo. Con el tiempo, yo me había sumado a su opinión, pero me incomodaba una sensación de asunto inconcluso.

—Me cuesta decirte esto, pero estoy obligado a admitir que tenías razón, Damien —reconoció Pichot. Y precisó—: El expediente vuelve a manos de nuestro grupo.

—Un hombre es como un animal salvaje —creyó oportuno añadir el pleitista—, una vez que ha saboreado la sangre, siempre vuelve.

—Mantengamos la cabeza fría —aconsejó el inspector—. Al fin y al cabo, siempre es posible que se trate de un error.

El grupo se quedó en silencio un momento, más bien desconcertado por esa circunstancia. La posibilidad de haber sido timados, embaucados por un usurpador, significaba un tremendo golpe para nuestro ego habitualmente sobrado. Todos éramos conscientes de las dificultades futuras. Si la noticia se confirmaba, la brigada quedaría salpicada. Era de esperar que hubiera un gran revuelo en los ministerios, por no hablar de que las jerarquías no se privarían de exigir explicaciones.

—Entretanto, ¿qué hacemos? —quiso saber Kader.

Kader era un nuevo recluta, un «pipiolo», en nuestra jerga. Le habían contratado por su perfecto dominio del idioma árabe, y aportaba una mirada fresca a ese lance imprevisto.

—Los irlandeses nos envían dos investigadores —anunció el jefe de grupo—. Yo les he pedido un peritaje de comprobación urgente del ADN. Reabriremos los archivos, uno a uno, desde mañana por la mañana.

—No hace falta decirnos que el asunto no debe divulgarse, ni una palabra a los periodistas —precisó Ughetti.

A medianoche, Saulieu concluyó:

—Se hace tarde, señores. Vuelvan a casa, mañana lo veremos más claro.

La calma volvió al 36 y L'île de la Cité. La nieve había cesado y las sirenas habían callado. «Dormid, gentes de bien, nosotros os protegemos»,

parecían difundir las farolas del puente Saint-Michel.

Al volver a casa, telefoneé a Bérangère y le comuniqué el regreso de Morlaix al escenario del crimen.

—¿Pero qué dices? Morlaix está muerto y enterrado bajo toneladas de hormigón —estalló ella desde las profundidades de su cama.

—Han encontrado su ADN en Irlanda, en tres cadáveres.

La oí reprimir una carcajada a través del auricular.

—¿Me tomas el pelo?

—No, nunca he hablado más en serio.

Silencio al teléfono.

—¡Vaya! ¿Qué vais a hacer?

—Los irlandeses desembarcan en un par de días para una misión coordinada, esperamos sus explicaciones.

En aquel momento, yo no sospechaba que ese resurgimiento me llevaría lejos de París, lejos de

mi vida.

Y lejos de Bérangère...

3

De acuerdo con las órdenes de Charlie, Yann Morlaix había llegado a Glendalough a primera hora de la tarde. Estaba citado con un desconocido en el cementerio contiguo a la sede monástica fundada por Kevin en el siglo VI, y caminaba entre las ruinas de la antigua capilla. Cruces célticas erosionadas, muros de piedra, una torre redonda que se erigía como un espectro en medio de las tumbas, numerosos vestigios de una civilización hoy desaparecida, velados por la humedad que se

posaba en el valle y envolvía el cementerio. Bajo la bruma, el paisaje era de una profunda melancolía. Apoyado en el muro de la capilla, Morlaix pensaba en los escritores a los que había inspirado este tipo de paisajes. Un día, todo aquello dejaría de existir, incluso las ruinas se convertirían en polvo. No quedaría nadie para recordarlo. «Y de nuevo, el mundo girará sobre la espiral insólita», escribió Yeats.

Pasos sobre la grava le devolvieron a la realidad. El hombre que avanzaba entre las tumbas, sujetaba un gran sobre marrón bajo la cazadora. Su conversación fue breve. Morlaix debía ir a Limerick donde dejaría el sobre antes de cambiar su Panda por un BMW, en el garaje habitual. Luego, debía subir hasta Galway para entregar un paquete que le daría el garajista. Charlie le daba tres días para completar la operación. En cuanto transmitió las consignas, el hombre desapareció en la naturaleza.

La lluvia arreciaba. El francés corrió hasta el *bed & breakfast* donde había alquilado una habitación, con un nombre falso sacado de la lista de patronímicos ficticios a la que recurría en función del lugar y las circunstancias.

Un fuego de turba acababa de consumirse en la chimenea del salón. El televisor tenía sintonizado el canal de noticias. Seguían hablando del crimen de Causeway. El responsable de los servicios policiales respondía a las preguntas prometiendo resultados inmediatos: «La policía norirlandesa y la del Eire aunarían esfuerzos para acabar con esta serie de asesinatos inhabituales en tierras de Irlanda».

Él recorrió el pasillo y subió a su habitación. A pesar del mal gusto de la decoración, la casa era confortable. El propietario, un mocetón con aspecto de jugador de rugby, llevaba solo su pequeño negocio. Suspicaz, le había preguntado de dónde venían, él y su acento, y qué hacía en la zona. Quizás para que se sintiera a gusto, en

realidad. Pero ante la duda, Morlaix prefería no eternizarse, y levantaría el campamento a la mañana siguiente a primera hora.

Desde su ventana, contempló el paisaje. La mancha roja del autobús procedente de Dublín se balanceaba en las curvas, con los montes de Wicklow como telón de fondo. Él había trabajado a menudo en este condado, hogar de propietarios cebados por el auge del Tigre Celta, que contrataban sin hacer demasiadas preguntas y pagaban en efectivo. Palafrenero en un club de equitación, chico para todo de un promotor, o jardinero en la impresionante propiedad de Powerscourt... Ese último trabajo le había gustado, más que ningún otro. En apenas dos meses, los operarios volverían a poner a punto el golf, el césped y los jardines. Docenas de jardineros ataviados con monos caqui se afanarían de nuevo. Pero esta vez sin él, porque nunca se quedaba demasiado tiempo en el mismo sector. Cuestión de estrategia y de previsión.

Con la frente apoyada en el cristal, Morlaix reflexionaba. Los periódicos le describían como un monstruo sediento de sangre, como el «Jack el Destripador del siglo», cuando a él solo le gustaba la belleza de las cosas. El poeta Seamus Heaney había comprendido perfectamente la lucha entre el Bien y el Mal, el contraste entre la poesía y la tragedia del mundo. Entre ambas, el vacío... *De todos modos, es necesario que el mal supure por algún sitio.*

Los especialistas afirman que los criminales en serie se ejercitan desde la infancia con animales. En su caso, aquello había surgido tardíamente. Su placer por matar se mezclaba con consideraciones de orden metafísico. Había intentado realmente cambiar. ¿No había hecho buenos propósitos cuando abandonó Francia? ¿No le había prometido a Michel Le Bihan que adoptaría un comportamiento ejemplar? Había mantenido su palabra durante dos años. Pero

resistirse al mal había resultado más insoportable que el propio mal.

Sentado frente a una mesita, interrogó a su imagen en el espejo, y escribió en una postal con una reproducción del emplazamiento monástico: «Mi pequeña Lisa, te escribo desde un lugar mítico...». A Lisa le gustaría, siempre le había fascinado el ascetismo de los místicos irlandeses. Tuvo ganas de telefonar, de reunirse con su pequeña flor de Francia. El rostro de la mujer se le impuso, y esa imagen le quebró. Se recuperó — no dejarse llevar por la emoción—, rompió la postal y volvió a la ventana. La tranquilidad, la escala de tonos verdes y azules, los caminos forestales, el lago donde no se movía ni una ola, ese lugar aportaba paz a su cuerpo. Se sentía como el monje de Iona: maravillado y melancólico.

4

Subí la escalera de la brigada criminal, con prisa, como de costumbre. Para recibir a los irlandeses, me había puesto un traje de franela gris y me había lustrado los zapatos. Mostré mi identificación en la garita de seguridad del segundo piso, saludé a compañeros de otros grupos a través de los resquicios de las puertas. Por la expresión que tenían, entre molesta y compasiva, adiviné que la noticia se había expandido por todos los rincones del edificio.

Llegué a las oficinas de grupo Pichot: dos salas contiguas, la más espaciosa destinada a las reuniones. Sobre la puerta de entrada, una simple placa impresa: «Pichot». Para los iniciados, ese nombre evocaba determinados asuntos, un método, un estilo. Una armario repleto de expedientes y coronado con una planta moribunda, un tablón blanco, un plano de París, dos reproducciones de Picasso en las paredes, escritorios y sillas desparejadas formaban el mobiliario.

Kader había abierto las ventanas de par en par para renovar el aire. Loyrette tecleaba en un ordenador mientras Arrostéguy releía el informe del BCN. Girodeau entró, con las manos cargadas de vasos de café. Le seguía Pichot que cerró la puerta con un golpe de hombro.

—¿A qué hora llegan esos? —preguntó Loyrette.

—Su avión aterriza a mediodía —respondió el jefe de grupo.

Luego se volvió hacia mí:

—Damien, tú dominas el inglés, según creo.

Yo asentí con un gesto. Después de estudiar derecho, había pasado un año en los Estados Unidos, acumulando experiencias y contactos, y perfeccioné el inglés en los campus relacionándome con estudiantes extrovertidos.

—Perfecto, tú me ayudarás durante la entrevista.

Pasamos la mañana relejendo dosieres, declaraciones e informes que sintetizaban la antigua investigación.

Los agentes de policía Robert Lynch y Sam Curtis se dejaron caer por la Crim', a primera hora de la tarde. El primero tenía un físico a lo Peter O'Toole anciano, cuya tez revelaba una tendencia endémica a las bebidas aromatizadas con flor de lúpulo, y el segundo aspecto de buen padre de familia. Colgaron sus impermeables en el perchero y se acomodaron frente a la mesa del comisario.

Lynch hablaba un francés impecable.

—No tengo ningún mérito —explicó—, estudié en Francia y me casé con una compatriota vuestra, de Auvernia.

En cuanto a Curtis, chapurreaba el francés y gesticulaba con las manos.

Explicaron que los cuerpos de las jóvenes, de raza blanca, habían sido descubiertos en la turba, uno en el condado de Clare, otro en el de Wicklow, en un intervalo de dos meses. Sacaron unas fotografías de un maletín, y expusieron las características del método utilizado, idéntico en los dos casos. Las víctimas habían sido estranguladas. Cuerpos sin vida, de color verde oscuro, con marcas en los miembros y los rostros más dorados que negros, como recubiertos con una base de maquillaje barato. La turba esponjosa y la retama en flor en segundo plano. Para evitar el riesgo de hundirse en la tierra saturada de agua, la policía técnica y científica había colocado rejillas para analizar la escena del crimen.

—Nunca había visto cadáveres de este color —comentó Arrostéguy, inclinado sobre los negativos.

Yo pensé en moldes o en estatuillas de Modigliani.

—Es la turba —respondió Curtis, con un marcado acento que se podía cortar como un cuchillo.

—La acidez y la falta de oxígeno en el suelo permiten una conservación excepcional —añadió «Peter O'Toole»—. Los cuerpos se conservan porque los insectos no tienen tiempo de entrar en acción. Eso provoca también este color. ¿Nunca han oído hablar de los «hombres de las turberas»?

—No.

—Centenares de cuerpos momificados, de la edad de hierro, descubiertos en Irlanda y en otros países nórdicos. Casi intactos. La turba los conservó formando una coraza protectora. ¡La turba forma parte de nuestro patrimonio, con tanto derecho como el arpa o el *hurling*!⁶

—Vayamos a los hechos —le cortó Pichot, a quien este tipo de digresiones molestaban sobremanera.

Robert Lynch sacó unas fichas de su cartera, carraspeando.

—Deirdre Gilson fue estrangulada el pasado septiembre en el condado de Clare. Se le pierde la pista en el festival de los solteros de Lisdoonvarna. Unas semanas más tarde, un turista tropieza con una mano que sobresale de la tierra, cerca del dolmen de Poulnabrone donde estaba enterrada.

Cogió una segunda ficha y continuó:

—Brigid O'Connor fue asesinada dos meses después, en las montañas de Wicklow. Tenía veinticinco años y era camarera de un restaurante para turistas, en la carretera de Glendalough. Desapareció cuando volvía a casa después del trabajo. Un criador de ovejas encontró su cuerpo en un matorral, cuando buscaba un animal perdido.

Nosotros escuchábamos sin pestañear.

—El mes pasado, nuestros colegas norirlandeses fueron informados del asesinato de una chica, en el condado de Antrim. Aine McBride, estrangulada en una habitación del hotel Causeway donde trabajaba de recepcionista.

—Tres crímenes en total —recalcó Sam Curtis.

—Gracias, sabemos contar —refunfuñó Pichot, a quien la macabra enumeración ponía nervioso.

—Las tres víctimas eran rubias. No hubo violencia sexual, ni *ante ni post mortem*, los forenses descartan indicios de un depredador sexual. La huella genética hallada en el lugar de los hechos no figura en nuestros archivos, hemos ampliado la búsqueda a toda Europa, como saben.

Silencio incómodo en la sala. En los tres casos, se trataba del ADN del ciudadano francés Yann Morlaix.

—¡Ya ven! —exclamó Pichot, hundiéndose en la silla—. Morlaix lleva dos años muerto, señores.

A menos que creamos en fantasmas o en aparecidos, no veo cómo su espectro habría podido cometer esos crímenes. Su cuerpo reposa para siempre en las profundidades de una cantera de Montmartre.

—Sí, me lo han explicado por teléfono, pero... ¿ustedes le han visto muerto? ¿Han podido reconocer su cadáver?

—El subsuelo de Montmartre es como un gruyere y los trabajos de búsqueda habrían provocado un desprendimiento más terrible aún. Los ingenieros de minas vertieron toneladas de hormigón como medida de precaución. Les aseguro que era imposible escapar.

—Sin embargo el ADN es irrefutable —dijo Curtis, frotándose las manos con nerviosismo—. No pueden rebatir las informaciones proporcionadas por su propio fichero nacional.

¡Tozudo, el tío! En su época, César consideró a los celtas los bárbaros más tenaces.

Aparentemente, los siglos no habían atenuado su contumacia.

Pichot desconfiaba de esa técnica que adquiría cada vez más importancia en la profesión. Ciertamente, el descubrimiento del ADN había revolucionado los métodos policiales. Los ingleses habían sido los primeros en utilizar la huella genética para determinados requerimientos de una investigación. Circunspectos al principio, los franceses habían seguido sus pasos varios años después. Hoy en día, una sola célula podía bastar para hundir a un asesino. A partir de entonces se habló de «virtopsia» o autopsia virtual, una técnica revolucionaria que utilizaba la imagen tridimensional, y no dejaba escapar ninguna de las circunstancias del crimen. Pichot seguía confiando en el olfato de sus hombres. La ciencia de acuerdo, pero «hasta que se demuestre lo contrario, todavía eran los hombres los que pensaban».

Última tentativa del jefe de grupo:

—Un «falso positivo», eso existe.

—Pero tres veces, reconocerá que es improbable.

Con sus ojos color de *lough*,⁷ entre el verde esmeralda y el azul grisáceo, Lynch me miró de repente, como si adivinara la relación particular que el asesino y yo habíamos mantenido en las minas.

—¿Qué tipo de tío es, ese Morlaix? —me preguntó.

Yo interrogué con la mirada a Pichot que asintió con la cabeza.

—Huidizo, irracional.

—¿Alguna particularidad?

—Su cerebro parece habitado por docenas de personajes.

—Morlaix era librero —consideró oportuno precisar Arrostéguy.

—Es imposible prever qué va a hacer o decir —añadí yo—, escapa a cualquier clasificación. Su coeficiente intelectual es superior a la media, y es un manipulador nato. Seduce y despista a sus

interlocutores para manejarles mejor y conseguir sus fines.

Mientras hablaba, me di cuenta de que acababa de esbozar el retrato tipo del asesino en serie.

Cuando terminó la jornada, los irlandeses se instalaron en un hotel del barrio del Odeón. Durante dos días, inspeccionaron los archivos en compañía de Arrostéguy. Se organizó un encuentro informal con el juez de instrucción que había llevado el caso Morlaix, para intercambiar impresiones y datos.

Cuando volvió a Dublín, Lynch nos envió un correo electrónico para agradecernos la acogida que les habíamos dispensado.

Después de esa visita, Ughetti y Pichot hablaron largamente con el fiscal. Unos días más tarde, se

abrió una «nueva pesquisa», el juez Manzano fue designado para instruir la, y la nueva investigación se reanudó oficialmente.

— ¡Yann!

Morlaix se sobresaltó al oír su nombre de pila, poco frecuente en Irlanda. ¿Alguien le había reconocido pese a que se esforzaba en pasar desapercibido? Por el retrovisor vio a una mujer corriendo hacia un niño y repitiendo: «¡Yann, ven aquí inmediatamente!». Turistas franceses. Morlaix siguió adelante con ciertos sudores y un pellizco en el corazón. Agarró el volante, y esperó a que el semáforo se pusiera verde para subir al ferry.

Según lo convenido, había cambiado su Panda por un BMW en el garaje de Limerick. El garajista le había dado el paquete que debía entregar en un pub de Galway. Como de costumbre, Morlaix ignoraba lo que contenía el envoltorio. Había bordeado el río hasta el embarcadero de Tarbert. Ya había recorrido el Shannon a bordo de un barco de placer, desde Carrick-on-Shannon a Limerick, unos meses antes. Guardaba un recuerdo deslumbrante de la naturaleza desfilando ante sus ojos. Desde su punto de vista, un barco era el escondite ideal. Había terminado su viaje en este estuario cuyas aguas grises reflejaban un cielo tormentoso.

Cogió su mochila, rebuscó en el interior y abrió *Los aforismos* de Bernard Shaw. Había decidido leer exclusivamente en inglés desde que había desembarcado en la isla de los Santos. Al azar, leyó: «Un cínico es un hombre que conoce el precio de todo y el valor de nada». Apoyó la nuca

en el reposacabezas. Estaba bastante de acuerdo con esa forma de nihilismo.

Hasta el momento todo había ido muy bien. A pie, en coche, en barco, se movía sin parar. Instintivamente, adivinó que el combate y el último asalto estaban cerca, ya oía el cuerno resonando en su cabeza, pero no estaba dispuesto a rendirse. Los locos se acercarían tanto al imperio de los Muertos que pedirían clemencia.

El semáforo se puso verde. Coches y camiones se encaminaron hacia el ferry. Él dejó el BMW sobre el puente y subió a la crujía a merced del viento. A Morlaix le gustaba disfrutar de la brisa, entre río y océano. Desde su puesto, vigilaba las idas y venidas, poseía un olfato demostrado para localizar a un policía vestido de civil. El ferry se puso en marcha sobre las aguas del río. Se disponía a realizar una travesía de veinte minutos.

Nada le pareció sospechoso: varios turistas, tres camioneros, faltaba mucho para las

muchedumbres de los meses de verano. El crío que había respondido al nombre de Yann corría entre los coches, se escondía detrás de las camionetas.

Una escena le vino a la mente. Una imagen tan abrumadora que olvidó el presente. El otoño anterior, él iba a bordo de ese mismo ferry, en dirección a Killimer. Un grupo de cuatro chicas reían y charlaban sobre el puente. Entre ellas, una rubia con las mejillas sonrosadas le sostuvo la mirada. ¡Bella insolencia! Se llamaba Deirdre Gilson, llevaba una falda negra, muy corta, sobre unas piernas largas cubiertas con botas de cuña. Las cuatro chicas iban al Matchmaking Festival de Lisdoonvarna, una fiesta tradicional para solteros. La feria se había convertido en un festival, con actuaciones musicales en los pubs, carreras de caballos y Guinness a raudales. Las costumbres habían cambiado, los chicos del país ya no iban a buscar una esposa sino distracción. Observando a Deirdre, había sentido la «fuerza» renacer en él, conquistar cada parte de su cuerpo, circular por su

sistema nervioso, excitar su corazón y poseer su cerebro. Había seguido a las muchachas hasta Lisdoonvarna, hasta el pub donde ellas se habían encontrado con un grupo de amigos.

En mitad de la noche, Deirdre había salido a fumar un cigarrillo. Él le había seguido los pasos. Era una noche cálida. Él había recurrido a la comedia habitual: piropos, bromas y galanteos seductores. Rápidamente había comprendido que Deirdre era una chica fácil, demasiado fácil para su gusto. Su ninfomanía ocultaba apenas una angustia de vivir. Él le había propuesto un paseo por los Burren, ella había aceptado, para su gran desgracia. Y esta vez, nuevamente, Morlaix se había sorprendido de la facilidad y la rapidez con las que alguien pasaba a mejor vida. Quería dejar el cuerpo sobre la plataforma de piedra del dolmen de Poulnabrone para simular un sacrificio ritual, pero unos visitantes nocturnos se lo habían impedido. Finalmente, la había enterrado.

La policía había tardado semanas en encontrar el cadáver.

Deirdre inauguró un nuevo ciclo infernal. La «fuerza» había ganado. Él sabía que no dejaría de atormentarle. «Deirdre, doliente belleza, enamorada sacrificada», decía la leyenda. Irlanda había entrado en una guerra civil a causa de ella. En el Ciclo del Ulster, Deirdre la indomable se daba muerte. Los irlandeses la habían escogido para encarnar la resistencia a los opresores de todo tipo. John Millington Synge la había convertido en el tema de su última obra teatral, *Deirdre de los dolores...* Esta referencia a la mitología le había seducido y le había insuflado ansías de seguir.

Un ruido de chatarra. El ferry se acercaba a la orilla y los pasajeros se aglomeraban delante de la cadena y se preparaban para bajar. Él recogió su vehículo. Evitaría las carreteras demasiado

frecuentadas, atravesaría el Clare por caminos rurales.

Cuando se acercaba a Galway, dio un rodeo por la orilla del mar y paseó un buen rato por la playa, con la mirada puesta en el oeste. Estaba harto de Irlanda. ¿Había llegado la hora de cambiar? *Próxima parada, Nueva York.* Era más fácil perderse en un continente que en una isla, ya fuera de Esmeralda... de cristal o de rubí. Cuando cayó la noche, empujó la puerta del pub y entregó el paquete al barman. Antes de volver a marcharse, se acomodó en la parte de atrás vacía, y comió un plato. Entre bocado y bocado, leyó el periódico olvidado en el banco. En la tercera página, un artículo sobre los asesinatos y el asesino misterioso. Su tórax se hinchó de orgullo, impulso rápidamente censurado por una voz interior que le conminó: «Estar satisfecho con uno mismo es una trampa que ciega y conduce a error, tú estás

condenado a arrastrarte y a huir, ese es el precio de tu libertad, no lo olvides nunca».

6

En la Crim', ya nadie controlaba nada. Los acuerdos bilaterales en materia policial entre Francia e Irlanda, animan los intercambios pero no permiten la fusión de las brigadas. Habían sido perpetrados nuevos crímenes en suelo irlandés, incumbía a los irlandeses detener a Yann Morlaix. Aun así, nosotros no nos dábamos por vencidos, nos quedaba toda la parte francesa por dilucidar, y el campo de investigación era amplio.

En su oficina bajo el tejado, Arrostéguy tecleaba en el ordenador. Fría en invierno, asfixiante en verano, esta sala funcionaba como una matriz donde él digería los componentes de nuestras investigaciones para convertirlos en resúmenes. Con ciento setenta y cinco asuntos en su haber, estaba blindado. Solo la barbarie de determinadas escenas del crimen le sacaba de sus casillas. Este trabajo le aislaba del mundo. Tenía que hacer un gran esfuerzo para unirse a nosotros en el piso de abajo y sumergirse de nuevo en la cotidianidad.

Una información del laboratorio había ido a parar a su correo. Imprimió el informe, se levantó y salió del despacho. Un sol de invierno iluminaba la cristalera. Recorrió la galería sobre un enrejado instalado veinte años antes, tras el intento de suicidio de un terrorista. Él ya estaría jubilado cuando la gran mudanza del «36» cambiara los hábitos. ¡Mejor! Prefería no verlo. Aunque las

oficinas no estuvieran bien acondicionadas, allí se hacía un buen trabajo.

Llamó al despacho del comisario. Al ver la cabeza del pleitista, Ughetti tuvo un mal presentimiento.

—¿El laboratorio? —dijo.

—Sí, el laboratorio.

—¿Y?

—El ADN encontrado en Irlanda pertenece sin ninguna duda a Yann Morlaix.

—¿Se lo has dicho a Pichot?

—Le daré la buena noticia ahora mismo.

—Menuda buena noticia.

Normalmente, el uso del usted con la jerarquía era de rigor en la brigada. El pleitista era uno de los pocos que tuteaban a Ughetti, porque tenía muchos años, pero sobre todo porque les unía una simpatía mutua espontánea. Arrostéguy tenía fama de ser uno de los mejores litigantes de la Crim', lo cual también influía.

—Los irlandeses han telefoneado esta mañana —añadió.

—¿Qué querían?

—Saber en qué punto estábamos.

Ughetti se levantó de su silla, fue hasta la ventana, se quedó mirando el Pont-Neuf, el extremo de L'île de la Cité y el Pont des Arts, lugares perfectos para el romanticismo. ¡Amarse en París, menuda bobada! La inmersión en la criminalidad había eliminado todo sentimentalismo en él. La marcha de su mujer con su mejor amigo no había mejorado las cosas. Pero el sufrimiento le había llevado a dejar de lado su soberbia, y su ambición desmedida. Era más humano y obtenía mejores resultados de la sección que dirigía. Gracias a él, sus hombres ya no contaban las horas, los equipos estaban cohesionados y los últimos casos se habían cerrado con brillantez, provocando los elogios del director.

Esta historia del fantasma que volvía a la superficie, lo echaba todo a perder. Desde hacía unos días, la tensión había subido al máximo. ¡Manías, sin duda! El comisario jefe lo había advertido: «Si no es capaz de dar explicaciones sobre la huida de rositas de Morlaix, comisario, le quitarán el caso. Le corresponderá acabar el trabajo a la brigada nacional de búsqueda de fugitivos». Su carrera no se recuperaría de un tropiezo así.

Arrostéguy miró el reloj colgado en la pared.
—Es la hora del *briefing*.

El comisario salió de su ensimismamiento.

Minutos después, el litigante le leyó el informe del laboratorio. Estábamos molestos. Pichot tomó el relevo y desveló un factor que iba a trastornar nuestra investigación.

—Loyrette ha hecho una visita de cortesía a los Shoenberg esta mañana. ¿Os acordáis de los padres de Lisa? Nos hicieron perder mucho tiempo tratando de proteger a su hija.

Yo lo recordaba perfectamente. ¡Cómo olvidar a la exnovia de Morlaix! Yo había conducido el interrogatorio, el día que ella se había hundido. Lisa me había parecido tan delicada, tan frágil, que me había sentido incómodo poniéndola contra las cuerdas.

—Diles lo que has averiguado, Loyrette.

—Aquí hay gato encerrado. Después de la supuesta muerte de Morlaix, Lisa fue internada en un hospital psiquiátrico de las afueras de París. Afirmaba que Morlaix no estaba muerto.

—¿Por qué no dijeron nada sus padres? —se asombró Girodeau.

—Lisa tenía alucinaciones, y lo atribuyeron a un trastorno de conducta.

—Es un poco débil como pista —murmuró Kader.

—Yo opinaba lo mismo —respondió Loyrette — hasta que la señora Shoenberg me enseñó cuatro postales que encontró en el fondo de un

cajón, en casa de su hija. Sin texto ni firma, ¿y de dónde venían? A ver si lo adivináis.

—¡De Irlanda! —grité, y mi voz acalló todas las demás.

—¡Bingo!

Saber que Morlaix vivía tranquilo después de todo este tiempo, a dos horas de avión de París, me sacaba de mis casillas.

El subinspector Loyrette puso las cuatro postales sobre la mesa.

—Está claro que la dirección la escribió Morlaix, los Shoenberg han reconocido su letra, y un análisis grafológico urgente parece confirmarlo. Comprobarán que se parecen y que no hay nada escrito al dorso, como si la imagen bastara.

—¿Y qué representan? —preguntó el pleitista.

El subinspector estaba contento, por una vez él era la estrella.

—Son reproducciones del *Libro de Kells*, un manuscrito medieval conservado en el TCD.

—¿Qué es el TCD? —dijo Kader.

—El Trinity College de Dublín.

—Es coherente para un antiguo librero —
comentó el recién llegado.

—¿De qué habla este manuscrito? —quiso
saber Pichot.

—Esto es lo que he sacado de internet.

Loyrette cogió una hoja de papel garabateada.

—El *Libro de Kells* es una obra maestra de la
ilustración que recopila los cuatro Evangelios del
Nuevo Testamento. Se cree que se realizó
alrededor del año 800, por monjes irlandeses
instalados en la isla de Iona, frente a las costas de
Escocia. Las invasiones vikingas habrían obligado
a los religiosos a instalarse en el centro de Irlanda,
en Kells. El lugar dio nombre al manuscrito. El
evangelionario está acompañado de treinta y tres
páginas de ilustraciones, cada cual más compleja y
simbólica que las demás. Los investigadores
hablan de una obra única, de una increíble belleza.

Umberto Eco lo define como el producto de una alucinación de sangre fría.

Deslumbrado por el trabajo de nuestro colega, Girodeau silbó.

—Menudo cabrón —gruñó Arrostéguy triturando su pelota de goma.

—Se ha verificado que todas las cartas se enviaron al día siguiente de los crímenes cometidos en Irlanda, como si el asesino hubiera querido advertir a Lisa de que había entrado en acción.

—Tú has dicho que los Shoenberg habían encontrado cuatro postales —dije yo.

—Exacto.

—Pero Lynch solo habló de tres cadáveres.

—Puede que haya un cuarto cadáver en alguna parte —sugirió Kader—. Un cuerpo que aún no se ha encontrado.

—¿Y si Morlaix se hubiera refugiado en una secta? —se preguntó nuestro pleitista.

Pichot levantó la mano:

—Todos a la vez, no. Esta serie de postales parece en principio una broma de mal gusto más que una pista. Recordad que Morlaix ya nos trajo de cabeza en el pasado.

—Por lo visto ha perfeccionado el método —suspiró Ughetti—. Me pregunto cómo ha podido escapársele de las manos a la Garda. Es incomprensible.

Al final de la reunión, el jefe de grupo distribuyó los trabajos para los días siguientes:

—Girodeau y Kader, vosotros interrogaréis a los testigos de la anterior investigación, al exjefe de Morlaix y a todas las personas que frecuentaba en el pasado. Quizás hayan oído algo, después de todo.

Se volvió hacia mí.

—Escoffier, arréglatelas para ver a Lisa y tírale de la lengua.

Señaló a Loyrette con el dedo:

—Tú que eres tan bueno curioseando en el vecindario, espabílate para conseguir toda la

información posible sobre ella. Arrostéguy y yo seguiremos rebuscando en los archivos y las actas.

—Un paseíto por Bretaña, la tierra natal de Morlaix, estaría bien, ¿no? —apuntó Girodeau—. Los fugitivos se refugian por instinto en su caparazón original.

7

Cuando volvió de Galway, Morlaix fue a casa de Susie. Su apartamento, en la planta baja, era tan oscuro que la luz eléctrica estaba encendida todo el día. Visillos de encaje en las ventanas, butacas y sofás desfondados, incienso para perfumar el aire viciado, y una foto del papa en un marco... Un retrato de Bobby Sands, mártir sublime, muerto tras una huelga de hambre en una cárcel de Irlanda del Norte, colgado encima del sofá. Desde su

ventana, Susie podía vigilar la caravana que le servía de tienda.

Morlaix se la encontró tirando las cartas.

—¡Eh! —exclamó ella.

Yann se instaló en un sillón.

Susie O'Brien había huido de Irlanda del Norte hacía casi cuarenta años. Días después del Bloody Sunday, paramilitares lealistas habían prendido fuego a su casa, y ella había emigrado hacia el sur con su marido y su primer hijo. Consideraba a los orangistas, los ingleses y los politicastos responsables de sus problemas y, por extensión, de todos los males que sufría esa pobre tierra de Irlanda. Desde entonces, vegetaba en Ballymun.

—¿Qué tal ha ido en Galway? —preguntó ella.

—Bien.

—¿Alguna novedad?

—Dile a Charlie que deje de contar conmigo durante una temporada.

Ella suspendió el gesto y le miró.

—¿Qué pasa?

—Nada, no tengo un día de vacaciones desde hace tres años, necesito descansar. Charles y tú sois capaces de comprender eso, ¿no?

Ella le miró fijamente, boquiabierta. Sus relaciones habitualmente eran simples: él llegaba, ella le transmitía las consignas y él se marchaba sin decir nada. Charlie prefería tratar con un mensajero de carne y hueso para gestionar determinados asuntos entre el Norte y el Sur, tarea para la cual el francés tenía un talento incontestable.

Sin apenas excepciones, todos los hombres del cabecilla habían pasado por la cárcel. Ellos le apodaban *el Don* en referencia a los mafiosos norteamericanos, y porque le gustaba la ropa buena. Desde que la cabeza pensante del hampa irlandesa se pudría en la prisión de Portlaoise, él movía los hilos. Su *business* estaba jerarquizado, los colgados en la parte baja de la escala, los

chavales del extrarradio en medio, los listillos encima y, arriba de todo, los profesionales del crimen. Entre los electrones libres que navegaban alrededor de este sistema tan bien engrasado, Yann Morlaix ocupaba una buena posición.

Los irlandeses cazaban en jauría, y al principio ese lobo solitario no les había inspirado confianza. Le habían tendido trampas, uno de ellos incluso le había molido a palos, pero *el Don* había intervenido y todo había vuelto a su sitio.

—¿Te sirvo algo caliente? —propuso Susie.

—Té, sí.

—Cuidado, está hirviendo —dijo ella cuando le pasó una taza con el trébol de tres hojas.

—Busco un sitio tranquilo para un par de semanas. Un agujero donde nadie iría a buscarme. Un barco, un granero, cualquier cosa servirá.

—¿Tienes problemas?

—No, solo necesito un descanso.

—En el puerto de Dun Laoghaire, hay un velero que pertenece a uno de nuestros clientes. Un

pez gordo. Nadie pone los pies allí, nunca.

—Perfecto.

—Tengo las llaves, puedes dormir allí desde esta noche, si quieres.

—¿El nombre del barco?

—*Deirdre* —contestó ella y anotó el número del muelle en un trozo de papel.

«*Deirdre*, evidentemente», pensó él.

—¿Y Charlie? —Se inquietó Susie — ¿Qué le digo a Charlie?

—Yo hablaré personalmente con él.

—¿Cuánto tiempo piensas descansar?

—No tengo ni idea.

—Tendrás que dejar el coche en el *parking*, ya enviaré a alguien a buscarlo mañana. Avisaré al guardián del muelle. ¡Es de los nuestros! Así podrás conectarte al agua y a la electricidad. Arréglatelas para salir cuando ya sea de noche, y para la comida en George Street hay tiendas que están abiertas siempre. Si hay algún problema, telefona desde una cabina.

Ella volvió al juego y dio la vuelta a una carta como si nada.

—¿Qué es?

—El as de espadas.

—¿Y eso qué significa?

Ella recitó lo que había aprendido:

—Se refiere a la inteligencia que pierde la cabeza. Carta de lo absoluto. El as de espadas actúa sobre el espíritu y las fuerzas de la mente.

Él inclinó la cabeza, le dio un beso en la frente y se marchó, con las llaves de la *Deirdre* en el bolsillo.

Una atmósfera de vacaciones flotaba en las calles del puerto de Dun Laoghaire, situado a unos doce kilómetros al sur de Dublín. En la torre Martello, frente al mar, Joyce habría escrito el primer capítulo de *Ulises*. Esta referencia bastó para tranquilizarle.

Yann Morlaix franqueó la reja del puerto sin problema. El viento se precipitaba contra las dársenas y se arremolinaba en la punta del espigón, agitando los cabos con un sonido metálico. Morlaix se orientó fácilmente hasta el *pier* NG ODD donde el *Deirdre* estaba amarrado. Saltó a bordo, abrió la trampilla, bajó la escalera alumbrándose con la llama de un encendedor. A través de los ojos de buey, distinguió la garita del guarda que dominaba el puerto como una torre de control. La humedad y el frío le calaron. Se coló dentro del saco de dormir, encendió un cigarrillo e intentó identificar las volutas de humo que flotaban en la cabina: angelote mofletudo, genio recién salido de la lámpara de Aladino, cíclope. Cerró los ojos y la imagen de la Banshee, envuelta en sus velos blancos, se le apareció de repente.

8

Localizado por teléfono, Bertillet, el psiquiatra de Lisa Shoenberg, me propuso ir a verle al hospital de las afueras donde dirigía un servicio. La institución era una pequeña villa con sus numerosos pabellones, había una capilla e incluso un museo, un conjunto que databa del siglo XIX. La prolongada avenida flanqueada de árboles, la simetría de los edificios y la austeridad del lugar te helaban la sangre desde la entrada.

Conversé con Bertillet paseando por el parque. Una paciente en camisón y un forro polar sobre los hombros, se cruzó con nosotros. Los espacios verdes no conseguían enmascarar la tristeza del lugar. Había figuras deambulando tras los abetos y los robles.

—¿Qué hacen esas personas?

—Nosotros dejamos que los enfermos menos frágiles se muevan con total libertad.

Yo le expuse claramente el motivo de mi visita.

—No creo que mi paciente esté mezclada con todo esto —afirmó, después de haberme escuchado.

Me explicó que de vez en cuando, Lisa pasaba temporadas en este hospital.

—Viene ella por iniciativa propia, cuando se ha olvidado de tomarse los neurolépticos.

—¿Recibe visitas cuándo está aquí?

—Cuando la admitimos Lisa está en crisis. En consecuencia no recibe ninguna visita. Si está

pensando en Yann Morlaix, ya le digo que no, ningún hombre ha venido a verla nunca a este establecimiento.

—Antes de interrogarla, me gustaría saber su opinión sobre su estado de salud.

—Olvida que me lo impide el secreto médico.

—La evaluación de un experto nos haría perder un tiempo precioso.

El jefe de servicio se detuvo para observarme mejor detrás de sus gafas. Su rostro expresaba una energía y una paciencia infinitas. Me pregunté de dónde sacaba ese hombre la fuerza para afrontar esa dolencia extraña que llamamos locura, y que los psiquiatras se esfuerzan en bautizar con múltiples términos científicos.

—¿Qué quiere saber exactamente?

—¿Ella, cómo está?

Bertillet reemprendió el paseo con las manos cruzadas a la espalda.

—Bien, si se puede emplear este término cuando una personas se debate con su propios demonios, atiborrada de neurolépticos y de psicóticos.

—¿Qué es lo que tiene exactamente?

—Psiconeurosis místico-religiosa.

—¿Eso en qué se traduce?

—Oye voces. De todo tipo, la profecía de los mayas, Michel de Nostradamus, Malaquías y muchos otros.

—¿Soportaría una conversación un poco tensa?

—¿Desde cuándo la policía trata a los testigos con guante blanco? Mi paciente es perfectamente capaz de soportar un interrogatorio, si eso es lo que me pregunta. Pero no espere una verdadera cooperación por su parte. Lo directo, lo frontal, le aterra. Odia que la cojan por sorpresa, y a veces dice frases incomprensibles. Prefiere las callejuelas a las avenidas, las tascas mal iluminadas a los restaurantes vistosos y las tiendas

oscuras a los grandes almacenes. Lisa reside en la sombra, sigue siendo muy vulnerable.

—¿Dónde vive?

—En un piso amueblado, detrás de la Comédie Française.

—¿Quién se ocupa de su hija?

—Sus padres. Lo ve, no puede atender a su pequeña Zoé, porque todo le afecta... los gritos, las risas, los ruidos, pero también la mueca de una escultura, un sonido extraño... El mundo exterior la atormenta.

—Guarda unas postales en el fondo de un cajón de su habitación, enviadas desde Dublín y sin texto. Cuya dirección la había escrito Morlaix, los padres de Lisa reconocieron su letra. ¿Ella le ha hablado de eso?

—No, nunca.

—Aun así, los Shoenberg afirman que su hija le considera su salvador y su confidente.

Estábamos bajo la galería que llevaba al despacho del psiquiatra. Hombres y mujeres en

bata blanca nos saludaron al pasar. Y siempre, en los ojos de mi interlocutor, ese brillo de paciencia infinita.

—¿Qué insinúa?

—Me sorprende que Lisa no haya confiado más en usted. ¿No es este un secreto demasiado pesado para una mujer tan frágil?

—Le aseguro que nunca me ha dicho una palabra sobre eventuales intercambios epistolares con Yann Morlaix.

—No comprendo su actitud. En cualquier caso, Morlaix es un asesino. ¿Por qué encubriría Lisa la huida de un hombre que, al fin y al cabo, la abandonó?

—El ser humano es complejo, sabe. Ni usted ni yo estamos en condiciones de desentrañar todos sus misterios.

—Creo que se impone un examen experto, doctor Bertillet.

Nos despedimos educadamente frente a la puerta de su despacho. Yo recuperé en el *parking*

el coche de la PJ. Cada vez más convencido de que Lisa Shoenberg poseía una de las claves del misterio, la telefoneé desde el coche.

—Damien Escoffier, de la brigada criminal —le comuniqué.

—Sí.

Se acordaba de mí, lo noté en su tono.

—¿De qué se trata exactamente?

—Querría hablar con usted, Lisa.

La joven reflexionó. Ya no salía, y hacía mucho frío.

—¿Qué quiere de mí?

La angustia se filtraba en su voz.

—No puedo explicárselo por teléfono.

De nuevo hubo un largo silencio.

—¿Cuándo y dónde?

—Mañana, en los jardines del Palais Royal, a dos pasos de su casa, digamos a las cuatro de la tarde.

—Bien, allí estaré.

—La esperaré junto al estanque.

9

La lluvia chorreaba sobre la carrocería y los ojos de buey de la *Deirdre*. Ni un libro siquiera en este sucio cacharro, lamentó Morlaix. Una jornada en el velero le parecía tan interminable como un poema de Kavanagh. Se podría en esta cabina, esperando que la prensa se calmara. El crimen de Causeway había desatado una oleada de pánico. Los periódicos del día seguían abiertos sobre la mesa de navegación. «¡El criminal sería un francés!», titulaba *L'Independent*. «El ADN,

hallado bajo las uñas de la víctima, ha permitido identificarle», explicaba el periodista bien informado. «El problema es que este ADN, que nos presentan como una prueba irrefutable, pertenecería a un hombre dado por muerto desde hace más de dos años y medio. La situación sería cómica, si tres inocentes no hubieran perdido la vida en circunstancias espantosas...». El *Times* dedicaba un extenso artículo a la cooperación policial entre Irlanda y Francia, y el *Irish Sun* dedicaba tres páginas a regodearse sobre los escenarios del crimen.

Esta mañana, él había dudado un buen rato antes de llamar a Susie desde una cabina telefónica. Ante el tono glacial de su voz, había comprendido que ella le reprochaba algo. Charlie disponía de informadores propios dentro de la policía. La noticia debía haberse esparcido como un reguero de pólvora por toda la red.

—¿Qué quieres?

—Explicártelo.

—¡No vale la pena!

La respiración de Susie, como un reproche. Los suyos habían defendido la comunidad a la que ella pertenecía a través del crimen. Susie tenía veinte años aquella noche de Halloween, cuando protestantes disfrazados y enmascarados habían empujado la puerta del pub donde ella estaba con unos amigos, y habían gritado *trick 'r treat*,⁸ la expresión típica, antes de disparar sobre la gente a quemarropa. ¡Seis muertos! Días después, la venganza de su clan había sido igualmente sangrienta. Sí, Susie O'Brien había cerrado los ojos ante todos los horrores perpetrados en nombre de la causa. «Ojo por ojo, diente por diente». Ella comprendía la violencia, pero no el crimen gratuito.

—Pasaré de todos modos, Susie.

Antes de colgar, ella le soltó que *el Don* quería verle.

Sentado en el borde de la litera, con una botella de Jameson empezada a los pies, Yann

Morlaix cavilaba. Olvidadas sobre la mesa, una lata de atún abierta y una bolsa de chips reventada. En el suelo, un plato desbordante de colillas aplastadas. El saco de dormir estaba lleno de quemaduras de cigarrillos.

Todo había empezado en una playa de Morbihan. ¿A los doce años? ¿O a los trece años? Demasiado sol. Estuvo en la cama unos diez días, con dolores de cabeza y vomitando sangre. El médico del barrio concluyó que era una insolación. Una vez recuperado de la enfermedad, él siente que ya no es el mismo. Ideas de asesinatos le vienen a la mente, deseos que reprime cada vez con mayor dificultad. Le aterran las imágenes que su cerebro fabrica. Después del suicidio de su hermano, empieza a sentir pulsiones de muerte, como si esa desaparición hubiera cortado las últimas ataduras de la represión.

El asesinato de la editora en París, solo apuntó a una venganza personal.

En Irlanda, atacaba a mujeres jóvenes más bien guapas porque aborrecía la fealdad. Y rubias, para no confundirlas con Lisa. La belleza aumentaba su placer. Todas ellas tenían un punto en común: la vida les pesaba terriblemente, no eran felices. En cierto modo, él era su liberador. Sus pensamientos se interrelacionaban sin sucesión lógica. Las miradas de asombro de sus últimas víctimas volvieron a su mente. Deirdre, Aoife, Brigid y finalmente Aine. Nombres de heroínas legendarias, puesto que la belleza, como el diablo, puede estar en el detalle. «Si no puedo persuadir a los dioses del Cielo, revolucionaré los de los Infiernos». Convertir el crimen en una obra de arte, era mejor que el crimen perfecto. Durante unos minutos, el artista controlaba el mundo, lo dominaba.

Él sabía que al final del camino le esperaban la enfermedad y la muerte. «*Anywhere out of the world*, mi alma sigue muda, ¿a tal punto de embotamiento has llegado que solo en tu mal te

recreas? Si así es, huyamos hacia países que son analogía de la muerte». Su alma era capaz de analizar la prosa de Baudelaire, pero no conseguía tranquilizarse sobre su provenir. ¿Dónde estaría mañana?

10

Los jardines del Palais Royal, tan vibrantes en verano, se habían puesto el traje de invierno: las sillas estaban apiladas y los árboles tendían sus brazos descarnados hacia el cielo. Bajo los soportales del Consejo de Estado, jugaban unos niños, corrían entre las columnas de Buren y las escalaban.

Lisa llegó por un porche estrecho que se abría sobre la galería Montpelier. Yo temía que no viniera. Caminaba con la cabeza gacha, y

comprendí que se había obligado a venir. Cuando la tuve a unos metros, la saludé:

—Buenas tardes, Lisa.

Ella se cubrió el pecho con las solapas del abrigo. Su cabello, negro y largo, le ocultaba parte de la cara. De no ser por su mirada perdida, nada permitía adivinar que algo malo, enterrado en sus entrañas, la corroía por dentro. Recordando los consejos de Bertillet, la invité a entrar a un pequeño salón de té, bastante oscuro, y la instalé al fondo de la sala, con la impresión de tener ante mí el mismo pájaro herido en el corazón. Lisa me observaba con disimulo. Para darle confianza, le hablé del rigor del invierno y de la magia del lugar.

—¿Qué espera de mí? —me interrumpió ella.

—Tiene que ver con Yann. ¿Ya lo sospechaba, verdad?

Ella se retorció las manos, lanzó una mirada furtiva hacia la salida de emergencia. Yo insistí:

—¿Desde cuándo sabe que Yann no está muerto?

Ella me miró de arriba abajo.

—¿Vivo o muerto, qué diferencia hay?

—Huyó a Irlanda, eso también lo sabía usted, imagino.

—Y ha necesitado todo este tiempo para darse cuenta.

Ni desprecio ni ironía en su voz, solo sorpresa.

La camarera volvió para servirnos los té verdes que habíamos pedido. Rumores de conversaciones ahogadas y risas discretas salpicaban nuestras palabras. Los ojos de Lisa estaban pendientes de la menor anomalía. No perder el hilo, me repetía yo, captar su atención. Creyendo tranquilizarla, le puse una mano sobre el antebrazo.

—¡No me toque! —gritó ella y se apartó.

Paciencia, Damien, paciencia.

—Sus padres nos han confiado una serie de postales dirigidas a usted. Reconocieron la letra de Yann.

—¿Y qué?

—Varias mujeres han muerto por su culpa.

Ella cruzó los brazos para replegarse mejor en el interior de sí misma.

—No veo qué puedo decirle.

—¿Sabe dónde vive?

—No.

—¿Qué hace allí?

Ella levantó los ojos hacia el techo y contestó, con gesto de sugestión:

—Obras de arte.

—¿Qué tipo de obra de arte?

La expresión de su cara se volvió más agresiva.

—¿Cómo quiere que lo sepa yo?

—¿Morlaix se ha puesto en contacto con usted recientemente?

Dijo que no con la cabeza, luego se balanceó lentamente de adelante a atrás.

—Tengo frío —dijo, secándose la nariz con el dorso de la mano.

Yo esperaba verla salir corriendo de un momento al otro, pero ella no hizo nada. Después de haberse bebido el té despacio, soplando en la taza entre sorbo y sorbo, se puso a hablar.

—Dos meses después de su desaparición, recibí una llamada de Yann comunicándome que había salido ileso de las canteras y que había huido a Bretaña.

—¿A Bretaña?

—Sí, a casa de un amigo.

Yo me mantuve impertérrito, controlando cada uno de mis gestos, cada una de mis expresiones.

—Todo el país estaba al corriente de su caso. ¿Quién habría asumido el riesgo de esconder a un asesino?

—Un amigo de la infancia.

—¿Usted le conocía?

—No.

—¿Eso es todo lo que le dijo?

—Se escondía en una granja deshabitada.

Añadió que se iba al extranjero.

—¿Usted le contó esta conversación a alguien?

—A mis padres, sí.

—¿Cómo reaccionaron?

—Contestaron que la resurrección no existía, y que yo debía estar loca. Seguidamente pasé unos días gravemente enferma, ya no me acuerdo de nada más.

La vida se había portado bien con esta mujer. El padre de Zoé había huido sin más señas, Morlaix declarado muerto, luego resucitado y dado a la fuga, tenía motivos para perder pie. La enfermedad como vía de escape a los problemas. Parecía que seguía bajo la influencia de Yann. ¿Pero de qué pasta estaba hecho ese monstruo para ejercer tal fascinación?

—Estuvo unos meses sin dar señales de vida —continuó ella— Para mí fue difícil. Un día me telefoneó. Yo quise subir a un avión para ir a verle, pero él me lo prohibió. Dijo que sería demasiado peligroso para los dos, que seguiría en contacto conmigo, pero que debía acostumbrarme a vivir sin él.

—¿Desde cuándo le envía postales?

Lisa encogió los hombros sin contestar. Yo precisé más:

—Las postales hacen referencia a un manuscrito antiguo, eso no se le habrá pasado por alto, a usted que ha estudiado historia del arte.

Desvió la mirada.

—«Cuando suene la tercera hora, el bien y el mal se confundirán» —predijo ella en una especie de trance—. ¡Ni usted ni Yann sobrevivirán! Absorbidos por un inmenso agujero negro, los dos desaparecerán. El primero en sucumbir arrastrará al segundo en su caída.

—¿Es Yann quien le cuenta estas tonterías?

—No, son las voces...—apuntó ella, al límite de sus fuerzas.

Se levantó, se dirigió hacia la puerta y se eclipsó como una sombra.

Yo me quedé sentado frente a la silla vacía. ¡Indignado, tranquilo solo en apariencia! ¿Acaso el tiempo nos jugaba una mala pasada contrayéndose, borrando de un plumazo meses de vida? ¿Qué crédito debía otorgar a una mujer cuya mente fluctuaba entre dos mundos? ¿Qué valor podía tener su testimonio? Nosotros, en la mayoría de casos, tenemos una o más víctimas y debemos desenmascarar al asesino. En el caso actual, lo sabíamos todo sobre su identidad y su fisonomía, incluso le conocíamos demasiado. ¿De dónde venía entonces la sensación de tener una serpiente escurriéndose entre mis dedos?

Los colegas esperaban mi regreso.

—¿En lo de Bretaña, quién tenía razón, eh?

—dijo Girodeau entusiasmado.

—Vale —admitió el pleitista.

—Tuve la impresión de hablar con una aparecida.

—Pediremos la opinión médica de un especialista —confirmó el subinspector Pichot.

Los padres de la joven fueron convocados en el Quai des Orfèvres ese mismo día. Estaban muy afectados.

—Este hombre es el diablo en persona —dijo sin ambages la madre de Lisa.

—Nuestra hija estaba gravemente enferma —explicó el señor Shoenberg —, no prestamos atención a lo que decía. Estábamos muy preocupados, entiéndanlo, y además estaba Zoé.

—¿Morlaix nunca les habló de un amigo que tenía en Bretaña?

—No era su estilo hablar del pasado. Pero... espere...recuerdo que una vez nos habló de un amigo de infancia que pertenecía a un movimiento

de liberación de Bretaña o algo así —dijo la madre.

—¿Les dijo su nombre?

Ellos intercambiaron una mirada de impotencia.

—Lo sentimos muchísimo —musitó el padre.

Arrostéguy se ausentó para telefonar a la DGSI⁹ donde un compañero le aseguró que el movimiento independentista no daba que hablar desde hacía más de doce años. La Bretaña estaba en calma, no había nada que temer por ese lado.

Pichot nos reunió al final de la jornada.

—Yann Morlaix nació en Carhaix-Plouguer, en el corazón de Bretaña —informó—. Fue a la escuela local y luego estudió en París. Es plausible que haya tenido relación con independentistas. Arrostéguy se ha puesto en contacto con el servicio secreto y le han asegurado que el movimiento está desactivado.

—Lo cual no demuestra nada —objetó el pleitista.

—Lo comprobaremos nosotros mismos. Girodeau y Loyrette, pasad por la sección de destinos. Os vais a Bretaña mañana por la mañana —ordenó el jefe de grupo —Encuéntrenme al tipo que escondió a Morlaix.

Me miró.

—Tú, Damien, analizarás el simbolismo de las postales. Puede que contengan un mensaje que no hemos sabido descifrar.

—Bien, haré todo lo que pueda.

—¿Y yo? —preguntó Kader, temiendo quedar al margen.

Pichot le tranquilizó.

—Tú vendrás conmigo, no hemos terminado de interrogar a antiguos amigos y conocidos de Morlaix en París.

—Eso no ha servido para nada, hasta ahora —constató Loyrette.

—Eso no es motivo para optar por otra vía.

Lisa fue internada días después, en un estado considerado crítico. En el fondo, ella solo se sentía bien en el hospital, cerca de su psiquiatra. «Violencia emocional inasumible», diagnosticó el doctor Bertillet, furioso al ver meses de cuidados malogrados por una conversación de unos treinta minutos en un salón de té. Yo no me sentí culpable. La búsqueda de la verdad tiene ese precio. Yo solo aspiraba a derrotar a Morlaix. Y todos los métodos eran buenos...

11

Un monje con saya de lino, inclinado sobre su plancha. La Ilustración de la Tercera Hora, «hora tercia», este pasaje crucial del Evangelio de Marcos podrá ser comprendido por aquellos que no saben leer. Esta obra será la más bella jamás consagrada a la gloria de Dios.

Cellach, el maestro iluminador, frunce el ceño. El recuerdo de las hordas vikingas le sigue atormentado en el momento de inclinarse sobre la vitela. El monje vuelve a verse, trabajando sobre el pergamino, el día en que el monasterio de Iona fue saqueado por los guerreros del Norte. Después de

tantos años de haber emigrado a Kells con los demás hermanos, sigue sin poder apartar de su memoria las imágenes del scriptorium en llamas. Para ayudarle a encontrar la inspiración, se han dispuesto sobre el altar los libros de San Columba, así como ropa que le había pertenecido. Estas reliquias, milagrosamente salvadas del pillaje, aseguran la protección del monasterio.

En el fondo de la sala, un novicio rellena el tintero tallado en un cuerno de vaca; un copista escoge con cuidado las plumas, las cañas y los pinceles. Al lado del maestro, el hermano Jean tritura los pigmentos y prepara los colores. La tinta rojiza y oscura, hecha de agalla machacada y de sulfato de hierro, se ha mezclado con una argamasa de resina y agua. Con el mentón, Cellach señala el jarrón que contiene el mineral más precioso, el lapislázuli. Obtendrá diversos matices de azul gracias a esta piedra selecta.

El hermano Jean obedece.

Morlaix despierta de golpe de su sueño y se sienta al borde de la litera. Está empapado de

sudor. Noche negra en el velero que se alza y cae de nuevo junto al muelle. Cellach se ha evaporado, pero él sigue notando su presencia. El maestro iluminador se le aparece regularmente desde que se inclinó frente al original del *Libro de Kells*, expuesto en una vitrina de la Old Library del Trinity College.

Lisa forjó su gusto por el arte medieval, Lisa que creyó en él, hasta el punto de sacrificar su propia existencia.

Lisa mortificada.

El monje vuelve a la superficie.

En el interior del monasterio, todo es silencio y recogimiento. La llama de la vela oscila. Fuera, se desata la tormenta, el viento es glacial. Ningún guerrero del Norte se aventuraría en los mares con un tiempo así.

¿Qué habrían hecho los monjes irlandeses con un hombre como él?, se pregunta Morlaix. ¿Le habrían atado a un gancho de carnicero para

exponerlo a la venganza popular? ¿Le habrían colgado en las horcas patibularias? La angustia opresora, olvidada un momento, le atrapa de nuevo.

Cellach interrumpe el gesto, con la mente impactada por una evidencia: solo el desposeimiento puede expresar correctamente la solemnidad. Su mirada se nubla, derrama una lágrima que seca con el dorso de la mano. Pega su rostro inspirado a la hoja que desprende olor a piel de animal. El reuma le hace sufrir, tiene las manos deformadas. Debe ahondar en lo más profundo de su fe para encontrar la gracia, ya que su trabajo está inspirado por los propios ángeles. Un soplo en el cuello escuálido de Cellach, el ala del ángel le roza.

La imagen de Lisa vuelve para atormentarle. La pobre cayó en un mundo imaginario. La mística y la realidad se mezclan en su mente. Él fingió seguirla en su delirio, aparentó crear obras de arte,

sin decirle que se trataba de composiciones macabras. Conocedor de su fascinación por el *Libro de Kells*, le ha enviado una ilustración cada vez que consumaba el acto.

Unos pasos avanzan por el embarcadero de madera. Voces que elevan el tono. El vigilante del puerto deportivo intercambia banalidades con un compañero. Morlaix espera unos minutos y consulta su reloj: poco más de la una de la madrugada.

¡Todavía tendrá que esperar muchas horas!

12

El teniente Girodeau y el sargento Loyrette se instalaron en un hotelito de Carhaix. ¿Su misión? Verificar las afirmaciones de Lisa, interrogar a los antiguos amigos de Morlaix y a su familia. Desde la desaparición de su hermano y de su madre, solo quedaba su padre, un cascarrabias que no quería oír hablar más de ese hijo maldito: «Si, como ustedes dicen, todavía vive, hagan lo que tengan que hacer. Yo ya no tengo nada que ver con este individuo, ya no tengo hijos. ¡Que arda en el

infierno!»). En cuanto a sus antiguos amigos, las reacciones fueron de la incredulidad al sarcasmo, porque nunca es cosa fácil revivir a un muerto: «¿Morlaix resucitado? ¡Es lo mejor que he oído este año!»).

En la brigada territorial de Policía, conocieron al comandante Patrick Barthes. No había pueblo que él no hubiera pisado, ni un problema al que no hubiera hecho frente; tenía el mapa de Bretaña impreso en las neuronas.

—Buscamos a un hombre que habría escondido a Yann Morlaix en su zona durante un tiempo. Un tipo que tendría algo que ver con el movimiento independentista.

—¡Nada menos!

Barthes había entrado en la profesión en la época en que el ejército revolucionario bretón estaba activo, y había aprendido mucho sobre terrorismo. El movimiento independentista multiplicaba entonces los atentados contra símbolos del estado, oficinas de impuestos, sedes

administrativas, comisarías. El comandante conocía el tema al dedillo. Fue como apretar un botón.

—El núcleo del movimiento independentista está en Saint-Cadou, en la Bretaña profunda —afirmó.

—La DGSJ asegura que las cosas se han calmado mucho —apuntó Girodeau.

—Los bretones han acabado entendiendo que no se puede vivir solo a base de cerdo y patatas.

Sonrisa cómplice de los dos parisinos.

—Aun así, no todos los independentistas han desaparecido.

—Desde luego que no. Desde entonces se han sumado a un movimiento celta más amplio, que se extiende desde Galicia hasta Belfast. Muchas asociaciones preconizan la independencia de Bretaña, con el pretexto de favorecer la cultura.

—¿Son muchas?

—Varias decenas como máximo, pero yo solo conozco una que sigue realmente en la brecha.

—¿Cuál?

—Frankis Atao.

—¿Conoce el nombre del líder?

—Sí, Michel Le Bihan.

—¿Cree usted que la gente del país es capaz de acoger a un hombre que huye?

—¡Se ve que no conocen a los bretones! Morlaix nació en la zona, seguro que le quedaban algunos amigos dispuestos a echarle una mano si lo necesitaba.

—¿Y qué tiene que ver Irlanda con todo esto?

—Saben tan bien como yo que existen vínculos entre las redes terroristas, la ayuda mutua tiene mucho peso en esos círculos. Ayer mismo, la policía norirlandesa arrestó a un miembro de ETA que se escondía en Belfast. La operación tuvo lugar por petición y en colaboración con la policía española. Mañana está prevista una concentración en la plaza Moscú de Irún, para protestar contra la detención.

A Patrick Barthes le encantó mostrarse superior a esos dos tipos venidos de París, imbuidos de la reputación de la Crim'. Satisfecho con la demostración, se recostó en la silla y concluyó:

—¡Ya lo ven, todo encaja!

—La huida del asesino a Irlanda protegido por independentistas le parece entonces plausible —insistió Loyrette.

—Perfectamente plausible. La cooperación entre bretones e irlandeses tuvo su apogeo durante los disturbios de Irlanda del Norte de los años ochenta. Francia servía como base de retaguardia al IRA. Hoy en día, se habla más bien de intercambios culturales, pero este término no engloba más que la gaita bretona, la bombardas y el Fest Noz.¹⁰ Si consultan sus páginas web comprenderán que el fondo a menudo es político, a veces revolucionario incluso.

En la cara de Girodeau se dibujó un gesto de admiración.

—Las noches son largas en invierno, saben, me paso mucho tiempo navegando por internet y recopilando información —se justificó el gendarme.

—Hay gustos para todo —reconoció Loyrette, dubitativo.

El comandante Barthes se vistió de civil para acompañar a Girodeau y Loyrette a casa de Michelle Bihan.

—Es una tumba, no sacarán nada de él —afirmó el gendarme.

—¿A qué se dedica?

—Es profesor de filosofía en Carhaix, pero vive en Saint-Cadou. Tiene un blog en internet, una especie de revista dedicada a la cultura celta y a la Bretaña libre. Escribe los artículos con un pseudónimo, en bretón y en francés. Citarle en la comisaría sería un error, aborrece la autoridad. Lo mejor sería sorprenderle en su casa.

Probablemente está informado de su viaje, las noticias vuelan en la región. Si él ayudó a su hombre a huir a Irlanda, no lo reconocerá jamás. Pero al menos conocerán a un auténtico independentista.

Girodeau y Loyrette esperaban encontrar a un tipo cerrado, y quedaron sorprendidos. Le Bihan no mostró ninguna hostilidad especial y les acogió casi con cortesía. Llevaba una coleta sobre la nuca. Nada en su actitud permitía entrever el odio mencionado por el comandante.

—Yann Morlaix, sí, el nombre me dice algo, pero nada concreto.

—Habría vivido en una granja abandonada de la zona, hace tres años.

El profesor de filosofía reflexionó. Se ajustó las gafas antes de contestar con firmeza:

—Lo siento, señores, no se me ocurre nada.

Los policías y el gendarme insistieron, pero Michel Le Bihan se mantuvo en sus trece.

Cuando abandonaron el lugar, Barthes dejó salir su indignación:

—Está al corriente de todo lo que se trama en la región. Ya les dije que no podríamos sacar nada.

—A primera vista parece inofensivo — comentó Loyrette.

Recorrieron la región interrogando a la población, que se mostró evasiva. «Yann Morlaix, no le conozco, nunca le he visto por aquí». Iban a rendirse, cuando Barthes propuso un último recurso.

—Iremos a ver a Marguerite, una ecologista radical que vive a la antigua, como los decrecientes. Conoce a todo bicho viviente en cincuenta kilómetros a la redonda. Mi mujer le compra a ella los productos bio.

—¿Los decrecientes? —dijo Girodeau.

—Idealistas que defienden la vuelta a la frugalidad. Marguerite vive sin electricidad, sin tele, sin radio y sin teléfono.

—¿En una tienda de campaña? —Loyrette se rio entre dientes.

Barthes se encogió de hombros.

—No. En una granja restaurada, sola.

Marguerite había vuelto definitivamente la espalda a la ciudad, por una vida sencilla y auténtica en el campo. Su expresión no se alteró cuando los agentes aparecieron en su casa. El pelo que le caía sobre la espalda le daba un aspecto cansado, pero en sus ojos brillaba el recuerdo de una juventud no tan lejana. Las gallinas cacareaban en el patio. Había un cartel que anunciaba el festival de Vieilles Charrues y una fotografía de la granja antes de la restauración, clavados en las paredes de la cocina. Loyrette miró de reojo el fregadero donde los tarros de mermelada formaban una pirámide.

—Aquí, todo es bio —dijo la mujer al captar su mirada.

Les enseñó el sistema de aprovechamiento de la lluvia que alimentaba los lavabos y la ducha.

—Todo se aprovecha, no se tira nada.

Los tres hombres reconocieron los méritos de una vida más austera, con un respeto absoluto por la naturaleza.

—Si no reaccionamos, la humanidad desaparecerá —declaró Marguerite.

Impresionado por la personalidad de la granjera, el sargento Loyrette la incluyó en su colección de arquetipos, una forma empírica de la psicología que le resultaba útil. Ni siquiera él escapaba a esa norma, y reproducía escrupulosamente los tics atribuidos a su profesión: la mirada y la nariz siempre atentas.

Girodeau le enseñó una fotografía de Morlaix a Marguerite.

—¿Le dice algo esta cara?

—Sí, le reconozco.

—¿Cómo se llama?

—Yann no sé qué... ¡Ay! Pierdo la memoria, esperen, ya me acordaré.

Los policías se felicitaron interiormente.

—¿No sería Morlaix, por casualidad, el nombre que está buscando? —preguntó Loyrette.

—Eso es. No formábamos parte del mismo grupo, pero nos conocíamos. Debí bailar un par de veces con él en alguna fiesta. Se marchó a estudiar a París, y ya no supimos nada más.

—¿Le ha visto recientemente?

—Hace dos años pasó el verano en una granja abandonada, a dos kilómetros del pueblo. Oh, había cambiado mucho. Estaba encerrado en sí mismo, no quería ver a nadie. Un día que salí a buscar a mi cabrita, me encontré con mi querido Yann tumbado en la paja. Me dijo que me equivocaba, que no era quien yo creía. ¡Cómo si no le hubiera reconocido!

—¿Dos años, estás segura? —se extrañó Barthes.

—Había una sequía terrible, hacía semanas que no llovía, la tierra y los animales sufrían, lo recuerdo como si fuera ayer.

Era evidente que esa mujer no conocía la hoja de servicios del asesino.

—¿Quiere decir que Yann Morlaix vivió en esta zona, en las narices de los gendarmes!

—¿Por qué, ha hecho algo malo?

El teniente Girodeau expuso brevemente los hechos. Ella se dejó caer en una silla.

—Yo no sabía nada —dijo, con sinceridad—. Vivo sin radio y sin televisión.

—¿De qué granja hablas exactamente, Marguerite? —preguntó el comandante.

Ella explicó que era el viejo caserón que se había incendiado tras la muerte del propietario. El gendarme se prometió a sí mismo investigar ese tema.

—¿Seguro que era Morlaix el que viste? —insistió.

—Tal como te lo digo.

—Sospechamos que habría huido a Irlanda inmediatamente después de haber pasado una

temporada por aquí. ¿No habrás oído algún comentario, por casualidad?

—Tengo poco contacto con el exterior, voy al pueblo una vez al mes. Y los rumores..., ya saben.

Barthes conocía bien la mentalidad de la región, y la reacción de Marguerite no le sorprendió. La granjera tenía miedo de haber hablado demasiado, y no quería mojarse más.

Los dos investigadores abandonaron la zona en contra de su voluntad. Les habría gustado pasar más tiempo en ese país auténtico y orgulloso, forjado en la tradición, pero la voz del jefe de grupo les llamó al orden:

—Ya os habéis paseado bastante, chicos, es hora de volver.

Apenas Girodeau y Loyrette surcaron el océano, el gendarme Patrick Barthes metió la nariz en su ordenador. Esta historia le fascinaba. Un muerto que reaparecía, un fantasma que venía a

escondese a «su» territorio, y la conexión irlandesa, justo lo necesario para estimular su curiosidad. A través del notario, obtuvo información sobre la granja donde se había ocultado Morlaix: el propietario vivió en Rennes antes de morir, era perfectamente posible que alguien ocupara el caserón durante meses sin su conocimiento.

Arrostéguy hizo una síntesis de los datos. Como vasco, tenía su propia idea acerca del fenómeno independentista. Este asunto franco-irlandés le tenía perplejo. Con la punta de los dedos, golpeaba un vaso de whisky cuyos colores cálidos resplandecían. Las cuatro postales recibidas por Lisa estaban dispuestas por orden cronológico sobre su mesa de despacho. Sacó un bloc de notas y releyó las informaciones proporcionadas por los irlandeses. Ughetti y Pichot llamaron a la puerta.

—Hace calor en tu oficina —constató el capitán.

—Pronto, cuando llegue la primavera, hará un calor insoportable debajo de la cristalera.

El comisario y el jefe de grupo tomaron asiento mientras Arrostéguy les servía un whisky.

—¿Has averiguado algo en Montmartre? —preguntó el pleitista a Pichot.

—Nadie está al corriente de la resurrección de Morlaix. Por lo visto actuó con un secretismo total.

—El juez irlandés me ha vuelto a llamar esta tarde —informó Ughetti.

—¿Le has hablado de la pista bretona? —dijo Arrostéguy.

—Mencioné esa posibilidad.

—Se impone un viaje a Dublín, ¿no crees?

El comisario fijó la mirada.

—Lo hablaré mañana con Manzano.

13

Cuando la chica se había acercado a él, un deseo ardiente e irreprimible de matarla se había apoderado de todo su cuerpo. Se llamaba Aoife, era una yonqui *peace and love*. Y Morlaix había comprobado, una vez más, que atraía a todo tipo de mujeres. Como si estuviera provisto de un fluido particular, ellas venían a él, presas de un vértigo mortal, al alcance de su mano para cumplir el sacrificio macabro.

Ese otoño, los días eran muy suaves, y él había decidido beberse la cerveza en el exterior del café, sentado sobre los troncos de madera. Aoife había tomado la iniciativa. Habían charlado mientras fumaban y bebían.

Ella solo le había dicho su nombre de pila. Aoife, como Deirdre, era el apelativo de una figura legendaria. Cuenta la leyenda que los hijos de Lir habían sido transformados en cisnes por su madrastra celosa. Aoife formaba parte de esa fraternidad.

La joven se había escapado de una familia rica, no tenía problemas de dinero. Sin embargo, no era feliz. Incómoda en su propia piel, vagaba de pueblo en pueblo, esperando encontrar un sentido a su vida. Pensaba marcharse lejos de Irlanda. A Australia, quizá.

Él le había propuesto un paseo en coche. Una vez en el interior, había apretado las manos alrededor de su cuello. Hasta la fecha, nadie había informado de la desaparición de Aoife. Reposaba

en un campo de turba, a unos kilómetros de Cork. Sin que nadie lo supiera, ya que su cuerpo seguía sin haber sido exhumado.

¡Descifrar ilustraciones, Pichot estaba de broma! Yo solo conocía a un hombre capaz de instruirme sobre el tema: Jacques Guillard, reconocido medievalista y paleógrafo, amigo de mi abuelo. Vivía en una casa de piedra en Gournay-sur-Marne, un pueblecito al este de París.

Fui en coche. Al llegar, me orienté al ver la iglesia y llegué a la calle Amandiers. Mi memoria no me había traicionado, era efectivamente allí donde vivía el viejo mochuelo de mirada azul que

me había fascinado de niño. Todo seguía igual. El jardín seguía igual de caótico, los adornos navideños colgaban todavía sobre la escalera de piedra. Toqué la campana atada a un alambre, un sistema arcaico pero fiable.

La cabeza del anciano apareció en lo alto de la escalinata.

—¡Damien, menuda sorpresa!

Sentí un nudo de emoción en la garganta.

—No esperaba verte —dijo el viejo Guillard, abriendo los brazos.

Tuve la sensación de que el tiempo se había detenido. Libros en precario equilibrio sobre la gran mesa del centro, carpetas encima de las sillas, un polvo que formaba parte de la casa desde hacía años, restos de una comida hecha con prisas, todo estaba exactamente como antes.

—Dime qué te trae por aquí, hijo.

Le conté el camino que había recorrido hasta que entré en la Crim'. Aunque era muy consciente de la realidad del mundo, el paleógrafo vivía en

una burbuja, rodeado de cantares de gesta, relatos medievales y pergaminos. Levemente encorvado, me escuchó con una mirada maliciosa y los anteojos sobre la frente prácticamente calva. Pese a tantos años de silencio, yo me sentí a gusto, volví a ver a mi abuelo, sentado allí, en el extremo de la mesa, conversando con tono alegre. Y esa idea me perturbó.

—Pero no he venido para contarle mi vida.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Estamos investigando un caso un poco especial, necesito su opinión.

—Nunca imaginé que un día un oficial de policía me pediría algo.

Yo saqué las postales de mi bolsillo interior.

—Una mujer recibió esto desde Irlanda, sin comentario ni firma. ¿Puede decirme qué le sugiere?

El octogenario cogió los documentos y contestó enseguida:

—Son extractos del *Libro de Kells*. Se reconocen fácilmente por la factura. Esta obra maestra del arte medieval ha sido analizada hasta la saciedad, ha revelado todos sus secretos.

Se levantó, desapareció y volvió de la habitación contigua cargado con un volumen grueso.

—Aquí está, mira. Este volumen reproduce las láminas más bellas del manuscrito.

Yo abrí una página al azar y descubrí una cabeza de dragón insertada en la primera letra de llamada de un texto, un personaje laureado y alado, una cabeza de hombre dominaba el conjunto.

—Los monjes irlandeses crearon talleres artísticos en sus monasterios. Este evangelario es de una calidad estética perfecta, es la obra de iluminación más bella del mundo.

Yo pasé las páginas lentamente.

—Admito que si yo recibiera postales sin comentarios, me haría preguntas —reconoció el

viejo Guillard.

—Conocemos al emisor.

—En ese caso, todo está arreglado.

—A contrario, todo se complica.

Me quedé en silencio un momento.

—¿Se acuerda del asesino de Montmartre? —
pregunté de repente.

—Perdona, pero no estoy al corriente de
asuntos criminales.

—Hace tres años, varias personas fueron
asesinadas en el distrito 18 de París. El criminal
era un librero del barrio que se escondió en las
antiguas canteras. A consecuencia de una
intervención bastante radical, el hombre murió
sepultado bajo las rocas. Al menos, eso era lo que
nosotros creíamos. Recientemente nos informaron
de que en Irlanda habían encontrado restos de
ADN que le pertenecen en tres cadáveres.

—¡Dios mío! ¿Entonces no estaba muerto?

—Aparentemente no.

—E imagino que él es quien envió estas postales.

Yo asentí.

—¡Aterrador! —exclamó el paleógrafo.

Yo hojeé el documento con gesto distraído. No me arrepentía de haber ido a ver a aquel anciano de rostro luminoso. No sabía más sobre los motivos del asesino que firmaba sus crímenes con imágenes de un evangelario del siglo IX, pero esta visita me serenaba.

—Esta es una copia exacta de la última postal —comenté, deteniéndome en una página.

—La «Tercera hora» —dijo Jacques Guillard.

—¿Perdón?

—Esta lámina es la de la «Tercera Hora», sin duda la página más depurada del manuscrito.

Recordé las afirmaciones de Lisa y sentí un escalofrío.

—Una decoración sobria, unas palabras en latín, *erat autem hora tertia* —prosiguió el

especialista—. Este extracto del Evangelio según San Marcos describe el momento en que Cristo ofrece su vida.

Yo puse mala cara. La referencia a la religión me molestaba. Aquello tenía pinta de ser una broma de mal gusto.

—Espero que no se tome por el Mesías — ironicé.

—¿Tu profesión no te ha enseñado que no hay placer sin sacrilegio ni trasgresión?

—Me temo que mi visión del mal es demasiado terrenal.

—¿La mujer a quien se dirige está en condiciones de entenderlo?

—Tiene la mente frágil, pero es muy culta.

—¿Sabes en qué me hace pensar esta historia?

—No.

—En una leyenda parisina del siglo XVIII. En la época se decía que el diablo se había instalado más allá de la puerta Saint-Michel, en la llamada

Puerta del Infierno, frente a un camino que conducía a una cueva iniciática, el Montsouris. Ladrones y mujeres trastornadas montaban bacanales en ese lugar llamado campo de Vauvert, de ahí el nombre Diablo Vauvert. Apoyados por san Luis, los cartujos apresaron a Satán y sus acólitos, después de tres días y tres noches de duros combates. Pero durante mucho tiempo se dijo que el diablo, como tu asesino, seguía apareciéndose en subterráneos y canteras...

Mientras el anciano sabio hablaba, yo reflexionaba, preguntándome qué intenciones tenía Morlaix, y por qué se dirigía a Lisa de este modo. ¿No conocía sus problemas de salud? ¿Qué interés tenía en mantenerla en un estado tal de dependencia?

—Si me lo permites, voy a hacer unas fotocopias de esas postales.

Jacques Guillard se alejó de nuevo. Yo aproveché para garabatear unos datos en un post-it.

—Si se le ocurre algo, Jacques, llámeme — dije antes de darle las gracias e irme.

—Sin falta, hijo mío. Y no vuelvas a tardar diez años en dar señales de vida.

—Prometido.

Gournay-sur-Marne era un verdadero remanso de paz, a veinticinco minutos de París, sin embotellamientos.

Arrostéguy me abordó en la calle, en la puerta de la brigada.

—Te esperábamos para ir a comer, ¿dónde estabas?

—He ido a ver a un medievalista.

—¿?

—Quería saber su opinión sobre el *Libro de Kells*.

—¿Y?

—Y nada.

—Qué quieres que te diga —suspiró él—, pierdes el tiempo con estas tonterías.

—No quiero dejar nada al azar.

Una palmada en el hombro a modo de respuesta, y cruzamos el porche juntos.

A última hora del día, me vi con Bérangère en un pequeño bistró de la calle Rambuteau. Tenía mala pinta, pero era acogedor y la cocina estaba bien. Una sala con quince mesas dispuestas en hilera, una penumbra provocada a sabiendas, y música de fondo suave.

Bérangère practicaba el arte de implicarse en su trabajo sin perder la calma, equilibraba vida profesional y vida privada con un talento que yo le envidiaba. Sus investigaciones en la brigada financiera la enfrentaban a las peores perversiones. Sin embargo ella encontraba la fuerza para olvidar, al llegar la noche, las maldades, los trapicheos, los fraudes y las mentiras, todas las traiciones que arrastran las alcantarillas de la sociedad.

—Tu monstruo que resurge en la superficie de la tierra como un ogro, me da miedo. ¡Desconfía de los ectoplasmas que pueden manchar tu reputación!

—Nosotros estamos acumulando cada vez más información y los irlandeses también, no tardaremos en contrastar datos.

—Mi instinto me dice que él juega su última carta en Irlanda, que está dispuesto a todo.

—Yo tengo la misma sensación.

—¿Tú te has visto la cara? —preguntó inquieta.

Soltero y sin hijos, yo no suelo estar pendiente de los turnos de vacaciones.

—Me quedan tres semanas libres.

—¿Qué esperas para cogerlas?

Sonreí. Era impensable levantar el pie del acelerador en el momento en que la investigación se reactivaba. La observé y me pregunté qué nos depararía el destino. ¿Aceptaríamos envejecer

juntos? ¿Por qué yo siempre me quedaba al margen de la felicidad?

Bérangère me vio debatirme en silencio. Ella me lo perdonaba todo. Veía en mí la fragilidad del hombre, y era la inconstancia de todo el género humano lo que respetaba. También debía decirse que la paciencia obtendría un día su recompensa.

15

La guerra de las bandas, Northside contra Southside, se intensificaba en Dublín. El jefe de una banda rival, temida y muy implantada en la ciudad, había jurado liquidar a Charlie. Suspicious, el cabecilla cambiaba los lugares donde se reunía con sus hombres. «Nos vemos donde Jeff, en los muelles», le había dicho a Morlaix por teléfono, un viejo café donde los irlandeses ahogaban sus penas y sus recuerdos en cerveza.

Se acercaba Saint-Patrick, y habían instalado un pódium en una esquina de Saint Stephen's Green. Los grupos se sucedían en el escenario frente a un público entregado. Con sus saltimbanquis de todo tipo, Grafton Street no se quedaba atrás. Había cola delante de Bewley's, como todos los días a las cinco, pues el consumo de té formaba parte de la herencia inglesa que los irlandeses no habían querido perder. Morlaix caminaba a paso ligero por la calle peatonal. La capucha del chándal le cubría la frente y las pestañas. Atajó por dos callejuelas que habrían podido servir de decorado para *David Copperfield*, y cruzó O'Connell Bridge. Las fachadas de los edificios de colores pastel se reflejaban en el río. Sobre el muelle, las gaviotas se peleaban alrededor de un montón de residuos.

El acceso al pub estaba vigilado por dos chavales recién salidos de la adolescencia, ataviados con un chándal con capucha, que salpicaban sus comentarios con *fuck, fucking!*¹¹

Cuando él entró, las voces callaron. Con un gesto de la cabeza, el barman le invitó a pasar a la trastienda.

—*Hey, what's the craic?*¹² —soltó Charlie, sentado en una butaca de cuero, detrás de una gran mesa, y rodeado por cuatro hombres de pie, cuatro perros guardianes dispuestos a morder. La puesta en escena no impresionó a Morlaix. *El Don* iba vestido de jefe mafioso, con un traje lujoso y una llamativa corbata rosa. Desde que cultivaba ciertas relaciones en el terreno político, tenía tendencia a considerarse una personalidad. «La droga es política», proclamaba alto y claro.

Uno de sus guardias de corps se separó y se acercó mascando chicle. Le faltaba una falange del índice izquierdo.

Su aspecto hizo sonreír a Morlaix interiormente.

—¿Conoces a John? —preguntó Charlie.

—Tengo esa suerte, sí.

La vidriera filtraba la luz sobre la carpintería de la sala. Una puerta que daba al patio de atrás, permitía salir con disimulo en caso de peligro.

—¡No nos habías dicho que Jack el Destripador eras tú! —proclamó el matón—. ¡Mierda! ¡Nos has tomado por auténticos idiotas!

Morlaix se quedó quieto.

—La policía francesa te sigue la pista —añadió el jefe—. No tardarán en aparecer por la isla.

Él quiso contestar, pero John le cortó:

—Cierra el pico, imbécil. Eres realmente el cabrón más falso que he conocido jamás.

Yann tenía que conservar la sangre fría. Esos locos furiosos podían abatirle en cuestión de segundos si querían, y nadie sabría nunca más nada de él.

Otro guardaespaldas, en la retaguardia hasta aquel momento, avanzó.

—En tu lugar, yo me subiría a un carguero y me largaría. A Malasia, a Sudamérica. Hay un

barco que sale para Buenos Aires en un par de días.

Él no tenía nada en común con esos patanes que pretendían gobernar la sociedad en la sombra. Como tenían protectores en la policía de Dublín y de Belfast, Charlie y su banda se creían intocables. ¿Qué sabían esos brutos obtusos del refinamiento y la belleza del Mal, verdadero poder?

—A menos que prefieras España —insistió John con ironía—. Podemos encontrarte un *job* allí abajo, si quieres.

La cocaína llegaba en barco de Colombia y pasaba por Marruecos antes de llegar a España. Charlie y sus cómplices iban a aprovisionarse a Marbella. Si bien en Irlanda adoptaban un perfil bajo, y vivían con sencillez para no llamar la atención, en el sur de España vivían a todo tren: villas preciosas, coches enormes y las mujeres correspondientes. ¿De qué les serviría toda esa pasta, si no pudieran gastarla ostentosamente, poniendo sus fajos de billetes encima de la mesa?

Había otra red que provenía de Pakistán, y pasaba por Ámsterdam y Liverpool antes de llegar a Irlanda.

—Pakistán te convendría mucho.

Necesitamos un comercial que trate directamente con los afganos —intervino un pelirrojo con unos músculos enormes.

—En todo caso, Irlanda se ha terminado para ti —decretó Charlie.

¿Pero qué demonios tenía que hacer él en Irlanda, con su compleja insularidad, sus cuatro millones y medio de habitantes diseminados en ciudades y pueblos, sus pastos infinitos, sus acantilados batidos por las lluvias y los vientos, sus megalitos y sus monasterios en ruinas? Si hubiera aterrizado en Yugoslavia o en Rusia, habría sido lo mismo. ¿Qué diferencia había entre estar ahí o en otro país? Además, ya empezaba a ahogarse en esa isla anquilosada por sus desgracias y sus bardos. ¿Todo ese jaleo para qué?

—No sabía que los profesionales del crimen tenían principios —repuso con una pizca de ironía.

—Yo no había conocido nunca un enfermo como tú. Asesinar mujeres no es un acto demasiado valiente —soltó John—. ¿Sabes qué hacemos aquí con tipos como tú?

—¡Ya basta! —le interrumpió Charlie con un puñetazo en la mesa.

Era el único que seguía sentado en su trono, como un gran señor. Sus esbirros estaban de pie, listos para atacar. La estancia olía a bestia enjaulada.

—Nos hemos reunido para decidir qué vamos a hacer contigo —dijo el jefe—. Siempre has sido legal con nosotros. Personalmente, yo no tengo nada que reprocharte. Cuando Susie me habló de ti la primera vez, no podía imaginar los cadáveres que tenías en el armario. Ella me dijo que habías tenido problemas en Francia, y pensé que era un tema de droga o algo parecido. Has ido demasiado lejos, eso no estaba en el contrato.

—Yo nunca firmé un contrato con nadie.

El mafioso le observó durante unos segundos. Nunca había entendido el funcionamiento de ese francés caído del cielo. Acostumbrado a tratar con seres primarios que se alteraban por cualquier cosa, Morlaix le resultaba incomprensible.

—¿Susie me dijo que dormías en el *Deirdre*?

—Exacto.

—Tienes que encontrar otra cosa.

—Tienes veinticuatro horas para salir corriendo —remató John.

—Preparamos un golpe para dentro de unas semanas —continuó Charlie—, una entrega importante que viene de Colombia, nos conviene que la Garda te persiga a ti.

Así que tenía intención de usarle como señuelo. Acabar como carnaza, miserable destino. Desde que había entrado en la banda de Charlie, sabía que había hecho mal negocio.

John se pasó la mano por la garganta, imitando el movimiento del filo de un cuchillo.

—Estás quemado, tío.

El Don le entregó un objeto.

—Toma este móvil prepago. Nos
telefonearemos directamente.

—Considérate afortunado de haber terminado
sin demasiados problemas —comentó el pelirrojo.

—¿Y después? —preguntó el francés,
dirigiéndose al jefe.

—¿Después, qué?

—¿En qué me convertiré cuando tu operación
haya terminado?

Charlie le miró entornando los ojos.

—¿No te fías?

En los labios del francés se dibujó una
mueca.

—Después, podrás escoger entre vivir
escondido en una cueva, o volver a empezar lejos,
muy lejos de aquí. Depende de ti. Esto es todo por
hoy.

John añadió:

—No te perderemos de vista. Vayas donde vayas, estaremos detrás de ti.

Cuando le acompañó a la puerta, añadió:

—Y si te pillan, te liquidamos.

El ratero volvió a deslizar el dedo índice a lo largo de la garganta.

—Te sangraremos como a un cerdo.

Los chavales que ejercían de perros guardianes frente a la puerta del pub, le vieron alejarse con el gesto desdeñoso de quien se dedica a aplastar a los perdedores. Uno de ellos gritó a sus espaldas, en el momento en que cruzaba la calle: *jscumbag!*¹³

—**P**ronto hará dos meses desde que Lynch y Curtis vinieron a contarnos ese cuento de la turba y el *hurling* —se indignó Pichot una buena mañana—. Y Morlaix sigue por ahí.

A base de releer las fichas, teníamos la impresión de saberlo todo sobre los muertos. Y seguíamos sin tener pistas, más que difusas y evanescentes, de nuestro aparecido. Queríamos una investigación y vivíamos esa persecución como un fracaso, avergonzados por haber sido

engañados, avergonzados por saber que nuestro hombre se paseaba por Irlanda con total libertad, avergonzados por las víctimas. La distancia entre París y Dublín, la impotencia de no poder actuar se sumaban a nuestro malestar.

El detonante surgió de los gendarmes de Carhaix que habían sabido perseverar.

—Morlaix y Le Bihan estuvieron juntos en el internado Saint Joseph de Nantes —le comunicó el comandante Barthes a Pichot por teléfono—. Por lo tanto han de conocerse.

Pichot escuchó pacientemente al policía.

—Buen trabajo, comandante.

—Para mí no existen las casualidades en este caso.

Estimulado por su descubrimiento, el gendarme retomó su bastón de peregrino y recorrió el campo,

con la fotografía de Yann Morlaix en la mano. Al igual que Marguerite, un campesino recordó haberle visto por la zona, aunque fue incapaz de precisar una fecha.

—Rondaba por mi huerto y por los alrededores del pozo —aseguró.

Por su parte, Arrostéguy había espulgado los datos telefónicos de Frankis Atao y se centró en una quincena de llamadas a Irlanda del Norte.

—Creo que tenemos algo —declaró Ughetti al inspector de división Saulieu.

Convocado por los agentes de Carhaix, Michel Le Bihan conservó su sangre fría:

—Nuestras relaciones con los irlandeses son únicamente de índole cultural —objetó frente a los gendarmes.

—¡Venga, hombre! Usted ya negó conocer a Yann Morlaix, y sin embargo fueron juntos al colegio, no en la misma clase es verdad, pero su nombre tiene que sonarle —argumentó el comandante Barthes.

—¿Por qué? ¿Usted se acuerda de todos los nombres de sus antiguos compañeros de colegio? Pues yo no, lo siento mucho.

El policía se impacientaba. Pasó la noche navegando por la red y acabó descubriendo que entre todos los vínculos que aparecían en el blog de Frankis Atao, uno demostraba una relación con una asociación de Belfast.

«¡Aquí está, la conexión!», escribió en un correo electrónico destinado a Pichot. «Nadie ha visto a Le Bihan y Morlaix juntos. El jefe de Frankis Atao sigue negándolo. Pero este vínculo es una pista. Yo sigo convencido de que fue Le Bihan quien cubrió la huida de Morlaix a Irlanda. ¡Falta demostrarlo!».

El juez Manzano firmó finalmente la comisión rogatoria internacional que esperábamos con impaciencia. El Quai d'Orsay y la Cancillería habían dado el aval.

Zafarrancho de combate en el 36.

¿Quién viajaría a Erin?

Yo consideraba que esa misión me correspondía por pleno derecho: yo había sido secuestrado por Yann Morlaix, yo le conocía mejor que nadie, y mi inglés era más que *fluent*.¹⁴ Naturalmente, mi poder para actuar sería limitado, los acuerdos no permitían ir más allá de un intercambio de información. Como mínimo, respiraría el mismo aire que Morlaix y pisaría el mismo suelo. Con un poco de suerte, percibiría aspectos que nos pondrían en el camino correcto. Pero el comisario Ughetti no lo veía del mismo modo.

—Girodeau lo hará muy bien —declaró.

Ughetti y yo nunca habíamos tenido una relación fácil. No era una cuestión generacional sino de personalidad. Un día, el comisario había tenido el valor de decirme que yo representaba prácticamente todo lo que odiaba de esta profesión. Para él, yo había entrado en la policía por casualidad: algo inconcebible para un hombre que considera su oficio como una vocación.

Arrostéguy salió en mi defensa:

—Damien es el mejor para este tipo de trabajo, y además, ya sabes que tiene olfato.

Girodeau me resolvió la papeleta alegando dificultades con la lengua inglesa.

—Bien, ya sabe lo que tiene por delante, Damien —cedió el comisario.

—¿Quién le acompañará? —quiso saber Pichot.

—Irás solo.

—Pero en el extranjero siempre trabajamos por parejas.

—Para una toma de contacto con la Garda Siochana, basta un hombre solo.

Esa decisión me iba la mar de bien.

Había decidido sacrificar a Brigid la segunda vez que se habían cruzado sus miradas. Había entrado por casualidad en el restaurante donde trabajaba la chica, a varios kilómetros del recinto monacal de Glendalough. La lluvia arreciaba aquel día. El tiempo de correr para refugiarse en el interior bastó para que acabara calado. Aquel mes de noviembre, solo algunos borrachos bebían una pinta en silencio alrededor del mostrador de madera. En la sala, tan sombría como el alma de

los clientes, sonaba una *juke-box*. Morlaix se había colocado aparte. En el mundo, pero fuera del mundo. Su cuerpo se había tensado al ver a la joven moverse detrás de la barra. Brigid O'Connor respondía perfectamente a los criterios que se había impuesto: rubia, guapa, con aire ausente, y un nombre de pila procedente de los mitos irlandeses. Brigid: mujer, hija, esposa y hermana de los Fils de Dana, patrona de los druidas y los bardos, diosa de los poetas, los herreros y los médicos. Divinidad principesca femenina. El aura de la diosa era tan grande, que los cristianos se habían visto obligados a buscarle una sustituta: Brigitte.

Víctima perfecta, enormemente simbólica.

La joven se había inclinado hacia él para atenderle. ¡Tocada! ¡Hundida! ¿Qué se podía hacer con un tiempo así? Él había iniciado la conversación. Ella se había metido en la boca del lobo con una sencillez tal que él había sentido cierto desconcierto.

Había esperado en el coche que Brigid terminara su turno. Ella vivía a dos kilómetros de allí y le había contado que volvía a casa a pie. Él la había visto salir, había encendido el contacto y los faros, se había acercado circulando despacio. Brigid no tenía paraguas. Morlaix había abierto la portezuela: «Suba, póngase a cubierto, yo la acompaño». Habían bastado unas palabras. Sin amenaza, sin angustia, solo unas palabras de una banalidad deprimente.

Todo había acabado en un instante. Él había depositado el cuerpo de Brigid, como una ofrenda, detrás de un matorral. Un viejo barbudo, criador de ovejas, guiado por su perro, encontraría los restos días después.

El equipo se había reunido en el despacho del inspector de división.

—En Dublín estará a cargo del oficial de contacto Thomas Picard, de la Dirección de Cooperación Internacional, lo cual os facilitará el trabajo —me comunicó Saulieu—. Hemos avisado a la delegación de Londres y al ASI,¹⁵ del que depende. Todo está organizado.

—Yo conozco a Picard —intervino el pleitista—, hicimos juntos los cursos en comisaría.

Es un tipo interesante, ya verás. Ya le he proporcionado los datos del dossier.

—Él te recogerá en el aeropuerto —añadió Pichot—. Pasado mañana tenéis una cita con la Garda.

—Tratará con el superintendente McConnell —precisó el inspector de división.

Yo pregunté si debía abordar el tema de la pista bretona.

—No tenemos suficientes pruebas —objetó Ughetti.

—No estoy de acuerdo —replicó Pichot—. Lisa nos pone sobre la pista, sus padres confirman sus afirmaciones; unos campesinos han visto merodear a Yann Morlaix, el agente Barthes descubre que Morlaix y el jefe de Frankis Atao se conocen desde el colegio y que la asociación tiene relaciones con Irlanda del Norte. Si estas pruebas no son concurrentes, no sé qué más necesita.

Después de pensarlo, Saulieu reconoció que era preferible poner las cartas encima de la mesa.

—Me pregunto cómo reaccionarán los irlandeses —comentó preocupado el comisario.

Arrostéguy añadió:

—Damien, no te olvides de enseñarles las postales y preguntarles si les sugieren algo. Al fin y al cabo, el *Libro de Kells* tiene que tener algún significado para ellos. Te he preparado un resumen, eso siempre ayuda.

—El juez Manzano querría verle, le espera en su despacho a las tres de la tarde —concluyó Saulieu dirigiéndose a mí.

Evité pasar directamente del PJ al Palacio de Justicia, opté por salir a la calle y rodeé el edificio a pie. Los árboles brotaban, la temperatura era suave, los gorriones sobrevolaban el Sena gorjeando. Una larga cola de visitantes esperaba en la acera, en la entrada de la Sainte-Chapelle.

La secretaria abrió la puerta, volvió a su puesto y desapareció tras la pantalla de su ordenador. El juez me invitó a sentarme. Manzano

se apoyó en su butaca, extendió las piernas bajo la mesa de despacho, cruzó los dedos sobre el vientre y me observó detrás de sus gafas de imitación de carey.

—¿Preparado para levantar el vuelo?

—¡Impaciente!

—Para un asesino en serie, resurgir de esa manera es un verdadero arte, algo nunca visto.

—En efecto.

—No nos esperábamos esto.

Detrás de sus palabras, un reproche apenas velado. Yo me mantuve en guardia.

—Es lo menos que puede decirse.

Manzano se balanceó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa.

—No espere más que un recibimiento discreto por parte de sus colegas irlandeses.

—¿Y eso, por qué?

—A ninguna policía del mundo le gusta que un extranjero meta las narices en sus asuntos.

El artificio del juez me exasperó. Empezaba a entender por qué el magistrado me había hecho venir: esta expedición a Irlanda requería determinada sutilidad, y Manzano quería ver la cara del policía escogido. Se andaba por las ramas para sondearme mejor.

—¿Conoce un poco Irlanda?

—No —admití.

—Ah, eso es un inconveniente.

De la isla verde, yo solo tenía las imágenes tópicas que difundía la publicidad. Para mí, la evasión se nutría de colores cálidos y exóticos de África, donde había pasado parte de mi infancia, ¡Monfreid más que Beckett!¹⁶ Yo imaginaba una Irlanda poblada por ovejas y hombres que bebían Guinness al son de una balada melancólica.

—Bien, tendremos que arreglarnos con eso —se lamentó Manzano, implicando con eso que quizás yo no era el candidato ideal.

—No estoy solo, el oficial de enlace me ayudará.

—Ya veo...

Sonó el timbre del teléfono, el magistrado descolgó y dio breves indicaciones a su interlocutor.

—Tendrá usted que demostrar tacto y discreción —confirmó, cuando hubo colgado el aparato.

—No tenía intención de anunciar mi llegada en el *Irish Times*.

El juez se quedó callado un momento.

—¿Quería usted hablarme de algo en particular? —pregunté.

—Hemos tenido problemas con la policía irlandesa desde el asunto Toscan du Plantier,¹⁷ ¿se acordará seguramente?

—Estos dos asuntos no son en absoluto comparables. En este caso el asesino es francés y las víctimas son todas irlandesas, hasta que se demuestre lo contrario.

Tuve la impresión de que sus ojos me sometían a un escáner.

—Esperemos que la cooperación policial no sea un concepto vacío.

—Nuestras relaciones con la Garda son muy cordiales —le aseguré.

—Yo he hablado con mi homólogo irlandés por teléfono, y la evolución de este asunto le inquieta tanto como a mí.

—Hacemos todo lo que podemos, señoría.

Yo detestaba hacer ese papel. La coba y la obsequiosidad me producen náuseas. ¡Pero si la paz entre la policía y la magistratura lo exige! Jueces y policías luchan contra los mismos enemigos, y sin embargo parece que todo o casi todo les separa: la autoestima, los métodos, la posición social, incluso el concepto del bien y del mal. Manzano no me quitaba la vista de encima, como si buscara un fallo en mí, alguna anomalía.

—¿Cuándo se marcha?

—Mañana.

—¡Vaya, qué rapidez! ¿Cuántos días se quedará en Dublín?

—Eso dependerá de la evolución de los acontecimientos.

—Infórmeme en cuanto vuelva.

—Eso haré, señoría.

Sonrisa crispada, último intercambio de miradas.

Para el juez, el mal no existía, no era más que un abuso del lenguaje, una mistificación, él estaba allí para regular las imperfecciones de la sociedad castigando a los culpables. No le hacía ascos a plantar cara al ejecutivo en determinados momentos, era una pequeña satisfacción de la que no se privaba.

Yo había visto el mal, formaba parte de mi cotidianidad, y tenía una idea cada vez más precisa de los estragos que podía causar.

Gran Desfile

19

Doolin, condado de Clare. Costa oeste de la República de Irlanda

Alexia Costa ya no dormía.

Hacia medianoche, el viento se había colado en la chimenea, había aporreado las ventanas, derribado los objetos de hierro del camino. Sola en la casa, no tenía miedo. Nada desagradable podía suceder entre esas paredes. Conservaban los sonidos y los olores de antaño, la habían visto crecer, conocían todas sus alegrías y todas sus

penas. Su padre había nacido allí. Ese padre volatilizado, tan presente sin embargo en la memoria familiar. Sobre su mesilla de noche, una novela en francés y una policíaca en inglés.

Un pitido del móvil la avisó de un mensaje: «*Hello, babe!* No hemos liquidado nuestras cuentas, ¿recuerdas? ¿Qué te parecería una pequeña visita? John».

Ella palideció. Detrás de John se perfiló la inquietante silueta de Charlie. Alexia había confiado en que el cabecilla la olvidaría. ¿Qué quería de ella? ¿Por qué acosarla ahora?

Nerviosa, no consiguió dormirse hasta la madrugada, después de haber cavilado durante mucho rato.

Era casi mediodía cuando volvió a abrir los ojos. El viento se había calmado pero llovía a mares sobre el campo. Miró por la ventana. En un día claro, se veía el puerto con sus casitas de colores vivos, las islas de Aran en hilera en el océano. Ella era incapaz de contemplar el

horizonte sin pensar en América, ese continente lejano al otro lado del Atlántico, donde su madre había querido enviarla a estudiar. Ella había escogido vivir en esta tierra abatida por los vientos y azotada por la lluvia procedente del oeste, fiel al principio según el cual, entre dos vías, había que optar siempre por la más difícil.

Un coche se detuvo al pie del camino. John se acercaba saltando, para evitar los charcos de agua. Ella bajó a abrirle.

—Si te dignaras contestar a mis mensajes, no tendría que conducir durante horas bajo la lluvia para hablar contigo —dijo él a modo de saludo.

Tiró la cazadora mojada sobre el sofá, y se apartó un mechón de pelo de la frente perlada de gotas de lluvia. Un olor a turba, intensificado por la tormenta nocturna, emanaba de la chimenea. Él observó a la joven de los pies a la cabeza. El pantalón de montar y el jersey de cuello vuelto negro acentuaban su aspecto andrógino.

—Una chica como tú, no debería quedarse encerrada todo el fin de semana en un caserón en ruinas como este.

Ella no se inmutó.

—No eres charlatana, eso está claro.

John fue hacia la chimenea, se paró frente a la serie de fotografías expuestas sobre la repisa: un retrato de los abuelos de la joven, puestas de sol sobre los acantilados de Moher, Alexia rodeada de amigos en un restaurante de Dublín.

—Dime a qué has venido —dijo ella, molesta al verle fisgar en su intimidad.

—Cambia el tono. Por si lo has olvidado, hasta hace poco yo era tu proveedor.

—¿Te envía Charlie?

—Lo ves... cuando quieres.

—¿Qué pretendéis de mí?

—Tienes una deuda con nosotros de varios miles de euros, por si lo habías olvidado.

—De eso hace más de cuatro años, dejadme en paz. De todos modos, no había tenido tiempo de

revender vuestra droga de mierda cuando me detuvieron. Los polis se quedaron con todo. Preguntadles qué hicieron con eso, según tengo entendido a veces les costaba llegar a fin de mes.

—Eso, querida, no es asunto tuyo.

—En cualquier caso, yo no tengo dinero.

—Ella no tiene dinero —se burló él—.

Vuelve al trabajo y tendrás pasta.

—Jamás en la vida.

—Eras más obediente cuando eras estudiante.

Rodeó la mesa y se colocó frente a ella.

—Si te digo la verdad, hemos sido demasiado buenos contigo. Si quieres evitarte problemas, te aconsejo que apoquines.

—Basta, tengo demasiado miedo —ironizó ella.

El jersey acentuaba la forma de sus senos, pequeños y redondos. John tuvo ganas de tumbarla encima de la mesa y poseerla. Alexia le sostuvo la mirada y le desafió.

—Tienes suerte de ser la hija de Patrick Cronin, si no...

—Si no, ¿qué?

La agarró del brazo.

—Tienes tres meses para pagar.

—Ya pagué mi deuda, no le debo nada a nadie.

John la sujetaba cada vez más fuerte.

—Tu amigo Paul ya no podrá hacer nada por ti, ni él ni nadie.

—*Fuck off!*¹⁸ —le escupió ella en la cara.

Él la soltó con un gesto brusco, ella cayó al suelo, su cabeza golpeó el pie de la mesa, él avanzó hacia ella. Alexia se acurrucó instintivamente, creyendo que la golpearía.

—Te llamaremos esta semana —dijo él al dar media vuelta.

Un portazo. Ella oyó el ruido de un motor que se alejaba. Tenía frío. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Al cabo de unos minutos, salió de casa en coche hacia los acantilados de Moher, que estaban a pocos kilómetros de Doolin. Sus gestos eran tranquilos y precisos, su cara expresaba una gran determinación.

Al pie de la pendiente rocosa, el mar rugía y se desgañitaba, golpeaba y luego se transformaba en chorros de espuma. Las gaviotas planeaban en las turbulencias del viento. Los escasos paseantes resistían las borrascas afianzándose sobre el «camino de las cabras». Frailecillos y pájaros bobos se pavoneaban entre gritos ensordecedores. Ese espectáculo familiar la tranquilizó. Inspiró profundamente, se puso los auriculares del MP3 en las orejas. La voz de Amy Winehouse le penetró la mente: *Our day will come...*¹⁹ En el sendero de tierra aceleró el paso y echó a correr. Sus pies se deslizaban sobre el barro, el agua salpicaba las suelas. La figura rodeada de bruma, desdibujada sobre el acantilado, confiaba que la lluvia la limpiaría de todo.

«La salida hacia Dublín sufrirá un ligero retraso, debido a una demora en la llegada del aparato», anunció una voz femenina. Yo aproveché para telefonar a Pichot:

—¡Aún no te has marchado! —exclamó, asombrado, el subinspector.

—El avión va con retraso.

—Mejor, quería hablar contigo. Arrostéguy ha tenido una conversación con nuestros colegas de Europol esta mañana.

—Sí...

—Resulta que la asociación de Belfast, identificada por el comandante Barthes, tendría antiguos miembros del IRA entre sus integrantes.

Como yo no contesté, Pichot creyó conveniente deletrear:

—IRA: ejército republicano irlandés.

—Gracias, lo había entendido.

—¡Y reaccionas así!

—¿Qué demuestra eso?

—¡Está claro que tienes un problemas neuronal! Si Morlaix tiene vínculos con disidentes, juega en una liga distinta a la nuestra. Te recuerdo que esos tipos siguen poniendo bombas en su tiempo libre.

—Yann Morlaix es un asesino en serie, no un terrorista.

—Puede ser, pero los irlandeses son muy quisquillosos en este tema. Apelarán a la razón de estado.

—Yo creía que esa guerra repugnante había terminado.

—No para todo el mundo, por lo visto. Hay grupúsculos que continúan luchando por la reunificación.

—¡Mierda, pues!

—Ni que lo digas.

Morlaix, escondido primero por un cómplice en Bretaña, ¿habría huido a Irlanda, protegido por disidentes? *¡Bien jugado!*

—Te dejamos a cargo de abordar este problema con los irlandeses.

—¡Bien! Les encantará.

—Ughetti te telefonará antes de la reunión en el cuartel general.

El anuncio del embarque puso fin a nuestra conversación.

La duración del vuelo me permitió ordenar nuestros datos: el ADN pertenecía Yann Morlaix, bien, pero eso no era ni de lejos suficiente para atraparlo. ¿Dónde se escondía? ¿Qué aspecto

tendría actualmente? ¿Había recurrido a la cirugía estética? ¿Cuál era su identidad ahora? ¿Qué trucos empleaba para escapar de la Garda?

Vi el puerto de Dublín, un campo sobre el fondo de cielo gris, unas cuantas vacas, y ese fue el aterrizaje.

En el hall de llegadas, un grupo de estudiantes disfrazados de gigantes verdes daban la bienvenida a los pasajeros. Un hombre, vestido de obispo, andaba con zancos; duendes, con tréboles verdes pintarrajeados en las mejillas, deambulaban por la terminal. No había duda, Dublín se preparaba para Saint-Patrick.

Instintivamente, me dirigí a un tipo con gabardina, apoyado en un poste.

—¿Thomas Picard?

—Él mismo —contestó el hombre y me tendió la mano.

Picard ocupaba el puesto de oficial de enlace en Dublín. Su superior inmediato, el auxiliar de seguridad interior, estaba en Londres, pero él

gozaba de mucha autonomía. Él era el responsable de coordinación entre las policías y ejercía además de traductor. Había desembarcado en Irlanda cuatro años antes con Irène, su esposa, y se sentía tan arraigado a ese país que había solicitado prolongar su contrato.

—Te he reservado una habitación en el Blooms, en pleno centro de la ciudad —me dijo.

—Perfecto.

—¿Tienes hambre?

—Mucha, sí.

—Conozco un pub que nos viene de camino.

Me invitó a subir en un Toyota 4x4 azul marino, recién estrenado.

—Un vehículo todo terreno es ideal para ir a pescar a Donegal —se justificó.

—¿Donegal?

—Un condado del norte del país. Allí no hay nada que hacer, aparte de pescar con mosca, pero la belleza del paisaje es apabullante.

—¿Qué se pesca?

—Salmón de primavera, salmón rojo, trucha.

La hilera de casas idénticas a lo largo de la carretera, provocaba una sensación de monotonía acrecentada por el gris mate del cielo. Las octavillas de las últimas elecciones se acumulaban todavía en las aceras y las cunetas. Enda Kenny, del Fine Gael, había sido elegido.

Intercambiamos noticias de Francia, del amigo Arrostéguy y de la brigada. Hablamos como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo, con naturalidad.

Paró el coche cerca de un pub con una vitrina de color rojo chillón.

—¿Sabes lo que dicen de la cerveza en este país? —dijo, mientras empujaba la puerta del bar.

—No.

—Que ella sola puede curar las heridas del mundo.

Alrededor del mostrador circulaban comentarios y carcajadas alegres que se expandían por la sala.

—Lo que la gente viene a buscar aquí, no es la borrachera sino el contacto, el calor humano. Si quieres que haya paz hay tres temas que debes evitar.

—¿A saber?

—La política, la religión y el fútbol.

Varios hombres congregados frente a una pantalla plana seguían un partido que comentaban en voz alta. En el fondo de la sala, otra pantalla difundía en directo imágenes del concierto que se celebraba en Dublín. Nos instalamos en una mesa, cerca de una chimenea falsa, y Picard pidió dos *haddcoks*, abadejos a la mantequilla blanca, sin olvidar la Guinness.

—Tú conoces bien al asesino, según lo que me ha dicho Arrostéguy por teléfono.

—Tuve el insigne honor de serle presentado, sí.

—¿Qué novedades hay?

—Hay muchas probabilidades de que Morlaix esté protegido por simpatizantes del

antiguo IRA.

Él hizo una mueca.

—Vaya, territorio minado.

—¿Qué pretenden con eso?

—Se dice que el ejército republicano irlandés ha tirado la toalla y depuesto las armas, desde el viernes santo. En realidad la organización solo se ha dividido en distintas facciones. Aunque a los premios Nobel John Hume y David Trimble les desagrade, queda un núcleo duro, formado por tipos motivados que siguen soñando con una Irlanda independiente, desde el cabo Malin al cabo Mizen, del extremo norte al extremo sur. La maquinaria de guerra no se para tan fácilmente.

—¿Y hay motivo para que la policía pierda los nervios al menor indicio?

—Ocho siglos de dominio británico, Cromwell, revueltas reprimidas a sangre y fuego, la Gran Hambruna, la guerra civil y treinta años de conflicto no se borran con un toque de varita mágica.

Mientras Picard bebía un trago de cerveza y se secaba la boca, le pregunté:

—¿Los disidentes son muchos?

—Varios centenares según las cifras oficiales. Aunque se diga que son terroristas peligrosos o *hooligans*, en el fondo del corazón muchos irlandeses les apoyan.

—¿Incluso en el Sur?

—El martes pasado, sin ir más lejos, asistí al entierro de uno de ellos en pleno centro de Dublín. El tipo había muerto en la cama. Pero sus amigos, todos con pasamontañas, estaban allí para rendir honores al féretro a la salida de la iglesia. Una muchedumbre de simpatizantes asistió a la ceremonia.

—Parece que dominas el tema.

—Forma parte de mi trabajo. Y además, a mi mujer y a mí la historia de este país nos apasiona. En cuanto llegamos aquí nos sentimos en casa.

—¿Qué tal nuestra relación con la policía irlandesa?

—En general, buena. El hecho de haber tenido un enemigo común en el pasado nos une, sin ninguna duda.

—Los ingleses.

—Aquí, les llaman los Brits, y suelen remarcar la última consonante, así: «Britsss» — dijo en tono de broma.

—Me pregunto cómo es posible esconderse en una isla.

—Escondites no faltan. Puertos, por ejemplo, los hay a montones, desde muy pequeños al más grande. El campo no está mal, tampoco. Morlaix puede vivir perfectamente en una casa aislada rodeado de vacas y ovejas.

—Háblame de la comunidad francesa.

—Son unos nueve mil. Si sumas a los no inscritos pueden llegar al doble. Conviven tres grupos. El primero, el de los funcionarios, está perfectamente identificado: personal de la embajada, Alianza francesa, asociaciones culturales. El segundo está formado por empleados

del sector servicios: restauración, hoteles, informática, centrales de llamadas, y estudiantes también. Todas esas personas disponen de documentación oficial para trabajar o estudiar en Irlanda, te puedo proporcionar una lista sin ningún problema.

—¿Y el tercero?

—Desconocidos que desembarcan por placer o por azar; sabemos poco sobre ellos.

—Morlaix se coló evidentemente en esta última categoría.

—Lo he comprobado, no hay ningún ciudadano con ese nombre en las listas.

—Lo contrario me habría sorprendido.

—Un documento de identidad nuevo se compra con doscientos euros, está al alcance de todos los bolsillos.

—¿Qué dice la prensa de este asunto?

—Tiene cierta tendencia a dramatizar. Los irlandeses no están acostumbrados a los asesinos en serie, es la única cosa que América no les ha

legado todavía. La policía ha conseguido mantener la investigación en secreto, pero eso no puede durar mucho.

Al final de la comida, Picard insistió en llevarme a visitar Mytilène, La Residencia de Francia, y el consulado con aspecto de casa de campo. Me presentó a sus colegas.

—Michael Collins, el líder revolucionario en persona, se hospedó aquí —me explicó un empleado—. Durante unas obras se encontraron armas escondidas bajo los listones del parqué. Esta residencia era un núcleo de la resistencia en la época de la revuelta.

El despacho del oficial de enlace daba a un jardín de árboles centenarios. Las ramas se balanceaban frente a la ventana.

—¿Te apetece un paseo al lado del mar?

—No gracias, prefiero andar por la ciudad.

—Como quieras. Dublín no es París, enseguida la habrás visto.

Me dejó delante del Blooms a última hora de la tarde.

—Entonces, ¿dispuesto combatir contra todas las serpientes de Irlanda?²⁰ —ironizó en el momento de irse.

—Me contentaría con una sola.

Se echó a reír.

—Pasaré a recogerte mañana por la mañana, a las nueve.

El Bloom hacía evidentemente referencia al personaje de Joyce. Era un establecimiento sencillo y barato. Mi habitación, en el quinto y último piso, tenía una amplia vista sobre la ciudad. Deshice la maleta, abrí mi ordenador portátil y consulté mis mensajes. Ahora podía lanzarme a descubrir la ciudad.

Mi oído se iba acostumbrando a ese inglés sincopado. Un pequeño Nueva York sin rascacielos, en eso me hacía pensar Dublín, con sus olores grasientos, sus Starbucks y sus *chicken wings*. Norteamérica fascinaba a las familias

irlandesas, poseedoras todas del honor de contar con uno o más expatriados en la patria del tío Sam. La capital se sacrificaba a los estándares de la globalización, confundía comida basura con cultura universal. La Irlanda profunda resistía, llenando de aires tradicionales los bares y las tiendas.

Comí en un *fish and chips*. En la cocina había un hombre de edad indefinida, le faltaba un diente en la mandíbula inferior. Como no había ni un alma y le gustaban los franceses, se instaló en mi mesa y me dio palique. ¿La situación económica? Terrible, la culpa era de Bruselas y de Europa que esclavizaban su isla. Era mejor seguir siendo pobre pero conservar la libertad. ¡Él, que había andado descalzo por las calles de Dublín, sabía de qué hablaba!

—Hoy en día en esta ciudad solo importa la pasta, los negocios, y no dejar escapar las oportunidades —se lamentó.

Crucé el río y subí O'Connell Street. En los pubs, los bármanes preparaban pintas de *stout*²¹ en cadena.

Volví a mi hotel, tarde por la noche, y sobre los escalones de la entrada contemplé un instante el cielo estrellado. Un camión descargaba barriles de cerveza frente al pub contiguo, una chica en minifalda se torcía los tobillos sobre el pavimento, y la sirena de una ambulancia desgarraba la noche.

*Welcome to Ireland!*²²

21

En la iglesia de Dun Loaghaire acababan de dar las seis. Se oyó el DART²³ detenerse en la estación cercana.

Morlaix decidió abandonar el barco. Ya no soportaba seguir encerrado. Sobre el muelle de madera, se cruzó con un navegante aficionado que volvía de una tienda silbando, con bolsas llenas de provisiones en los brazos. Yann envidió a ese hombre que aparentemente no necesitaba nada, ni dinero, ni amor, y aún menos distracciones. Le

habría gustado estar en su lugar, no tener que huir más, ni llevar esta vida desestructurada, y como ese desconocido con aire desenvuelto, avanzar hacia un destino sin fracturas ni mentiras.

Los mástiles de los barcos se alzaban hacia un cielo turbio. Algo en el aire presagiaba una tormenta. El sonido de las drizas le obsesionaba. Frente a la garita, saludó con un gesto al vigilante. Recorrió Harbour Road en dirección a la ciudad, en busca de sus congéneres. Un grupo de adolescentes pasó a su lado alborotando. A través de los ventanales de un café de moda, observó a las chicas sentadas frente a sus vasos de Coca-Cola y sintió la pulsión brotar de nuevo en él.

La «fuerza» estaba allí, siempre agazapada en el fondo de sus entrañas, siempre dispuesta a surgir. ¿Nunca le dejaría en paz? Le haría estallar.

Cuando no podía conciliar el sueño, se acercaba a Diamond's, una discoteca de moda donde algunas noches la multitud se apiñaba hasta tal punto que era imposible bailar, y los clientes se

contentaban con zarandeos. Iban sobre todo para aturdirse a base de promiscuidad, alcohol y drogas. Morlaix se sentó en un extremo de la barra en penumbra y echó un ojo a las jovencitas que se contoneaban con sus conjuntos exuberantes. Exhibían sus formas y sus tatuajes a las miradas derrotadas de los hombres. Para Yann Morlaix era una forma de ponerse a prueba.

Como los trabajos para Charlie no le daban suficiente para vivir, había vuelto a la finca de Powerscourt donde había trabajado de jardinero. La naturaleza le había obsequiado con largos meses de paz y de belleza embriagadora. La ayudante del jefe de jardineros, Jennifer Gouviaux, le rondaba. Ella se ocupaba del invernadero de las orquídeas y de una zona del huerto rodeado de muros de piedra. Cultivaba las plantas del amor: la aguileña que atrae a Venus, el beleño que garantiza un «coito gozoso y agradable»..., pero

también las plantas hipócritas que someten o destruyen. Jennifer se le había ofrecido sin condiciones. Él conservaba de la joven el recuerdo de una alegría sencilla, de un cuerpo ágil y nervudo y el aroma seductor de las pelirrojas. Había tenido muchas oportunidades de matarla. Pero no lo había hecho. Junto a su cuerpo, se había sentido transformado, casi feliz. Era un equilibrio frágil, pero había recuperado la confianza poco a poco, con la esperanza de que la «fuerza» le olvidaría.

Eso era subestimar al enemigo, reaparecido el día en que había atravesado el Shannon a bordo del ferry, en compañía de Deirdre. Como el lirio, él avanzaba hacia sus víctimas bajo la máscara de la bondad.

En las calles de Dun Loaghaire, se debatió. Sintió cómo se aceleraban los latidos de su corazón. Pronto estaría empapado de sudor y su cerebro se trastornaría. Un ansia de gritar le invadiría la garganta, y la lucha con la «fuerza»

volvería a empezar. Juró que no acabaría con él, y se dirigió dando zancadas hacia el espigón.

Se había levantado viento. Las embarcaciones pequeñas regresaban a puerto. En el frente marítimo aparecían luces aquí y allí. Él avanzaba cada vez más deprisa. Cuando llegó al final del espigón, el cielo se rompió y la tormenta estalló, derramando una lluvia torrencial sobre la dársena.

Él, solo en el mundo, puso los brazos en cruz, levantó la cara hacia el cielo y lanzó un grito desgarrador.

El Luas²⁴ recorría Harcourt Street chirriando. Salvo por las antenas en los tejados de los dos edificios unidos por una pasarela de vidrio, la unidad central de la Policía habría podido pasar por un inmueble corriente. Picard me precedía. El oficial de guardia nos indicó el camino. Avisado por el centinela, Sam Curtis, nos esperaba a la salida del ascensor.

—Encantado de recibirle —me dijo, en francés.

El ambiente era parecido al del Crim'. En una sala de reuniones, alguien había trazado con caligrafía nerviosa, signos incomprensibles sobre el mural de corcho. Yo conecté mi ordenador portátil y me instalé.

Inmediatamente se unieron a nosotros Lynch y un becario cargado con cajas de cartón.

—Bienvenido a Dublín, capitán. ¿Ha tenido buen viaje? —me preguntó.

—Excelente, gracias.

—El superintendente jefe vendrá en diez minutos. Mientras tanto puede echar una ojeada a los dossiers.

—Lo siento mucho, pero hoy hablaremos en inglés —se excusó Curtis, mientras manipulaba una máquina de café.

—No hay problema —contesté.

El becario desató y sacó las carpetas que esparció sobre las mesas antes de eclipsarse.

—Está todo aquí —declaró Lynch—, informes de los atestados, resultados de los

laboratorios, declaraciones...

Se percibía el desánimo en su voz. Los hombres de la Garda investigaban esta serie de crímenes desde hacía varios meses. Habían dedicado un esfuerzo considerable, recurrido a todas las técnicas clásicas: telefonía, análisis, identificaciones, ADN, y no comprendían por qué la investigación no avanzaba.

Los informes preliminares describían cómo se habían encontrado los cuerpos de las jóvenes, y daban información sobre los escenarios de los crímenes, todo ello completado por numerosas fotografías y planos. Los resultados de las autopsias incluían resultados de pruebas toxicológicas y serológicas, fotos y también las conclusiones del forense. Se había redactado a conciencia un resumen sobre cada víctima, aportando detalles sobre la familia, su entorno social, sus costumbres y sus relaciones. En un dossier aparte se exponía una reconstrucción cronológica de cada crimen.

—¡Buen trabajo! —dije yo.

Abrí una carpeta titulada «*Criminal Profiling*». La organización de los crímenes, la selección de las víctimas, el modo como aparentemente habían caído en la trampa del asesino, las estratagemas de Morlaix para conseguir escurrirse como una anguila, todo estaba detallado.

—Uno se pregunta cómo un criminal puede escapar a esta fuerza apisonadora —murmuró Picard, sentado a mi lado.

—Irlanda del Norte, Clare, Wicklow, parece que ese hombre se mueve mucho —dije yo.

—Bastan unas horas para cruzar nuestro país de punta a punta —replicó Curtis, y me ofreció un vaso de café.

—Se habrá dado cuenta de que ni siquiera intenta camuflar su ADN —intervino Lynch.

La puerta se abrió y apareció el superintendente McConnell. Al verle la cara, uno

adivinaba que mi visita no le entusiasmaba demasiado.

Después de las presentaciones, cada uno volvió a su sitio alrededor de la mesa.

—Esta sala nos ha servido de centro de operaciones —empezó el *big chief*—. Hemos movilizado a decenas de policías en todo el país, sin contar con nuestros colegas de Irlanda del Norte.

El acento del *chief superintendent*, más marcado, más *brittish* —había estudiado en Inglaterra—, contrastaba con el de Lynch, originario de Dublín, o el de Curtis, nacido en Cork.

—Sus equipos han realizado un trabajo notable.

—Nuestro país no suele enfrentarse a delitos de este tipo. Desde hace unos años, nuestra especialidad es más bien el tráfico de drogas y la guerra entre bandas. Lo que complica este asunto,

es la nacionalidad francesa del asesino. Ya sería difícil si se tratara de un autóctono.

—De ahí el valor de la cooperación policial —insistí.

—El comisario Pichot nos ha tenido al corriente de sus investigaciones. Ustedes han avanzado bastante por su lado, esta historia de las postales es como mínimo... inquietante.

—A juzgar por el franqueo, a cada crimen le correspondería un envío. Pero Lisa Shoenberg ha recibido cuatro postales, y usted solo tiene tres víctimas censadas.

Nerviosismo en la mirada de los irlandeses. Yo era el pájaro de mal agüero, portador de noticias enojosas, el que venía a complicarlo todo.

—¡No pretenderá que nos las inventemos para que a ustedes les salgan las cuentas! —exclamó el *big chief*.

—Sabemos que el asesino ha estado en Wicklow —continuó Lynch—. Los testimonios concuerdan. Habría desempeñado diversos

oficios, sobre todo el de jardinero. Si pedía que le pagaran en efectivo es imposible seguirle el rastro.

—No hemos terminado de interrogar a los testigos, pero tenemos una pista interesante —intervino Sam Curtis.

—Si me permiten, me gustaría abordar un tema delicado —apunté.

McConnell arrugó la frente.

—Adelante.

—Nosotros hemos hecho parte de nuestras investigaciones en Bretaña, la tierra natal de Morlaix.

—Exacto.

—Tenemos fundados motivos para pensar que podría haber recibido ayuda para huir de un independentista bretón, un hombre que mantiene relaciones habituales con una asociación cuya sede está en Belfast.

La expresión de los irlandeses cambió. McConnell se pasó una mano por el pelo, hacia delante y hacia atrás.

—¿Adónde quiere ir a parar exactamente?

—Hemos consultado con Europol, hace unos días.

—*So what?*

—La respuesta llegó ayer por la mañana. La asociación de Belfast incluiría a varios miembros sospechosos de activismo en el seno del antiguo IRA. No hace falta que entre en detalles, ustedes saben mejor que yo lo que eso significa.

La incomodidad era patente en las caras.

—¿Está seguro de esto? —preguntó Lynch.

—¡El IRA, y luego qué más! —explotó McConnell.

—Consulte usted mismo a Europol.

Soltó entre dientes una retahíla de palabras, mezcladas con palabrotas. Yo no conocía la mayoría de esos improperios que, por otro lado, no iban dirigidos a mí. El *big chief* solo estaba enfadado consigo mismo.

—¿Cómo están las cosas con el IRA? Si Morlaix está protegido por una red, esto puede

tardar meses, por no decir años.

Picard me hizo un gesto para indicarme que me lo tomara con calma.

McConnell inclinó el torso sobre la mesa y extendió las manos anchas y velludas.

—Un consejo, métase en sus asuntos.

—El IRA ya no es el problema más importante de esta ciudad —medió Lynch—, sino los mafiosos que se disputan la supremacía. Nos enfrentamos a una guerra de características nuevas, subterránea e implacable, la del negocio de la droga.

—El rumbo que ha tomado este asunto hace más necesaria que nunca una estrecha colaboración entre nuestros servicios —insistí.

—¡Oiga! Usted contétese con investigar a la comunidad francesa. Al fin y al cabo, para eso ha venido, ¿no? Sus informaciones cambian la situación. Eso es capaz de entenderlo, espero.

Entonces me saqué un sobre del bolsillo.

—Les he traído varios retratos de Morlaix, pueden usarlos como les parezca.

—Bien, los difundiremos a partir de esta noche —aseguró Lynch.

El superintendente en jefe consultó su reloj y se levantó.

—Sintiéndolo mucho tengo que dejarle. Lynch y Curtis se ocuparán de usted. Nosotros volveremos a vernos pasado mañana.

Se dirigió a la puerta y soltó, por encima del hombro:

—Durante su estancia manténgase apartado de los periodistas, será lo mejor para todo el mundo.

La prensa francesa todavía no se había metido de lleno en este asunto, pero los tabloides irlandeses ya lo habían hecho suyo. No había día sin que las caras de las jóvenes asesinadas aparecieran en las páginas de un periódico. Empezaban a circular los rumores, una periodista

bien informada mencionaba la Interpol y contactos con la brigada criminal francesa.

—Discúlpele, está muy nervioso —dijo Lynch, cuando se cerró la puerta.

La tarde transcurrió en el despacho que compartían los dos policías. Olía a papelotes y a ceniza fría. Estábamos en el núcleo de la investigación: una pared tapizada de fotos, mapas de carreteras y hojas de notas. Había fotografías de los lugares donde se habían cometido los asesinatos: el hotel Causeway, una carretera cerca de Glendalough, un campo junto al dolmen de Poul nabrone. Los retratos de las víctimas colgados con chinchetas. Sobre las mesas, se acumulaban los fajos de documentos.

Al final de la jornada, Curtis declaró:

—Mañana, celebraremos Saint-Patrick. El centro de la ciudad estará cerrado, la mayoría de oficinas no abrirán, pero Lynch y yo estaremos aquí, al pie del cañón.

—Cuenta con nosotros también —aseguró Picard al salir.

En la calle, me levanté el cuello del anorak para protegerme del chaparrón.

—Hasta aquí, todo es normal —comentó mi guía —no había por qué esperar un recibimiento más caluroso. La Garda controla celosamente sus prerrogativas. Cuando Bush vino a Irlanda, ni siquiera la CIA pudo opinar sobre el operativo de seguridad.

—Aun así, se trata de asesinatos.

—Relájate, te llevo a casa. Irène nos ha preparado una cena.

Circulamos hacia Leopardstown, barrio residencial en el sur. Atravesamos una zona desértica, salpicada de edificios inacabados.

—Una calle fantasma —comentó el oficial de enlace—. La crisis interrumpió docenas de obras como esa. El plan de rescate propuesto el año

pasado por la Unión Europea y el FMI se recibió como una humillación en el país.

El teléfono de Picard vibró.

—Es Irène —dijo mientras leía el mensaje—.

Vendrá una amiga suya a cenar.

23

La «fuerza» se volvía incontrolable, cada día más. Él había recuperado la paz, pero se sentía vacío, mermado. Desde que vivía aislado en el *Deirdre*, sus pensamientos daban vueltas y vueltas como las tres espirales del *triskel*.²⁵ Volutas de vida y de muerte. Algo sobrenatural le dominaba.

Estudió ese país al que el destino le había llevado en un mapa de carreteras. El mar estaba en calma, pero el balanceo que acompañaba sus

pensamientos le sumía en un estado próximo al trance.

La lectura de ese mapa era lo único que le quedaba. No había abierto un libro desde hacía semanas, aunque ya no tenía ganas de leer. Incluso la literatura había acabado abandonándole.

En París, había encontrado la salvación huyendo por las entrañas de la megalópolis. Fue también un plano, el de los ingenieros de las canteras, lo que le había salvado.

Esta Irlanda es la tierra de todos los excesos, se dijo, desde el extremo refinamiento de los maestros ilustradores a la barbarie de la guerra civil. Tierra de silencios. Silencio después de la Gran Hambruna. Silencio cuando Irlanda se niega a ponerse al lado de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Silencio también cuando unos jóvenes fallecen por una huelga de hambre tras los muros de Long Kesh.²⁶

Recorrió con el dedo las costas del Sur: Waterford, Cork, Kinsale, el puerto de todas las

derrotas, primero Hugh O'Neill, Jaime II después. La Irlanda gaélica pisoteada para siempre. Resiguió las costas escarpadas de Kerry: Killarney, la península de Dingley...

La topografía como base de una lenta y profunda meditación.

De un salto, estuvo en Cashel, condado de Tipperary. Sobre su promontorio, el monasterio dominaba la planicie. Allí, el cristianismo celta se había doblegado ante la iglesia católica romana. A pesar del decreto real, la población había seguido mezclando ritos cristianos y ritos paganos. Él acarició el emplazamiento del conjunto monástico de Clonmacnoise, perdido en los campos del condado de Offaly, a orillas del Shannon.

La metafísica de los lugares existe efectivamente, pensó, y los paisajes influyen el comportamiento de los hombres. Esta isla había engendrado sabios y santos. Los locos de Dios habían cruzado el mar de Irlanda, recorrido

Europa, plantado su bastón de peregrinos en el suelo impío.

Continuó su delirio cartográfico, su mano rozó Dublín. El nombre de Newgrande le inspiraba respeto y admiración por una civilización perdida. Cada año, el día del solsticio de invierno, un rayo de luz penetraba en el interior de la cámara funeraria, en el corazón del túmulo. La luz que expulsaba las sombras, era efectivamente la única y exclusiva razón del Ser, pensó Morlaix en ese instante. Sus dedos barrieron los seis condados de Irlanda del Norte, acorralados entre la República y el mar, como empujados hacia el norte.

Convertirse en criminal no es algo que uno decida, es una respuesta adaptada a circunstancias particulares. El primer acto cometido penetra en la piel, deja un sabor de sangre en la boca, y ya solo se ve la vida en rojo y negro. Él había sembrado la muerte en los cuatro puntos cardinales. Su obra estaba completa. ¿Qué actitud adoptar a partir de

ahora? ¿Quedarse aquí y morir de aburrimiento o reemprender el camino? Se le henchía el pecho al pensar en el camino recorrido y en todas las trampas que había desbaratado. Manipulando a unos, jugando con las debilidades de otros, sin perder nunca esa calma en la que algunos creían reconocer la marca del diablo.

La epifanía se acercaba. Él la deseaba deslumbrante.

Sacó las postales de la mochila, las dispuso en un rectángulo, escogió una y dejó que sus pensamientos volaran lejos, muy lejos.

Cuando miró por el ojo de buey, la noche había borrado todas las asperezas de la ciudad. Le gustaba la negritud. Las opciones decisivas, las grandes resoluciones, las inspiraciones más elevadas toman cuerpo en la oscuridad, surgen de las tinieblas. Toda fecundación, toda maduración se desarrollan al abrigo de la luz. Como en la naturaleza. Él no había entendido nunca la obsesión de los místicos por querer transformar

siempre la oscuridad en luz. *Turning darkness into light*,²⁷ había escrito el monje.

Su parte de sombra le ligaba a la vida.

Partir, huir. ¿Para ir dónde? Mañana, después del Gran Desfile, tomaría una decisión.

Irène Picard poseía una clase natural, *à la francesa*, que gustaba en tierra extranjera. En la Alianza francesa organizaba eventos culturales en colaboración con la embajada de Francia. Su apartamento, decorado con estilo contemporáneo, provocaba una impresión de elegancia refinada. La llama de una vela con aromas de manzana y canela bailaba en el centro de la mesa donde se había puesto el cubierto. A través del ventanal se veían las montañas de Wicklow.

—Los irlandeses están tan orgullosos de sus montes —comentó Thomas— que les llaman «montañas».

La compañía de Irène era agradable, su conversación interesante. Hablaba del festival de literatura que tendría lugar en Dublín el mes siguiente, cuando llamaron a la puerta.

—Alexia es franco-irlandesa —explicó Irène cuando nos presentó—. Trabajamos juntas en la Alianza.

Vestida de negro, cabello castaño corto, la cara sin maquillar, y unos ojos violetas como no había visto en mi vida. Esa chica esbelta desprendía un carisma singular. Mientras me preguntaba si su estilo era natural o calculado, noté que la mirada se le entelaba un poco cuando Picard explicó que yo era policía. Me habría gustado saber más sobre ella, su doble nacionalidad por ejemplo, me intrigaba, pero presentí que no debía ir demasiado rápido.

Paciencia, Damien, paciencia.

Un día, Arnaud Benavent, mi amigo psiquiatra, me había explicado los orígenes biológicos y químicos de la seducción. Sin excesivo interés, le había oído hablar del mensaje sutil de las feromonas. Esa noche, yo experimentaba los efectos manifiestos de su poder.

Irène habló de la vida en Dublín, Thomas se extendió sobre la pesca del salmón en el Donegal. Alexia dijo poco, nos escuchaba sonriendo.

—Nosotros nos enamoramos de Irlanda, de sus paisajes y de su gente —declaró la dueña de la casa—. Aquí hay una belleza todavía salvaje que no se encuentra en el continente.

—Por lo visto este es un país de cuentistas —dije yo.

—Los irlandeses mienten como respiran. El imaginario de este pueblo es tan rico que no puede contentarse con la triste realidad.

Yo me sentí aliviado de escapar, aunque solo fuera durante unas horas, de la lógica mortífera de

un asesino en serie y de las imágenes de cadáveres poblando una tierra esponjosa.

Al final de la velada, no sabía más sobre la franco-irlandesa, pero me sentía feliz. En el taxi que me devolvía al Bloom, pensé en la rutina de mi vida, porque la cotidianidad acaba con todo, incluso con la criminalidad. Pensé en Bérangère a quien no había sabido conservar, en mi hermana que había vuelto a China para estudiar el teatro de sombras y de marionetas en la provincia de Chang-Si. El rostro de Alexia Costa se interpuso, y me prometí a mí mismo saber más de ella valiéndome de Picard. ¿De dónde venía? ¿Qué vida hacía? ¿Por qué la discreción cuando bajo la máscara despuntaba una personalidad fuerte?

Desde la ventana de mi habitación, contemplé la gran carretera iluminada que giraba lentamente en el puerto a lo lejos. Bajo los techos y las paredes de los edificios vecinos, las escaleras de incendios bajaban de un nivel al otro. Por las tuberías del Blooms subían aromas de tortitas.

Aquello me recordó vagamente a Nueva York. La fachada al menos.

Redacté un informe en el ordenador, y se lo mandé a Pichot por internet.

Bérangère me llamó al móvil.

—¿Cómo va?

—Lynch y Curtis entran en el juego, quien no es demasiado amable es su jefe, noto que recela de mi presencia. Nos necesitan para trazar el perfil psicológico de Morlaix. Pero por lo demás, preferirían lavar la ropa sucia en casa.

Charlamos un poco más antes de colgar. Antes de acostarme encendí la televisión por puro hábito. La Garda no había perdido el tiempo: el retrato de Yann Morlaix aparecía ya en una cadena de noticias. Lynch respondía a algunas preguntas de un periodista. Allí, bajo la luz de los focos, indudablemente se parecía a Peter O'Toole al final de su carrera.

Saint-Patrick no era día festivo para todo el mundo: restaurantes, tiendas, servicios de policía y hospitales estaban en vilo. El corazón de la ciudad latía al ritmo del Gran Desfile. Una multitud jubilosa lucía ropas verdes, los más audaces llevaban un sombrero de copa verde y naranja, y guirnaldas alrededor del cuello.

Yann Morlaix se había colado en el tropel de Dame Street. Irreconocible, tocado con un *leprechaun*²⁸ en la cabeza. Una vez más, no era él

quien decidía sino la «fuerza» que actuaba en él. Dirigió una mirada de bestia acorralada a los turistas que le rodeaban. Miles, centenares de miles a lo largo de las calles de Dublín, colgados de las rejas, subidos a las estatuas, sentados sobre los muretes, de pie en las aceras, unos encima de otros.

Cuando llegaron a las tribunas, protegidos por un cordón policial, funcionarios y cargos electos fueron abucheados por un puñado de dublineses que expresaban su ira hacia quienes juzgaban responsables de la desbandada económica. Las primeras notas de música ocultaron el ruido de la protesta. Desde Parnell Square, el desfile había recorrido más de la mitad del trayecto cuando desembocó en la esquina del Trinity College. El cortejo torcería a la izquierda delante de Christchurch y la marcha terminaría frente a la catedral de Saint-Patrick. Paganismo y cristianismo harían buenas migas durante ese día de fiesta.

Absortos por el espectáculo, los mirones no prestaron atención a ese hombre que avanzaba a codazos y se confundía con la masa. Paradojas de un ser que ya no tenía nada de humano pero fingía su pertenencia a esa especie. El mundo se divide entre predadores y víctimas, pero la frontera entre ambos es vaga.

Muy vaga.

Encaramadas a unos zancos, dos chicas seguían el paso de los músicos, y lanzaban besos a los niños. Pese a las dificultades que atravesaba el país, o quizás a causa de ellas, el desfile era más colorido que nunca, más espectacular.

Morlaix se fijó en una chica sola a pocos metros de su puesto de observación. Fresca e increíblemente bella. Italiana o española. ¡Por una vez se sentía atraído por una criatura del sur! El desfile se acercaba con gran cantidad de músicas y gritos. La chica sonreía a los personajes gallardos sobre las carrozas.

Se sucedían las melodías célticas, haciendo resonar la diáspora de los celtas del mundo entero, de Galicia, del país de Gales y de Bretaña. Tambores, cornamusas y trompetas...

Morlaix ya solo oía la sangre que palpitaba en sus oídos. Se había acercado tanto a ella que casi podía tocarla, sentir su calor y su aroma a almizcle.

Ante un san Patrick que lanzaba coronas de flores desde lo alto de su carroza, los gritos redoblaron la intensidad.

Oliendo instintivamente el peligro, la chica se giró de pronto y miró fijamente a Morlaix. Aterrada por lo que leyó en los ojos de aquel hombre, se desmoronó. A su alrededor se formó un círculo. Cuando recuperó la consciencia, su mirada conservaba todavía un brillo de terror. No supo explicar cuál era el origen de su desmayo, ya no estaba segura. Escrutó las miradas. El hombre inquietante, el extraño personaje con sombrero de *leprechaun* había desaparecido. ¿Quizás no había

existido nunca? Todo el mundo estuvo de acuerdo en que la multitud era demasiado densa, demasiado ruidosa, y que había motivos para marearse en un ambiente tan opresivo.

Aprovechando el tumulto, Morlaix había huido, apartándose de esa muchedumbre que ignoraba que llevaba un monstruo en su seno.

Con un gesto de ira lanzó al suelo el tocado, corrió hasta perder el aliento por las calles de Temple Bar, recorrió las avenidas rutilantes de Stephen Green, saltó al primer autobús que se paró. Bajó en Phoenix Park, anduvo durante horas por alamedas desiertas e interminables, el tiempo necesario para que la «fuerza» desapareciera.

Había soñado con Alexia Costa toda la noche.

En Dame Street el Gran Desfile estaba en pleno apogeo. Me abrí camino bordeando las paredes y llegué sin respiración a la unidad central, donde Lynch y Curtis esperaban tomando café. Picard se reunió con nosotros con más de media hora de retraso.

—Perdón, la circulación es espantosa, las calles principales están saturadas, he estado a punto de dar media vuelta.

Los despachos contiguos estaban vacíos, como si fuera domingo. En la sala de reuniones, donde se mezclaban el francés y el inglés, rápidamente reinó un ambiente de estudio

—Después de nuestra visita a París, hemos vuelto a los escenarios de los crímenes —explicó Lynch—. Un hombre que correspondía a la descripción de Yann Morlaix ha sido identificado en diversos lugares de Wicklow, concretamente cerca del conjunto de Glendalough donde Brigid murió.

Curtis asintió.

—Igual que en los alrededores del hotel Causeway, en Irlanda del Norte.

—Por el contrario, nada en la zona de Lisdoonvarna donde desapareció Deirdre. Hay que decir que el festival de los solteros atrae a un gentío importante y que la cerveza corre a mares.

«Manipulación», «perversión», «destrucción» resurgían regularmente en nuestros comentarios sobre la personalidad del asesino. En

el centro de las mesas, cajas de pizza y latas escampadas desprendían olor a especias y a cerveza.

—Un hombre que tiene un *bed & breakfast* ha testificado espontáneamente —prosiguió Lynch, con un cigarrillo en la boca—. Dice que le alquiló una habitación a un tipo con un comportamiento raro.

—¡Todos somos raros en cierto modo! ¿Qué quiere decir con eso?

—No ha sabido explicárnoslo.

—¿Ha averiguado algo sobre las postales? —preguntó Picard.

—Las venden en la tienda de la Old Library del Trinity College —intervino Curtis encogiendo los hombros.

Por el tono del investigador, adiviné que no se tomaba ese elemento muy en serio.

Suspiré.

—Si contuvieran un mensaje, Lisa Shoenberg no sería la única destinataria. Morlaix no mata

simplemente por matar, necesita la proeza técnica, el desafío, la provocación. Se cree más inteligente que el resto del mundo, y quiere que se sepa.

Muy *french*, esa manera de intelectualizar las cosas, pensaba Lynch. Para él, el asesino era un hombre a abatir. ¡Punto final! Reflexionar sobre su psicología solo nos haría perder el tiempo. No obstante, respetaba mi análisis, porque la experiencia que yo había tenido con Morlaix me daba cierta autoridad en la materia.

—Se diría que ese hombre le fascina, capitán.

Yo dudé antes de contestar.

—No nos enfrentamos todos los días a un espécimen como ese.

—Según su teoría, Yann Morlaix cree dominar el juego.

—Por el momento, eso es un hecho.

—¿Ve similitudes entre el caso actual y la investigación que usted llevó a cabo en París?

—En el gusto por el riesgo, indudablemente. Sin embargo hay una diferencia enorme.

—¿Cuál?

—Él actuaba solo.

—Si está pensando en el IRA, olvídalo ahora mismo. ¿Usted imagina a un puñado de disidentes cargando con un asesino francés?

—Puede que no sepan con quien tratan.

El irlandés dijo que no con un gesto de la cabeza.

—Hay una progresión ascendente en su comportamiento —observé yo—. Ha estado más de dos años sin actuar, el tiempo de adaptarse a su nuevo personaje, luego ha pasado a la acción, encadenando los asesinatos como si ya no pudiera controlarse.

—Nuestra experiencia con psicópatas es casi nula —lamentó Lynch.

—Morlaix es más bien un sociópata.

—¿Qué diferencia hay?

—Un psicópata no busca que hablen de él. Al sociópata, por el contrario, le gusta la publicidad.

—Y usted cree que a este le gusta que hablen de él.

—Es la impresión que siempre me ha dado.

—No sabía que enseñaban psicología a los agentes de la Crim' —se burló Lynch.

Estábamos de acuerdo en el hecho de que Morlaix era organizado y que no actuaba por impulso, sino que medía las consecuencias.

—¿Qué pretende, según usted? —me preguntó Curtis.

—El extremo, la exacerbación, supongo. Transgrediendo el mandamiento supremo, «no matarás», se siente por encima de sus iguales. Lisa Shoenberg no empleó la expresión «obra de arte» por casualidad. Habrá notado que él no viola a sus víctimas, como si trascendiera la carne, el orden físico de las cosas, al margen de toda humanidad. Todo parece indicar que intelectualiza sus actos, que quiere darles un sentido. Pero no sé qué se debe deducir de eso. De una cosa estoy seguro, y es que Morlaix no entra en ninguna categoría

conocida. Toda la dificultad reside ahí. Si investigáramos a fondo, seguramente encontraríamos explicaciones en su juventud. Matando debe cobrarse la revancha de la banalidad de su vida. ¡Y quiere que eso se sepa!

Lynch exhaló el humo de su cigarrillo.

—¿Pero de dónde saca todo esto?

—El vagabundeo parece formar parte de su juego.

—El jefe de jardineros de Powerscourt reconoció a Morlaix en las fotos, dice que le contrató dos temporadas seguidas para el mantenimiento de los jardines. El personal de la finca cambia regularmente y es difícil encajar las declaraciones. Pero el encargado es categórico, está seguro de que se trataba de Morlaix. Trabajó con un nombre falso, evidentemente, pero presentó toda la documentación en regla, número PPS y registro en el Welfare. Era un tipo sin historia.

—¿Powerscourt?

—Es una posesión en las montañas de Wicklow, que incluye un hotel de lujo, un campo de golf y un castillo restaurado. Trabajan unas cincuenta personas como mínimo. Se rumorea que una de las empleadas habría tenido una relación con él.

—Habrá interrogado a esa mujer, supongo.

—Sí, se llama Jennifer Gouviaux, es la responsable de los invernaderos. Nuestros colegas la han interrogado varias veces.

—¿Gouviaux, no es un nombre francés?

—Es irlandesa —afirmó Curtis.

Picard tomó la palabra:

—Muchos hugonotes franceses, perseguidos por la revocación del edicto de Nantes, vinieron a instalarse en Dublín en el siglo XVIII. Puede que esa joven descienda de ellos.

—¿Le apetecería ir a dar una vuelta por allí?

—propuso Lynch—. Ya sé que no ha venido a hacer turismo, pero así saldremos un poco del ambiente de esta oficina, y el sitio tiene interés.

—Vayamos.

—Lo siento —replicó Picard—, pero yo debo dejarles. He de solucionar un problema en el consulado. Se apañarían muy bien sin mí.

Y me recordó:

—No olvides que te esperamos a cenar en casa esta noche.

—No faltaré.

Por nada del mundo, habría perdido la oportunidad de volver a ver a Alexia Costa.

Una media hora después, nos presentamos en la entrada del recinto de Powerscourt. La finca se extendía a lo largo de varias hectáreas al pie de un monte en forma de pan de azúcar. Había que seguir un largo sendero bordeado de árboles, costear el campo de golf y el hotel para llegar a la cerca de una residencia *palladiana*. Perspectivas, terrazas, árboles exóticos, huerto, estanques y un cementerio de animales domésticos confería un encanto particular al lugar.

Nosotros habíamos aparcado el coche cerca de la bóveda del invernadero. Las orquídeas lanzaban sus tallos hacia la luz tamizada del plafón. Una presencia fantástica emanaba de esas plantas.

—¿Buscan alguna cosa? —preguntó una voz de mujer.

Melena pelirroja, treinta años, regordeta, guapa, y con pecas en las aletas de la nariz. Jennifer Gouviaux llevaba un mono demasiado grande, atado a la cintura con un cordel. Tenía las manos estropeadas por el agua y la tierra.

—Hemos venido a hablar con usted —anunció Curtis.

Ella se puso tensa, rodeó la mesa cubierta de orquídeas zapatillas de Venus, y creyó conveniente asegurarse:

—¿Son ustedes de la Garda?

—Sí.

—Sus colegas ya me han interrogado, dije todo lo que sabía.

—Esta conversación no es en absoluto oficial —afirmó Lynch—. Nuestro colega francés, aquí presente, quería conocer el lugar donde Yann Morlaix trabajó.

Ella se apartó un mechón de cabello con un gesto enérgico, luego metió las dos manos en el bolsillo abdominal del mono. Había un ambiente húmedo, no se oía ningún ruido aparte del agua que goteaba de un grifo.

—Yann Morlaix era su amigo, ¿verdad? —preguntó Curtis.

El sobreentendido la desestabilizó, y bajó los ojos.

—Puede decirse así.

—¿Trabajaba aquí, con usted?

—El jardinero jefe le había encargado que me ayudara. Para nosotros, era Sam. No sabíamos nada más, salvo que era francés.

—¿Era un buen elemento?

—Excelente.

Se ruborizó.

Al oírla, me pregunté cuántas veces esa pelirroja se había rendido a ese enfermo. ¿Dónde se encontraban para amarse? ¿Aquí, en el invernadero de las orquídeas? Quizás habían preferido un entorno menos salvaje. Jennifer se sentía culpable, pero no tenía nada que reprocharse, puesto que no sabía qué se escondía detrás de ese a quien ellos llamaban Sam.

—Usted declaró que no todo el personal tenía buena opinión de él. ¿Por qué?

—Durante los descansos, los jardineros se reúnen en un edificio detrás del huerto. Beben cerveza, comen y charlan. Sam... bueno... el hombre que ustedes buscan, prefería aislarse a leer en una torrecilla o en el bosque.

—¿Él le habló de su vida pasada, de sus proyectos?

De repente, ella se puso nerviosa.

—Ya me hicieron estas preguntas. No, él no hablaba nunca del pasado, y mucho menos del

futuro. No era hablador. Era un temporero, solo estaba de paso en Powerscourt.

Un destello de pánico apareció en sus ojos.

—¿De qué tiene miedo? —preguntó Lynch—.

¿De que vuelva? ¿O es que le dan miedo las habladurías?

Sádico pero eficaz.

Los labios de la joven temblaron. Le aterrorizaba la idea de ver su vida expuesta en los medios de comunicación, de que se comentara su relación con un monstruo. En la mente de la gente, ella sería esa que se había acostado con el criminal. Los padres de las víctimas le reprocharían que siguiera viva, mientras sus propias hijas habían sido asesinadas. ¿Y si perdía el trabajo? Se preguntaba por qué el asesino la había perdonado, y le daba pánico la idea de que pudiera reaparecer.

—Todo eso que pasó me horroriza. No creía que un amante de las orquídeas pudiera hacer cosas tan espantosas.

—¿Es que a él le gustaban las flores?

—Nuestras plantas son famosas, los coleccionistas vienen de muy lejos para adquirir nuestras creaciones.

La joven nos invitó a seguirla entre las mesas donde varias plantaciones cuyos colores, formas y delicadeza rivalizaban en originalidad. Ella acarició los tallos con los dedos.

—La orquídea es asombrosa, saben. Utiliza una estratagema muy ingeniosa para hacerse fecundar. Atrae a los insectos polinizadores imitando la feromona sexual de sus hembras. Al intentar acoplarse, el insecto saca y deposita el polen, asegurando así la fecundación de la planta. Cada variedad apunta a un insecto particular, unas a la mosca, otras a la mariposa o la abeja... Sam estaba fascinado con esa estrategia amorosa de las orquídeas, esa faceta manipuladora, un poco perversa, él decía que era el fenómeno más extravagante que había conocido, y yo estaba de acuerdo.

Lynch le dio las gracias a Jennifer. Ella nos vio partir, sin sacar las manos del bolsillo abdominal del mono. En sus ojos se reflejaba el alivio mezclado con la inquietud.

Cuando llegamos a Dublín, Curtis se volvió hacia mí en el coche.

—Cuénteme sus impresiones.

—¿Sobre el sitio o sobre la investigación?

—Sobre la investigación, naturalmente.

—Se confirma que Morlaix es un buen actor.

En el fondo de sí mismo, se burla totalmente de la estrategia amorosa de la orquídea. A él solo le guía el instinto de destrucción. Nunca ha tenido relaciones sexuales con sus víctimas, y eso es sin duda lo que salvó a esa chica. Ella no tiene nada que temer, él no volverá. No está lo bastante loco como para correr un riesgo así.

Yo volví la cabeza hacia el cristal y añadí:

—En cuanto al sitio, debo admitir que es bastante mágico.

Fátima, el barrio donde Alexia Costa alquilaba un estudio, no tenía buena fama. Allí, los *dealers*²⁹ solo tenían que tomarse la molestia de escoger para reclutar a pequeños soldados valientes en busca de unos miles de euros. La clientela no dejaba de crecer, sin necesidad de estrategias de mercado. El tráfico ofrecía buenas perspectivas de futuro para una juventud desempleada. Se rumoreaba que políticos y altos cargos, tanto de la policía como del ejército, cerraban

deliberadamente los ojos. «Todo el mundo saca tajada», se decía en los bares, «o sea que esto no tiene pinta de acabarse»...

La fábrica Guinness estaba cerca. El hospital Saint-James se alzaba al otro lado de la línea del tranvía. La tristemente célebre cárcel de Kilmainham a pocos minutos a pie.

Alexia se había instalado en Fátima porque los alquileres eran moderados. La decoración de su apartamento contrastaba con la de su casa de Doolin. Paredes blancas sin cuadros, parqué claro, algunos muebles comprados en Ikea, un futón a modo de cama que doblaba por la mañana. Ningún objeto superfluo perturbaba esa sobria armonía.

Por la ventana entreabierta, Alexia oía los gritos y las risas de los mirones que volvían del Gran Desfile. Unos adolescentes se insultaban de una acera a la otra, en un inglés sincopado, característico de los barrios pobres.

Ella se sentía tan a gusto en París como en Dublín. A excepción de los Picard, frecuentaba

poco la comunidad francesa que le parecía cicatera. Sus amigos, procedentes de entornos y de horizontes diferentes, formaban su nueva familia.

Llamaron a la puerta. Era Iulia, su vecina de rellano. Alexia apreciaba la compañía de esa chica espontánea y sin malicia. Iulia era rumana, originaria de Bacau, en Moldavia. Después de lo que había vivido, era capaz de entenderlo todo, de comprenderlo todo. Las dos amigas pasaban horas charlando, contándose la vida, riendo por cualquier cosa. A veces, si estaban animadas, iban a discotecas juntas.

—¿Qué haces esta noche? —preguntó Iulia al entrar.

—Ceno en casa de los Picard.

—Ah, entre franceses...

—Exacto.

Iulia cogió una manzana de la cesta y fue a sentarse al futón, mordisqueando la fruta.

Había llegado a Irlanda hacía quince años, no para huir de Ceausescu, que llevaba varios años muerto, sino para sobrevivir, porque Rumania tenía hambre. Intentaba también olvidar la violación colectiva de la que había sido víctima en un apartamento de Bucarest.

Detrás de un grupo de jóvenes, había atravesado Hungría y Eslovenia a pie, siguiendo las vías del tren. Habían atravesado Italia y luego Francia. El grupo se había separado en Dunquerque, unos optaron por Inglaterra, otros prefirieron tentar a la suerte en el país del tigre celta. Embarcada clandestinamente a bordo de un camión, con solo veinte centímetros de espacio sobre la cabeza para respirar, Iulia había cruzado el mar de Irlanda en un estado de intensidad febril. En Dublín sus problemas no habían hecho más que empezar. Uno de sus compatriotas había querido ponerla a hacer la calle. Como ella se negó, le había cortado la mejilla con un cúter, amenazándola de muerte si no obedecía. Ella había

intentado escapar, pero él la había molido a palos, dejándola por muerta en una habitación de Gardiner Street. Una lituana la había oído gemir y la había cuidado. Iulia tenía secuelas de ese episodio, cicatrices en la mejilla y en el cuerpo. Luego había trabajado para un irlandés, propietario de un club nocturno. Él le había encargado la organización de las chicas y la gestión de la caja.

La entrada de Rumania en la Unión Europea le había permitido acabar con la clandestinidad, las mentiras y los escondites. Un hotel de cuatro estrellas la había contratado porque hablaba varios idiomas extranjeros.

El recuerdo de su juventud en Bacau seguía atormentándola; curaba sus heridas lentamente, salía con un irlandés cariñoso y paciente. Notaba que se recuperaba y confiaba que un día la curación sería total.

Iulia fue a buscar un envase de zumo de naranja a la nevera.

—¿Sabes algo de Charles y de su banda? — preguntó mientras hacía chasquear la chapa.

—No he tenido noticias desde la última visita de John a Doolin.

—Ese cabrito solo quería hacerte hablar.

—John es incapaz de tomar la iniciativa, le envía Charlie.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Tienes miedo?

—La verdad es que no.

—Deberías acudir a la Garda.

—Ni hablar. No pienso darles coba a los polis.

Ella sentía un odio visceral por los policías irlandeses desde que la habían tratado de traficante, ladrona y mentirosa además. Les debía un año de cárcel, un año perdido para siempre.

Iulia abrió el ventanal y encendió un cigarrillo en el balcón. Alexia salió con ella. El

cielo de Dublín tenía un aspecto gris, por el oeste llegaban nubes enormes que se dirigían al puerto.

—Un verdadero tiempo irlandés —ironizó la rumana.

Entre dos caladas al cigarrillo, Alexia replicó:

—Sabes, ese asesino del que todo el mundo habla.

Su amiga se sobresaltó.

—¿El francés?

—Sí. Su cara me suena, estoy segura de que le he visto en algún sitio.

—En la Alianza, quizás. Al fin y al cabo, es compatriota tuyo.

—No, no fue en la Alianza.

—¿Pues dónde?

Ella reflexionó. ¿Era posible que se hubiera cruzado con un hombre como ese sin que recordara ni el momento ni el lugar? ¡Qué extraña es la memoria!

—No lo sé.

—Su retrato está por todas partes desde hace veinticuatro horas, no me extraña que tengas la sensación de conocerle.

—Le he visto antes, pondría la mano en el fuego.

—Cuéntaselo a la policía.

—Estás obsesionada con eso.

—No veo qué he dicho de malo, ¿tienes otra solución, tú? En cualquier caso te recuerdo que tu amigo Picard es policía. No me negarás que eso es paradójico, en alguien a quien no le gustan los polis.

—Siempre lo mezclas todo. Thomas e Irène Picard ocupan un sitio especial en mi vida. Sin ellos quizás no estaría hoy aquí.

Acostumbradas a decirse lo que pensaban, las dos mujeres hablaban sin agresividad. Alexia aplastó la colilla y consultó su reloj.

—Tengo que irme...

Él había salido de la cabina, con la mochila a la espalda abandonaba definitivamente el *Deirdre*. Había saludado al vigilante del puerto por última vez, y luego había subido al autobús hacia Dublín. Tres pobres desgraciados, agotados tras una jornada de trabajo, dormitaban en los asientos. Sus cabezas se inclinaban en las curvas. Sentado al fondo del autobús, Morlaix meditaba, mecido por el traqueteo.

Los libros habían sido su gran afición. Para experimentar una satisfacción total, necesitaba coger el volumen, sopesarlo, oler el papel antes de abrir una página al azar. Primero fue Kerouac y la Beat Generation. *En la carretera* había sido durante años su libro de cabecera. Luego, *Crimen y castigo* había transformado su vida. Los autores de la decadencia con Huysmans a la cabeza, también habían marcado su pensamiento. *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde había acabado de influenciar su alma condenada y frágil.

Entre los irlandeses, sus preferidos eran Joyce y Beckett. Cada vez que pasaba frente a la estatua del autor de elocuencia erudita y burlona, de Earl Street North, le saludaba con un dedo en la sien. También le gustaban las novelas de McGahern y de Edna O'Brien, y recitaba versos enteros de Yeats o de Seamus Heaney.

¡Todo eso se acabó!

Hoy se decía así mismo que se había ocultado en exceso detrás de los autores, adoptando su

punto de vista, como si se pusiera unas gafas inadecuadas a su propia visión. Su imagen de la vida había quedado enturbiada. Otro ser, que él rechazaba, se había impuesto. Ahora, su papel era desafiar los poderes del Cielo y de la Tierra, enfrentarse al Altísimo, si existía. Debía dejarse llevar, sentirse poseído por su destino. Sumergirse en el caos tenía algo de embriagador. En el punto álgido de sus crisis, Morlaix se tomaba por un Cristo negro. En contacto con la naturaleza, había trazado una filosofía personal que él llamaba «la teoría del contrario», la vida engendraba la muerte, la belleza fecundaba la fealdad y la luz solo existía en relación con las sombras.

El anuncio del chofer le sobresaltó.

—¡Ballymun Street!

De noche, en el solar, la tienda de Susie parecía un animal grande adormecido. Morlaix tropezó con las bolsas de basura abandonadas a lo largo de la pared de su edificio. Había jeringas tiradas en el suelo por las prisas.

Llamó varias veces a la puerta. Finalmente Susie abrió recelosa, cubierta con una bata rosa chicle.

—¿Qué haces aquí?

Esa mujer, a la vez rebelde y sumisa, combativa e indolente, respondía perfectamente a su teoría de los contrarios.

—Pasaba por aquí. ¿Me invitas a un té?

Casi tres años frecuentándose sin conocerse. Lo que Susie decía no esperaba forzosamente respuesta. Morlaix la escuchaba con educación. Ella le contaba su infancia en Derry, las humillaciones, la violencia de las brigadas especiales y el miedo en el vientre, salpicando sus explicaciones con la frase: «Los extranjeros nunca sabrán lo que hemos vivido». Ella se había acostumbrado al mutismo del francés, a esa forma de desplazarse sin remover el aire, como si viniera de Sidhe,³⁰ ese mundo paralelo en el que ella creía desde siempre. Los personajes de Sidhe, también llamados los «Hijos de Dana», se habían

retirado tras el triunfo de los hombres en la superficie del globo. Se decía que eran bellos, altivos, inaccesibles y capaces de ser tan bondadosos como crueles.

—No deberías haber vuelto.

Ella se reprochaba el haber sucumbido a esa mirada hipnótica, a esa dulzura falsa. Cuando le habían pedido que acogiera a un francés en su casa, durante unas semanas solamente, Susie había aceptado por temperamento, por un impulso, o por costumbre. Hoy se arrepentía.

—La poli te sigue de cerca, no tardarán en descubrir que has pasado por aquí.

Él se sentó en el sofá, cubierto con una manta escocesa. Ella se quedó de pie en el centro de la sala, con su bata cursi.

—En el fondo, ¿qué sabía yo de ti, eh? Nada. Ni siquiera sé cómo aterrizaste en mi casa. Ni por qué te tendí la mano.

La mirada de la irlandesa se nubló.

—Te acogí como a un hijo...

El francés había pasado sus primeras noches en Irlanda en su casa. A través de la ventana con visillos de encaje, había sido testigo de los peligrosos juegos de los chavales de Ballymun, observado el descampado contando las horas. Susie le preparaba té y sándwiches para todo el día antes de irse a la tienda. Él había meditado en un rincón de esa mesa repleta de tazones sucios y papeles grasientos. Sobre el televisor reinaban como trofeos, los pasatiempos favoritos de la patrona: el péndulo, el juego del tarot y joyas esotéricas.

—Nunca olvidaré todo lo que has hecho por mí, Susie.

Ella encendió el hervidor mascullando:

—¡Todo esto acabará mal!

Por primera vez sentía el poder y el peculiar fluido que emanaban de ese hombre. Le dio la taza.

—Nadie es invencible. Tu vida pende de un hilo.

Él reprimió un gesto de irritación.

«Sí, eso es, un hombre de Sidhe», pensó ella viéndole beber su brebaje. Un ser de carne y hueso no actuaría como él. Debía pertenecer a esas criaturas encantadas en los confines del mundo. Tenía su crueldad y la elegancia misteriosas.

—¿Por qué haces esto?

Era la primera vez que le hacían esa pregunta. La única que contaba. La violencia y la muerte como respuestas a una sociedad sin ideal y sin grandeza. Bebió un sorbo antes de contestar:

—Tú no lo entenderías.

Ella apretó los labios y meneó la cabeza.

—Tienes razón, hay cosas que yo no entenderé nunca.

Esta mujer era la única persona a quien se sentía un poco unido en este país.

Susie se consideraba patriota.

—Renunciar es morir —defendía ella— Jesús María, ¿de qué habrían servido nuestros sacrificios si nadie recogiera la antorcha?

Un día, transgrediendo la norma del silencio, él le había preguntado por qué trabajaba para Charlie.

—Charlie es un seudónimo. Era un crío cuando le conocí en Derry. Nuestra generación vivió dominada por la guerra civil y el IRA. Yo vi cómo se transformaba de año en año. Después del Bloody Sunday, tuve que instalarme en Dublín, pero mi marido y yo seguíamos subiendo a Derry para ver a la familia y los amigos. Después de los acuerdos de paz, Charlie huyó pitando hasta aquí, y me preguntó si quería trabajar para él.

—Del IRA a una banda de delincuentes, diría que tu Charlie ha ido hacia atrás.

—La República y los Provos³¹ se han reído de todos, no veo por qué deberíamos tener escrúpulos nosotros.

Un día, ella había profetizado:

—El IRA no muere jamás. Renacerá de sus cenizas.

Sus opiniones sobre su país eran irrevocables.

—Antes, se luchaba por un ideal, el odio a los ingleses nos mantenía unidos. Hoy en día, la gente solo piensa en sus pequeños intereses.

Su connivencia acaba de llegar a su fin. Desde ahora, entre Susie y Morlaix había muertos: inocentes, estertores, caras cianóticas, ojos en blanco y manos descarnadas, una violencia injustificada.

Susie quiso provocarle.

—¿Ya te has hartado?

—¿De qué?

—Papeles falsos, trabajos falsos, nombres falsos en cuentas bancarias falsas.

Ella remachó el clavo.

—Y esos asesinatos —insistió con gesto de repugnancia.

—No tenía alternativa.

—¿Adónde te llevará esta carnicería?

—A la muerte, ni más ni menos, como a todo el mundo.

Esa voz monocorde la dejó helada. Una voz sin vida, sin calor. Él se levantó y fue hacia la puerta, movido por una fuerza invisible.

—Pasaré a despedirme, Susie.

Y se esfumó.

Cuando la puerta se cerró, ella sacó su teléfono, marco el número de la Garda y luego colgó de golpe. No, no podía hacer eso. Susie se había criado con la ley del silencio. Se dejó caer en el sofá y observó la taza de té y las llaves del *Deirdre* abandonadas sobre la mesa baja.

Los Picard habían invitado a un par de profesores del liceo francés, a dos compañeros de Thomas, a Alexia Costa y a mí. Irène nos había colocado uno al lado del otro. Al amparo de controversias exclusivamente francesas, se habló del próximo festival de literatura, de los proyectos de unos y otros, y de enemistades en el seno de la comunidad francesa de Dublín.

Yo observaba a Alexia, subyugado por la intensidad de su mirada y el misterio que la

rodeaba. Rocé involuntariamente su mano cuando me pasó un plato. Ella no trató de apartarse. ¿Cuál es ese fenómeno que nos empuja hacia un ser más que hacia otro? Alexia y yo nos aislamos poco a poco en una seducción recíproca. Alrededor de la mesa, nadie se dejó engañar por nuestro jueguito.

El curso de la conversación se centró en la espiral infernal en la que el sistema bancario había sumido al país.

—La gente es dócil —avanzó Thomas—, aceptarán el plan de rigor que sin duda les impondrá el nuevo gobierno.

El profesor se lo tomó mal.

—Europa ha sido más que generosa con los irlandeses, no veo por qué ellos van a negarse a apretarse el cinturón.

Irène, siempre dispuesta a defender el país en el que había echado raíces, reaccionó inmediatamente:

—El anterior gobierno les empujó al error creando el espejismo del crédito fácil y las ventajas de un consumo absurdo. Los irlandeses cayeron en la trampa como caerán otros países.

—Ellos aceptaron el maná europeo, creyendo que eso les salvaría, cuando lo único que hará será esclavizarles —corroboró un colega de Thomas.

—Es una nueva forma de esclavitud que no necesita cadenas —insistió su vecino de mesa.

—El Tigre Celta está herido —aceptó el dueño de la casa—, pero yo estoy convencido que saldrá de esta. Evidentemente, se replegará un poco, tratará de protegerse, eso es un acto reflejo que sucede fatalmente en tiempos de crisis y en los animales heridos.

Cansada de esas discusiones un tanto convencionales, la profesora se dirigió a Alexia:

—Y tú, querida, ¿sigues pasando los fines de semana en Doolin?

—Como siempre, sí.

—Lástima que el consejo regional haya equipado el entorno sin respetar la naturaleza salvaje de los acantilados.

—Es un sitio precioso en el otro lado de la isla, en el condado de Clare —aclaró Irène dirigiéndose a mí.

—Es curioso que se te haya ocurrido encerrarte en una granja a tu edad. ¿No tienes miedo, allí sola? —preguntó la profesora.

—¿Miedo de qué?

—No sé, del hombre lobo.

Las carcajadas resonaron alrededor de la mesa. Alexia permaneció impasible.

—En Doolin me siento en casa —declaró.

Yo le susurré al oído:

—Hábleme de ese paraíso.

Ella rechazó mi propuesta, amablemente.

—En otro momento, si le apetece.

La conversación derivó en la actualidad policial y mi llegada a Dublín.

—He leído en algún sitio que el asesino es un francés perfectamente integrado en Irlanda —me dijo un invitado.

—Es verdad.

—¿Un hombre que habría asesinado ya en el pasado?

—Exacto.

Los colegas de Thomas comentaron la incapacidad de la policía irlandesa para gestionar la situación. Y que se hubiera vuelto a poner sobre la mesa el caso Toscan du Plantier.

—Esos dos casos no tienen nada en común —les advertí yo.

—Eso no impedirá que la gente los relacione.

Al final de la velada, Alexia se ofreció a llevarme al Blooms. Le quedaba prácticamente de camino.

Fuimos en su Mini verde. Las calles de las afueras estaban vacías y tristes. Alexia se concentraba en

la carretera mientras yo veía desfilan los edificios. Los pequeños puentes sobre el Grand Canal, las casas georgianas de Leeson Street me parecieron más alegres en su compañía. En la entrada de Temple Bar, el coche dejó de avanzar debido a los festejos de Saint-Patrick y a la gente que atiborraba todavía los callejones. Yo le propuse incorporarnos a la fiesta.

—Si aparcaras, podríamos seguir a pie.

El paso al tuteo no pareció sorprenderla. Hubo un momento de vacilación. Apenas bajamos del coche, una multitud desatada nos engulló. Sin dudar, le di la mano. Alexia no opuso la menor resistencia. Parecía que una locura amable se había apropiado de la juventud de Dublín. Una orquesta entonaba melodías folk en un cruce de calles. Unos metros más allá, los consumidores de cerveza habían sitiado el barrio moderno, balanceaban los vasos y cantaban a voz en grito. La Guinness pasaba de mano en mano. Los más resistentes le daban al whisky o al vodka. Pese al

frío ambiental, las chicas llevaban vestidos muy escotados y muy cortos. Dos forzudos flanqueaban la entrada al Morgan de donde salían notas de *hard-rock metal*. Chicos y chicas bailaban contoneándose sobre el pavimento.

La lluvia fue acogida con gritos de protesta. Yo cogí la cara de Alexia entre mis manos. Ella se dejó hacer. La besé. Los aplausos resonaron a nuestro alrededor. Rápidamente, se nos pegó la ropa a la piel, el cabello mojado se nos adhirió a la cara. Riendo, habíamos corrido a refugiarnos bajo el tejadillo del Blooms. Habíamos subido los escalones y empujado la puerta del hotel.

Todo lo demás dejó de existir. Gotas de lluvia como agujas golpeaban la ventana de una habitación. El mar de Irlanda que te separa de todo. Dos amantes que se dan la vuelta y se descubren, asombrados, intrigados uno por el otro. Y el placer, como una ola que se rompe.

30

Dublín acababa de despertarse. Morlaix se había quedado dormido unas horas sobre un banco de piedra, en el vestíbulo de un edificio. Se había despertado al alba, había vagado un rato por la ciudad.

En el expositor de periódicos de un supermercado, su cara destacada en la primera página del *Irish Times*. La cajera no le relacionó con el hombre de la fotografía, prueba de que el parecido no era tan evidente. La foto tenía varios

años, y su mirada era lo único que no había cambiado, había que escrutarle los ojos para darse cuenta. «La inquietud se apodera del país. La brigada criminal de París ha enviado un emisario a Dublín», decía el artículo, «las dos policías cooperan, la investigación avanza».

En el hueco de una cochera, sacó del bolsillo el teléfono que le había entregado *el Don* y marcó su número.

—Eres madrugador —dijo Charlie.

—Me gustaría hablar contigo.

—¿Has visto la prensa?, tu cara sale en todas partes.

—Lo sé.

—Tengo una información importante.

El cabecilla sabía el nombre del policía venido de París y pronunció el de Escoffier marcando las sílabas.

—¿Escoffier, estás seguro?

Damien Escoffier en Dublín, eso no era una buena noticia.

—¿Le conoces?

—No —mintió el fugitivo.

—De todos modos, eso no cambiará nada.

—El otro día decías que debía abandonar el país.

—Es el único modo de salvarte el pescuezo.

—Creo que ha llegado el momento.

Hubo un largo silencio, y Morlaix creyó que su interlocutor había colgado.

—Ven a verme al almacén del puerto, dentro de una hora más o menos.

En ese momento fue el francés quien dudó.

—Estaré solo y desarmado —añadió el cabecilla.

Yann no tenía alternativa inmediata, debía fiarse de la buena estrella que siempre le había protegido.

—De acuerdo.

Con un gorro de lana calado hasta los ojos, evitó las animadas calles para llegar al puerto. Los viejos almacenes estaban condenados desde que el

*mayor*³² había ideado un proyecto arquitectónico que pretendía integrarlos al paisaje urbano. Él siguió caminando hasta el hangar indicado por Charlie.

El lugar en desuso desprendía una atmósfera extraña, como si las partículas del aire siguieran impregnadas de los ruidos y las voces del pasado y les hicieran eco. Entre esos muros habían sido almacenadas toneladas de mercancías. Hoy en día, los delincuentes frecuentaban ese agujero frío y húmedo.

Charlie empujó la puerta al llegar.

—¡Hola!

Los dos hombres se plantaron en el centro del almacén. Sus bocas desprendían vaho. *El Don* tenía un aspecto respetable con su gabán comprado en Thomas. Puede que las costuras le quedaran un poco estrechas, pues ese hombre que aterrorizaba la ciudad tenía debilidad por el *cheesecake*.

—Tengo un plan para sacarte del país.

—Te escucho.

Largo silencio por parte de Charlie que sabía gestionar el efecto que causaba.

—Antes, me gustaría que me hicieras un último encargo. Al fin y al cabo, me lo debes.

—¿Cuál?

—Hasta ahora tú te has limitado a ser un transportista, y nosotros hemos cerrado los ojos ante muchas cosas, ¿verdad?

El francés asintió. Charlie encendió un cigarrillo e inspiró el humo de la primera calada.

—Querría que te ocuparas de una chica.

—¿De quién?

—Una franco-irlandesa.

—¿Qué esperas de mí, exactamente?

—Que hagas lo mismo que con las otras. Ni más, ni menos.

¿Cómo hacerle comprender a un hombre que había hecho del crimen organizado su oficio, que él, Yann Morlaix, no mataba por su voluntad, que solo obedecía a la «fuerza»?

—Su nombre.

El gánster dio una calada al cigarrillo.

—Alexia Costa. Es hija de una periodista francesa y de un antiguo miembro del IRA.

Aquello no le decía nada.

—¿Qué te ha hecho, ella?

—Conocí bien a su padre, Patrick Cronin, en mi juventud. Era la época de la guerra contra los Brits. Patrick y yo pertenecíamos al mismo batallón del IRA. Habríamos dado la vida por echar a los ingleses de una vez por todas.

Miró fijamente a Morlaix.

—Nuestros jefes nos enviaron a Inglaterra para unas misiones un poco... especiales...

—Continúa.

—Después de una historia que salió mal, Patrick fue a parar a la cárcel. Creímos que había entregado a tres camaradas al servicio de información británico. Había que eliminarle.

—Y fuiste tú quien se encargó de esa noble misión.

—Ignoraré tus comentarios.

—Eso no me aclara por qué la tomas con su hija.

—Hace unos años, con la excusa de venir a estudiar a Dublín, trató de saber quién había liquidado a su padre. Alguien se ocupó de informarla. Yo también tengo enemigos en ese mundo, mi reconversión no ha gustado a todos. Circulaban rumores de que Patrick había tenido una hija con una periodista francesa, pero nadie tenía pruebas. Cuando la chica apareció, desconfiamos. John la había reclutado para vender droga a los estudiantes, sin saber con quién trataba. Tardamos unos cuantos días en averiguar quién era realmente.

No fue necesario hacer más preguntas, las explicaciones surgieron en tropel de la boca del irlandés.

—Entonces, le tendimos una trampa.

—¿De qué tipo?

—Uno de mis hombres le confió un paquete de pastillas de éxtasis, para colocárselas a un

dealer dentro de la universidad. John telefoneó a uno de nuestros amigos policías. Todo fue según lo previsto. La detuvieron y la juzgaron en cuestión de semanas. Un año de cárcel, lo cual no fue un precio muy alto. Yo esperaba que eso le sirviera de lección pero, desde que salió de Mountjoy, ha vuelto a fastidiarme la vida. —Lanzó el cigarrillo con gesto de rabia.

—¿Y eso, por qué?

—Repite por todas partes que Patrick Cronin fue asesinado por sus propios compañeros, y que un día habrá que hacer justicia.

—Habrías hecho mejor liquidándola inmediatamente.

—Era la hija de Patrick, y tuve escrúpulos, ya ves.

—Yo no soy tu matón, Charlie. No quiero mezclarme en tus líos. Recurre a tus hombres para ese tipo de necesidades. No faltan tiradores en tu equipo.

—Ningún irlandés aceptará hacer eso.

—¿Por qué?

—Se supo que Patrick Cronin era inocente y que los Brits habían divulgado el rumor de su traición para desestabilizar el IRA. Hoy en día, el padre de Alexia es un héroe. Ninguno de mis hombres le pondrá la mano encima a esa chica. Pero, en tu caso, ¿qué importancia tiene una más o menos?

Morlaix avanzó varios pasos sobre la tierra batida.

Charlie mentía. Alguno de los últimos reclutas podía encargarse. Esos jóvenes canallas no tenían la menor conciencia del bien y del mal; estaban dispuestos a disparar contra cualquiera en cualquier momento. ¿Por qué contar esas patrañas, salvo para liquidarle?

—¿Quién me dice que me ayudarás a salir del país, después?

—Ya he dado mi palabra.

Un rayo de sol entró por una ventana alta, iluminando las motas de polvo que bailaban en la

luz. A Charlie no le faltaban argumentos para acabar de convencerle.

—Hace un par de días, la chica conoció al poli francés en casa de unos amigos. Puedo incluso decir que se acostaron juntos la noche pasada.

—¿Cómo lo sabes?

—La vigilamos de forma permanente.

Morlaix no pestañeó. Las palabras del gánster se transformaron en flechas afiladas que le laminaron el vientre.

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos.

—¿La dirección de la chica?

El Don sonrió. Había ganado la partida.

—Jame's Walk Street, número 9. Trabaja en la Alianza francesa, pero te digo algo más. Alexia Costa pasa los fines de semana en una granja de Clare, a las afueras de Doolin, en la carretera de Lisdoonvarna. La casa pertenece a sus abuelos, May y Tom Cronin, es fácil de encontrar.

—¿Cuánto tiempo me das?

—Quince días.

La mirada del francés adquirió un brillo de dureza.

—Bien.

Dejaron el hangar y caminaron uno detrás de otro, como dos desconocidos. El sol se reflejaba en el Liffey. Las grúas cargaban y descargaban contenedores en las dársenas. Un coche con los cristales ahumados se acercó, la puerta trasera se abrió. Morlaix reconoció la mano de John en la manilla por la falange que le faltaba. Charlie se metió dentro.

31

Al día siguiente a la fiesta, la circulación era escasa, las tiendas abrían una tras otra, pero los clientes tenían resaca.

Picard y yo volvimos a recorrer Harcourt Street a pie. El olor de Alexia impregnaba todavía mi ropa. La ciudad tenía un encanto nuevo, el aire y el cielo no me parecían tan deprimentes, ni las mansiones georgianas tan austeras. Recordé el tatuaje que Alexia tenía en el tobillo derecho. Una mariposa. Cuando le había preguntado qué

significaba, ella había contestado en tono de broma:

—Podía escoger entre una cruz celta y una mariposa. Odio el márquetin organizado alrededor de la *celtic attitude*, así que opté por la mariposa.

Yo había comprendido que ella me ocultaba algo, pero no había intentado averiguarlo, no quería estropear la magia de aquella aventura inesperada. ¡Tierna había sido la noche!

Thomas Picard, que lo había adivinado todo, se comportaba con discreción. Yo estaba lo bastante cómodo con él para preguntarle.

—¿Cómo conociste a Alexia?

Sonrisa de conveniencia en los labios del oficial de enlace.

—Es una larga historia. ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio.

—Fue Christine Costa, su madre, a quien conocí primero. Ella se puso en contacto conmigo poco después de que nos instaláramos en Dublín. Christine Costa, ¿no te suena de nada?

—La verdad es que no.

—La periodista.

—¿La que presentaba un programa de noticias?

—En persona.

—Vaya, no las había relacionado.

Con un gesto, Picard me invitó a reemprender el paseo.

—El padre de Alex era irlandés, se llamaba Patrick Cronin. Su familia era de Doolin. Patrick se unió al IRA para combatir junto a sus camaradas norirlandeses.

Yo me detuve.

—¿Cómo se conocieron?

—Fue en los años ochenta... Pero al final llegaremos tarde, si te paras cada cinco minutos. Christine Costa cubría los acontecimientos de Irlanda del Norte para su periódico. El redactor jefe le había encargado entrevistar a miembros del IRA, fue así como entró en contacto con un tal Patrick Cronin, en Belfast. Él era un intelectual,

había sido designado por sus jefes para contestar las preguntas de los periodistas extranjeros. Todos los ingredientes del idealismo heroico-sentimental confluyeron.

Picard me señaló en edificio de la Garda frente a nosotros.

—Ya estamos cerca. Retomaremos esta conversación más tarde, si no tienes inconveniente.

—Cuando pienso que, hace unos días, yo no sabía nada de este país...

—Ni de sus mujeres —ironizó él.

El vigilante nos reconoció y nos dejó pasar con una sonrisa amable. Lynch vino a recibirnos.

—El superintendente os espera en su oficina.

Ningún dossier sobre la mesa del despacho del *big chief*. Solo un teléfono, una hoja de papel, un bolígrafo y el *Irish Times* doblado por la mitad. McConnell parecía cansado. En las últimas veinticuatro horas, los contactos entre la Garda, el

juez y los ministerios se habían acelerado. Nos sentamos frente a él. Con los codos sobre la mesa, el juntó las manos.

—Usted conoce tan bien como yo los acuerdos bilaterales.

Estaba muy claro. La cooperación policial y judicial forma uno de los tres pilares de la Unión europea, pero cada país conserva la soberanía territorial en materia de justicia. Los parlamentarios europeos no previeron que las policías de dos países pudieran trabajar juntas sobre el terreno.

Se dirigió a mí.

—Su contribución es muy importante, nuestros investigadores lo ven más claro gracias a usted. Si el asesino tiene relación con algún gánster irlandés, lo sabremos enseguida. Déjenos llevar este asunto con nuestros colegas de Irlanda del Norte. Será informado en tiempo real, me comprometo a ello. Las investigaciones llevadas a

cabo de forma conjunta por los dos países pronto llegarán a alguna conclusión.

—Si lo he entendido bien, ya no tengo nada que hacer aquí.

—¿Aceptaría presentar un informe a nuestros equipos?

—¿Sobre qué?

—Según Lynch, ha construido un notable retrato psicológico del asesino. Si no tiene prisa, creo que este enfoque supondría una ayuda mutua.

Reflexioné unos segundos.

—Esta clase de ejercicio encaja perfectamente en el marco de la cooperación policial entre nuestros dos países.

—Perfecto. En este caso, digamos el lunes a las nueve de la mañana. En nuestros locales de Phoenix Park.

—Yo informaré a mis superiores.

Estaba eufórico por dentro. Sin saberlo, McConnell me ofrecía la oportunidad de quedarme unos días más, de volver a ver a Alexia.

El superintendente se volvió hacia sus subordinados:

—Lynch y Curtis, ustedes avisarán a nuestros colegas de Cork, Limerick, Galway, Cavan, Waterford. Convoquen al máximo número de agentes durante el fin de semana. Más vale que todo el mundo saque partido.

Luego, volvió a mirarme:

—De aquí al lunes, por supuesto, usted no intentará acudir a los escenarios de los crímenes, no llevará a cabo ninguna investigación, no interrogará a ningún testigo, sin la presencia de uno de mis hombres.

—Gracias por recordarme las normas.

McConnell se levantó de golpe, y todo el mundo entendió que la conversación había terminado.

Al salir, Picard declaró que esa noticia merecía una copa.

Bar del Hilton, al borde del Grand Canal. El barman preparaba cócteles detrás de la barra.

Hombres de negocios, sentados en taburetes, satisfechos de sí mismos y de su éxito, celebraban la firma de un contrato. Mientras Thomas iba a pedir dos *hot toddy* a la barra, yo telefoneé a la brigada para que mis colegas estuvieran al corriente, le mandé un SMS a Alexia para avisarla de que me quedaba hasta el lunes.

Thomas Picard volvió, con un vaso en cada mano.

—¿Y si retomáramos el hilo de nuestra historia?

—¿Dónde estábamos?

—Cuando se conocieron Christine Costa y Patrick Cronin, en Belfast.

Él bebió un sorbo de whisky antes de empezar.

—Sí... La periodista francesa había tomado partido por los republicanos irlandeses. Eso se notaba en sus artículos, lo cual por otro lado debía satisfacer a su periodicucho. Christine y Patrick se enamoraron perdidamente desde la primera

entrevista. Los tortolitos se veían cuando podían, en Dublín o en Belfast. De esa unión nació una niña en el hospital Saint-James de Dublín.

—Que llamaron Alexia.

—No se te escapa nada.

Thomas Picard puso el vaso sobre la mesa baja. Yo estaba cada vez más intrigado con esa historia.

—¿Cuánto tiempo duró ese romance?

—Acabó de forma dramática en 1984.

—¿Qué pasó?

—Los enfrentamientos entre republicanos y unionistas se intensificaron. Hacía tres años que Bobby Sands había muerto tras una huelga de hambre en prisión, y los ánimos seguían muy caldeados por el martirio. Los jefes de Patrick le enviaron a Inglaterra. El IRA multiplicaba sus ataques terroristas allí para presionar y obligar al gobierno inglés a ceder. El atentado de Brighton, ¿te acuerdas?

—No demasiado, no.

—El partido conservador, con Margaret Thatcher a la cabeza, se había reunido en el Grand Hotel de Brighton para su congreso anual. Una bomba explotó en una de las habitaciones reservadas para la ocasión. El atentado provocó cinco víctimas mortales, y la Dama de hierro estuvo a punto de morir. Patrick Cronin fue declarado sospechoso y detenido días después. Pasó varios meses en la cárcel antes de ser exculpado. Se sabe que subió al barco para volver a Irlanda. Después, misterio. Desapareció, simple y llanamente.

—¿Qué pasó luego con Christine y Alexia?

—Ellas vivían en París, pero siguieron visitando a la familia Cronin. La niña pasaba todas las vacaciones en casa de sus abuelos que vivían en una antigua granja en la costa oeste.

—¿Doolin?

—Sí, Doolin. Alex creció corriendo por la landa y mojándose los labios en cerveza. Cuando los viejos murieron, ella heredó la casa.

—Y... ¿hay algún hombre en su vida?

—Hubo alguien en Belfast, pero creo que rompieron. No estoy seguro. Alex no habla demasiado de esos asuntos.

—¿Se sabe quién es?

—Paul Ryan, profesor de matemáticas de un instituto.

Poco a poco, la historia de Alexia Costa se grababa en mi mente. Al segundo de haberla conocido, ya había comprendido que no saldría ileso de ese encuentro.

Thomas consultó su reloj.

—Lo siento, tengo que irme. Esta noche hay un cóctel en la embajada, Irène me espera. ¿Quieres que te deje en algún sitio?

—No, gracias. Cogeré el Luas.

—Nos vemos el lunes por la mañana, en la entrada de Phoenix Park.

En el tranvía, le mandé un SMS a Alexia: «¿Está lejos Doolin?». La respuesta llegó

inmediatamente: «Podríamos estar allí esta noche, si quieres». Contesté: «Nada me gustaría más».

En la autopista, un 4x4 negro con los vidrios ahumados se puso repetidas veces a nuestra altura.

—¿Algún conocido tuyo?

Alexia permaneció imperturbable, con las manos aferradas al volante.

—No conozco a nadie que conduzca este tipo de coche.

El vehículo todoterreno aceleró hasta convertirse en un puntito negro, a lo lejos, y yo me tranquilicé.

La bahía de Galway jugaba al escondite entre las curvas. El Mini entró en una carretera más estrecha. Un cartel que señalaba la dirección de Poul nabrone apareció ante mis ojos.

—Poul nabrone, allí es donde encontraron el cuerpo de Deirdre Gilson.

—Sí, lo sé.

En Lisdoonvarna, le pedí que se parara un momento y apagara la radio del coche.

—Y fue en uno de estos bares donde Deirdre conoció a su asesino.

Nos quedamos serios y perplejos unos minutos antes de volver a ponernos en marcha.

—Ya estamos cerca —me avisó Alexia.

Al final de una carretera bordeada de rocas secas, apareció el tejado de la casa en medio de un bosquecillo.

Pese a una serie de arreglos a lo largo de los años, la granja de los Cronin conservaba su aspecto original: proporciones modestas, sin postigos, ventanas de guillotina, un rosal trepador que se doblaba ante la puerta, y un murete para sentarse y soñar.

—Entiendo por qué vienes aquí cada fin de semana.

—Bienvenido a Doolin.

En el horizonte, el sol hacía un último esfuerzo para iluminar la tierra, y el cielo viraba

al naranja. Se notaba que el océano estaba cerca por el aire vivificante que se respiraba y por ese leve vientecito que jugaba con nuestro cabello.

—Parece el fin del mundo.

—¡Es que *es* el fin del mundo! —dijo ella entre risas.

Morlaix robó una furgoneta blanca en el puerto, un vehículo corriente sin GPS ni geolocalización, que arrancó sin apenas tocarlo, para llegar a Fátima. En el número 9 de James Walk Street, en el buzón de cartas del inmueble, dos iniciales doradas: A.C. por Alexia Costa. Él rodeó la manzana de viviendas, localizó los puntos de referencia, inspeccionó los sótanos y las salidas de emergencia, se coló en el edificio detrás de una anciana, y subió por la escalera en lugar del

ascensor. En el apartamento no se oía ningún ruido. No correr riesgos inútiles, no entretenerse, desaparecer de la vista de todos. Volvió a marcharse, se paró en el Ulster Bank para retirar un buen fajo de billetes. Repitió la operación en otra sucursal. Con lo que tenía en el bolsillo, podía vivir semanas, oculto en uno de sus escondrijos.

Echó una postal en un buzón de correos, dirigida a Lisa Shoenberg. Todo se decidiría al final de esta última partida.

Se encaminó hacia Ballymun. No quería marcharse de Dublín sin despedirse de Susie, en su tienda. ¿Acaso no le había salvado ella? ¿No le había dado una segunda vida, un segundo impulso?

—Te había prometido que vendría antes del final.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Charlie me ha encargado una última misión.

Ella empalideció.

—¿Qué tipo de misión?

—Liquidar a una chica que no conoces.

Ella sintió que se le doblaban las piernas, se apoyó en la mesa que le servía de mostrador.

—Mantendré mi promesa —dijo él—, luego me marcharé al norte.

—No podrás escapar.

—¿Eso lo pone en tu paquete de café?

—Vigilan toda la costa.

—No seré el primero que desbarata sus planes.

—¡Vete, tienes el demonio dentro!

Él se marchó saludándola con un gesto de la mano. Susie le vio alejarse a través del tragaluz de la tienda. Un hilillo de sudor se deslizó a lo largo de su cuello, y se dio cuenta de que temblaba.

Él siguió su camino hacia Finglas, se provisionó de material y de alimentos con la prudencia de evitar cualquier contacto humano, optando por las

cajas automáticas y dando la espalda a las cámaras de vigilancia.

Desde que circulaba a través del país, se había fijado en más de una decena de edificaciones abandonadas, cuyo emplazamiento había señalado con una cruz en el mapa de carreteras. Ya había dormido en una granja abandonada junto a un riachuelo, a varios kilómetros del pueblecito de Endfield. Su inteligencia era su única arma, debía desconfiar de todo y de todos, de los coches de la Garda, de las motos que le pasaban un poco demasiado cerca, de personas que le observaban en la gasolinera. Su gorro y sus gafas le protegían, pero un tipo astuto siempre podía olerse algo sospechoso y avisar a la policía.

Endfield, «el campo del final», un pueblecito del condado de Kildare rodeado de campos, vacas y ovejas. Había también un complejo hotelero cuyo edificio principal era una *Big House*, una de esas mansiones donde residía antaño la

aristocracia anglo-irlandesa. Un día, un autoestopista charlatán le había contado que unas monjas habían ocupado la propiedad hacía mucho tiempo.

—Escondían a madres solteras abandonadas por sus familias. Cuando excavaron la tierra para construir la autopista, encontraron esqueletos de críos. Dicen que los fantasmas de los niños siguen apareciéndose por los pasillos del hotel.

El tipo había añadido que en aquel lugar se notaba una fuerza extraña, como si los espíritus te absorbieran la medula.

Allá donde él iba, ni siquiera Charlie sabría encontrarle.

Una vez, *el Don* había querido asustarle con una amenaza velada: «Nosotros dedicamos el tiempo que haga falta, pero siempre acabamos descubriendo a un tipo. Aquí o en el extranjero. Es una cuestión de tiempo y de voluntad. El mes

pasado, localizamos a uno que buscábamos desde hace diez años. Había rehecho su vida en Canadá».

Morlaix lo adivinó a continuación. El hombre que había sido descubierto yacía a dos metros bajo tierra, en algún lugar entre Ottawa y Vancouver.

La carretera se estrechó tanto que tuvo que circular sobre la hierba para dejar pasar a un tractor. Desde lo alto de la cabina, el agricultor le saludó sin conocerle. Morlaix desconfiaba de los campesinos, poseían un instinto casi animal para evaluar a las personas. Las ramas de los arbustos arañaban la carrocería del coche, que se bamboleaba sobre las rodadas provocadas por la nieve del pasado invierno. Olores de tierra y de musgo llenaban sus fosas nasales: la vida inmóvil proliferaba bajo los árboles. Escondió la camioneta en el trastero de una granja abandonada. Un sonido cristalino subía del arroyo. Recogió ramas y palos y empujó la puerta. Habitaciones vacías, paredes encaladas, una chimenea que olía

a ceniza, una mesa de madera, sillas, un colchón tirado en el suelo, en esos suelos de tierra batida completamente impregnada de la tozudez de un pueblo. Allí tenía lo necesario para vivir unas horas, unos días.

Preparó un fuego para calentar la habitación. Poco a poco, sus músculos recuperaron la calma, su respiración volvía a ser normal. Se dijo que tenía la suerte de su lado. ¿Pero por cuánto tiempo todavía?

El día se acababa en la península de Clare. «Sin agua suficiente para ahogar a un hombre, ni árboles para ahorcarle, ni tierra para enterrarle». En estos términos, el brazo derecho de Cromwell había descrito Burren, la región de rocas grises, y suelo arrugado como la piel de un elefante. El cielo de Doolin se vestía de formas y colores fantasmagóricos, del rosa al morado oscuro, con matices de violeta pálido.

Alex y yo no habíamos asomado la nariz desde hacía veinticuatro horas. Teníamos demasiada prisa por recuperar el tiempo perdido, por amarnos, por hablar. Sentados sobre la alfombra, frente al fuego de la chimenea, saboreamos bocadillos y bebimos vino blanco. ¿Cuánto tiempo llevábamos charlando así, sin orden ni concierto?

Yo le había contado mi vida, la muerte de Cécile, mi primera novia, la brutalidad con la que había sido asesinada, y mi ingreso en la policía a raíz de esa tragedia. También habíamos hablado de Bérangère, y no recuerdo haber sido nunca tan franco con una mujer. Los ojos de Alexia eran dos espejos en los que me sumergí, con el corazón sereno.

—Es curioso —dijo ella—, hemos empezado por el final.

—¿Qué quieres decir?

—Primero nos amamos, ahora nos conocemos.

Conscientes de vivir una aventura sin futuro, no queríamos tener en cuenta las formas. Ella, recostada en el sofá, había extendido las piernas. El escote de su albornoz dejaba entrever sus senos blancos. La luz del fuego acariciaba su cuerpo.

—Thomas Picard me habló de tu padre. Me dijo que había luchado con el IRA, que había tenido problemas con la justicia después del atentado de Brighton. Me contó también que había desaparecido misteriosamente.

—Si él lo dice.

—¿No quieres hablar de eso?

—¿Te interesa realmente?

—Todo lo que te concierne me interesa.

Ella se levantó, se apoyó en la chimenea.

—Los recuerdos de mi padre son borrosos.

Dos o tres imágenes, apenas. Recuerdo la vez en que me sentó en sus rodillas para cantarme una canción cuya letra no entendí. Fue a través de las historias de mi madre y de mi abuela como llegué a conocerle.

—La figura del héroe.

Ella sonrió levemente.

—Mi madre me dio la lata durante años con lo que ella llamaba «la causa justa de los republicanos irlandeses» y el comportamiento heroico de Patrick Cronin. Él sigue siendo el gran amor de su vida. Mis abuelos también le idolatraban.

—Los artículos de Christine Costa eran un referente en aquella época.

—Sí, tenía el viento a su favor.

—¿Y con tus abuelos, qué tal?

—Yo era la hija de su único hijo. Digamos que me sobreprotegieron.

—¿No es difícil crecer con una identidad doble?

—Acabas acostumbrándote.

—¿No echas en falta París?

—Estoy ligada a esta casa. Cada invierno, cuando oigo gemir el viento en la chimenea, me digo que me separaré, pero no consigo decidirme.

—Se hablaba mucho de los «conflictos» cuando eras pequeña.

—Mi abuelo no hablaba de otra cosa. Una rama de la familia venía de Irlanda del Norte. Mi bisabuelo trabajó en los astilleros de Belfast.

—Patrick habría podido vivir tranquilo en la república, ¿por qué optó por Irlanda del Norte y el IRA?

Ella se cubrió el pecho con las solapas del albornoz.

—Los jóvenes no dudaban en comprometerse en aquella época.

Sobre una consola, una lámpara emitía una luz tamizada. La casa se hacía presente entre nosotros por sus crujidos irregulares.

—Yo nunca he entendido el motivo de la guerra civil en Irlanda del Norte.

—Era una guerra histórica y anticolonial.

—¿Quién tenía interés en hacer desaparecer a Patrick Cronin?

Ella se mordió el labio inferior.

—No desapareció. Le mataron.

Observó un momento el vino bailando en el fondo de su copa. Yo esperé la continuación en silencio.

—Hace unos años, yo estaba con unos amigos en un pub de Galway. Estaba sentada en un taburete al lado de la barra. Un hombre borracho que no había visto nunca, se me acercó y me dijo: «¿Tú eres la hija de Patrick Cronin? El IRA fue quien se cargó a tu padre, porque había dado nombres cuando estuvo preso en Inglaterra». El tipo se fue después de haber escupido su veneno. No hace falta decirte que ese día la imagen de héroe se tambaleó.

—¿Creíste a aquel hombre?

—Era una hipótesis posible.

Alexia se incorporó, dio unos pasos.

—Pero no quería quedarme ahí, quería entenderlo. Sabía que un viejo amigo de mi padre se había reconvertido en conductor de taxi en Belfast; llevaba a turistas con ganas de emociones

fuerzas a visitar los escenarios de la guerra civil a bordo de un coche negro. Solo sabía su nombre, Liam, pero conseguí encontrarle. La cárcel le había marcado. Era un tipo alto y delgado, sin dientes, con poco pelo, vestido con una chaqueta con las mangas demasiado cortas, por donde asomaban las muñecas enrojecidas por el frío. Lo opuesto a un playboy. Pensé que mi padre habría podido parecerse a él, y eso me afectó. Sentí, cómo decirte..., como una necesidad de venganza. Liam me dijo que Patrick era un buen tío, que jamás había traicionado a la causa, y que no debía avergonzarme de él. Me paseó por la ciudad en su cacharro, y me contó lo que había pasado realmente.

—Continúa.

—El tipo de Galway tenía razón en parte, era efectivamente el IRA quien le había matado, pero Patrick era inocente.

Alex cerró los ojos unos segundos.

—Su cuerpo reposa en las montañas de Dublín, nadie sabe dónde exactamente.

El malva de sus ojos había virado al gris oscuro. Yo comprendí que no iría más lejos. No quería actuar como un policía con ella. Fue a sentarse cerca de la chimenea.

—Basta de hablar de mí. Cuéntame mejor qué has venido a buscar a Irlanda. ¿Ese asesino, qué representa para ti?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo la impresión de que te obsesiona.

—Tengo una cuenta pendiente con él. Había optado por un método muy particular cuando actuaba en la región parisina, dibujaba cabezas de Toto³³ en las paredes y los cuerpos de sus víctimas. Un sistema que había sido utilizado ocho años antes en el asesinato de Cécile, y que Morlaix reproducía con un placer perverso.

—¿Se dirigía a ti personalmente?

—Había encontrado la información en los periódicos, y debía divertirse mezclando las pistas.

Crear un vínculo entre Cécile y yo debía aumentar su placer. Sembrar la inquietud en el ánimo de uno de los policías que le seguían le entusiasmaba.

Me quedé callado unos segundos antes de confesar:

—Me gustaría verle muerto. Por todo el daño que ha hecho, por haber asesinado a inocentes que solo pedían vivir.

Ella contestó con una vocecita extraña:

—Lo comprendo.

Tomé su cara entre las manos.

—¿Quién eres, Alexia? Tengo la impresión de que te escondes detrás de un personaje.

Ella sonrió.

—¿Hay algún hombre en tu vida?

—De qué sirve tratar de saberlo, si mañana todo habrá terminado.

—Yo no quiero una relación engañosa.

Ella se levantó y fue hacia el vestíbulo.

—No te muevas, vuelvo enseguida.

La oí subir al piso y andar por la habitación. Volvió a bajar con un alfiler en la mano.

—¿Qué es eso?

—Antiguamente, las mujeres clavaban una aguja en el cuello de la ropa de sus seres queridos para ahuyentar a las hadas malas.

—Yo creía que todas las hadas eran buenas.

Ella clavó el alfiler frunciendo el ceño.

—A veces, las hadas raptan a los mortales para que les ayuden en sus tareas. También roban a los niños y emplean estrategias impúdicas para seducir a los hombres.

Yo la tomé en mis brazos y la besé.

No volvimos a tocar esos temas. No queríamos estropear las horas que nos quedaban por compartir con asuntos demasiado serios. Alexia había levantado el velo de su vida, pero yo solo había atisbado una parte de la verdad. Ella seguía siendo la chica misteriosa de los ojos violetas. Yo prefería no saber más.

Fuimos a un pub del interior de esa región, aquella noche. La gente hablaba en gaélico. Brindaban de una mesa a la otra gritando *slainte!* Los músicos tocaban, sentados entre los clientes. El flautista mantenía los párpados cerrados, como si buscara la música en el fondo de sí mismo. El violinista le contestaba, el acordeonista y el guitarrista añadían sus notas melancólicas, y el palo del *bodhran*³⁴ seguía el ritmo sobre la piel de cabra. Alexia resplandecía. Yo era consciente de vivir un momento único, ese tipo de instante que queríamos retener y que se nos escurre entre los dedos, pero cuya tonalidad se nos queda grabada.

Sí, Irlanda se había convertido para mí en ese tipo de tonalidad profunda y misteriosa.

El pueblerino del tractor había venido a merodear alrededor de la casucha. Era un «*irish* de pura cepa»: un cuerpo enjuto, mirada azul metálico y una fortaleza inmune a la lluvia y a viento. Había inspeccionado el trastero, el cobertizo y el interior de la vivienda. Morlaix le había observado, oculto tras un talud. Había pensado en matarle. Pero no había tenido fuerzas. En cuanto el fisgón se hubo marchado, él había prendido fuego a las construcciones. En un abrir y

cerrar de ojos, el techo de paja había ardido como una antorcha. ¡Adiós Endfield!

En marcha hacia Doolin.

Ciertos actos habían sido producto de las circunstancias, pero la mayoría de sus crímenes eran premeditados, con una puesta en escena casi perfecta. Si temía que le pillaran en flagrante delito, renunciaba.

No mezclaba el sexo en sus actos para poder actuar con total lucidez, no hablaba de él ni de sus hazañas, evitaba volver a los escenarios de sus crímenes, nunca había pertenecido a ningún movimiento, siempre desconfiaba de cualquier líder de pensamiento y de quienes daban lecciones. Se servía de la vanidad para actuar solo. Despreciaba las historias grises, prefería una vida errante a una existencia inane, y buscaba el poder. Su medida era la desmesura. Sabiendo que la policía acabaría por relacionarle un día u otro con esa serie de asesinatos, no había tomado ninguna precaución en particular. El reto era

todavía más excitante. Las postales como simulación ritual, enterrar a las víctimas en la turba, los nombres con simbolismo celta, todo formaba parte del juego que él había inventado.

Esta misión que Charlie le había confiado, sería la última. Quería que fuera magnífica, apoteósica. Era inútil engañarse, el final estaba cerca, lo adivinaba sin poderlo imaginar, suspendido en el tiempo, potencialmente amenazador. Su odisea llegaría a su fin en la isla de los Santos y los Sabios.

Cuando se acercaba a la conurbación de Birr, vio junto a la carretera un coche de los Traffic Corps, con todas las luces encendidas. La angustia le oprimió el estómago. Otro vehículo con una señal luminosa ordenaba a los coches que disminuyeran la velocidad. Era imposible hacer marcha atrás, estaba obligado a obedecer las indicaciones, a meterse en el cuello de botella. Le vino a la mente la idea de que habían levantado una barrera para atraparlo. No hacerse notar,

conducir despacio, hacer un gesto con la cabeza para expresar conformidad. Una lluvia leve dibujaba estrías en la luz diurna, y puso en marcha el parabrisas. Sus manos húmedas le pegaron al volante, cuando un policía le indicó que acelerara. Unos metros más adelante, un Rover yacía en el arcén, panza arriba. Un accidente. «¡Venga, vamos, por Dios! ¡Circule!», le gritó el guardia. Él aumentó la velocidad sin mirar atrás.

Ese episodio le serviría de lección, debía prever y desconfiar de todo. Recorrió unas docenas de kilómetros antes de que su ritmo cardiaco se calmara, bordeó el Lough Derg, de color azul pizarra, pasó el puente colgante de Portumna.

Se detuvo en un tugurio miserable a la salida de un pueblo, impulsado por el deseo súbito de beber una cerveza. Los clientes, media docena de incorregibles parroquianos de bar, levantaron apenas la nariz de sus pintas en el momento en que entró. En cuanto al patrón, soltó un levísimo

gruñido a modo de saludo. Morlaix se acodó en un extremo de la barra y pidió una Guinness. Se oía volar a las moscas. Un viejo le espiaba a través del espejo interpuesto. Esperaba que el intruso se esfumara para retomar su conversación. Morlaix captó su mirada, se caló un poco más la gorra sobre los ojos, se bebió la cerveza y se largó.

Después de haber atravesado bosques y pueblos, llegó a la costa oeste en el momento en que un arcoíris creaba un puente entre cielo y tierra. En Doolin, un pelirrojo le indicó la antigua granja de los Cronin.

Una vivienda aislada, sin buzón para la correspondencia, camuflada detrás de un seto de arbustos, al final de un camino de guijarros. Se detuvo bajo un toldo que servía para proteger la leña y rodeó la casa. Llegó hasta la puerta. Nadie. Sacó un destornillador del bolsillo, manipuló la cerradura e inspeccionó todas las habitaciones. Observó las fotos sobre la repisa de la chimenea, subió al piso. Un enorme desorden reinaba en la

habitación: una barra de Cadbury abierta y abandonada sobre la mesita de noche, colillas de cigarrillos en un cenicero, libros en el suelo, sábanas arrugadas. Desde que supo la naturaleza de los vínculos entre Damien Escoffier y Alexia Costa, su excitación se había exacerbado.

No tocó nada. Tenía el alma serena, la mente cortante como una daga. Se impregnó de la naturaleza profunda de cada objeto, de cada indicio de vida.

A la franco-irlandesa, la atraparía en su terreno. De pasada, golpearía a ese policía repugnante donde más dolía. Había alcanzado el punto sin retorno. Actuaría en el momento oportuno. Era inútil apresurarse. Llevar a cabo una obra de arte exigía paciencia y tiempo.

Alex aparcó a la entrada de Phoenix Park. Los dos temíamos el momento de la separación. Solo dependía de nosotros que esta relación durara, pero éramos conscientes de que la distancia y la vida no nos facilitarían las cosas. Yo bajé del Austin, con un nudo en la garganta. Ella se marchó sin darse la vuelta. Yo la seguí con los ojos hasta que desapareció completamente.

Thomas vino a recibirme. No hizo ningún comentario mientras entramos en un edificio gris

que parecía una guarnición: el QG (cuartel general) de la Garda Síochána.

Robert Lynch y Sam Curtis habían trabajado a fondo durante el fin de semana. Varias docenas de policías se habían reunido en Phoenix Park. Ese pequeño mundo al completo, con ropa civil o de uniforme, se instaló en la sala de proyección del sótano. En primera fila, McConnell con el torso henchido: esta iniciativa le había reportado la felicitación de sus superiores y el apoyo incondicional de la Crim’.

—Esta reunión tiene un interés doble —empezó Lynch—. Colaborar con la policía francesa por un lado, y familiarizarnos con la personalidad del asesino por otro.

Antes de cederme la palabra, él expuso los hechos y recordó los elementos de la investigación.

Una vez que la sala se sumergió en la oscuridad, el proyector de vídeo solo me permitía adivinar más que ver los perfiles tensos. Después de una cronología de los crímenes perpetrados en Francia, dibujé el perfil psicológico del asesino. Desde mi ordenador portátil proyecté imágenes para apoyar mis afirmaciones: retratos de Yann Morlaix, representaciones del *Libro de Kells*, fotos de los lugares donde se habían cometido los delitos. Me expresaba con un inglés simple, con frases cortas.

Al final de la proyección, identifiqué con un vistazo a los lobos jóvenes, la expresión cansada y desengañada de los viejos, la flema de los que habían ingresado en la policía sin convicción, las caras crispadas. Entonces me vinieron a la memoria las palabras de Manzano previendo una acogida discreta: «A ninguna policía del mundo le gusta ver que un extranjero mete las narices en sus asuntos».

Lynch invitó a sus colegas a hacer preguntas.

—¿Qué le lleva a decir que el asesino tiene una inteligencia superior? ¿Le ha hecho algún test?
—preguntó un miembro de la asamblea.

Una carcajada general relajó el ambiente.

Yo me aclaré la garganta antes de contestar.

—Desgraciadamente tuve contacto con él antes de esta investigación, y me di cuenta de que poseía rasgos psicológicos poco frecuentes.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Rapidez de análisis, capacidad de síntesis, anticipación, cálculo. Todo eso le permite ir siempre muy por delante de la investigación.

—Como una especie de premonición.

—O suerte, simplemente —corrigió McConnell.

—Lee usted demasiadas novelas policiacas norteamericanas —comentó uno de ellos.

Lynch se plantó delante de las primeras filas.

—Oíd, chicos, el capitán no está aquí para aguantar vuestros sarcasmos.

—De todos modos, este extraterrestre debe tener alguna debilidad —dijo uno desde el fondo de la sala.

—Sí, hipertrofia de ego.

Hipertrofia de ego. Nuevamente, en las caras de los viejos apareció una sonrisa burlona. Yo adiviné sus pensamientos: «¡Ah, estos franceses! Siempre exprimiéndose el cerebro para inventarse palabras y huir de la realidad».

Yo continué impasible:

—Y tiene otra cualidad, un potencial mimético fuera de lo común, lo cual explicaría su perfecta adaptación a su país y a sus gentes.

Había hablado con un tono neutro, desapasionado y sin duda convincente, porque la tensión disminuyó poco a poco.

—No es la primera vez que nos aliamos con Francia frente al enemigo —puntualizó Lynch, enfatizando sus palabras.

El comentario dio en el clavo. La fibra patriótica hizo vibrar a los más reticentes. Desde

su rincón, Picard asentía.

En aquel momento, un policía vestido de civil entró en la sala y dijo unas palabras al oído de McConnell antes de desaparecer.

—Fíjense en los nombres de pila de las víctimas. Deirdre, Brigid, Aine, todos están inspirados en sus leyendas —continuó.

—¿Un asesino mitológico? —ironizó uno.

—Pues sí. Según la mujer con quien vivió en Francia, él pretendía dar una dimensión cultural a sus actos. Compararle con los asesinos vulgares a quienes nos enfrentamos habitualmente supone no entender nada de este hombre.

—Si le atrapamos, ¿qué hacemos? ¿Le liquidamos o le metemos en un zoológico? —se mofó un agente—. ¡A un fenómeno como ese quizás nos interesa conservarlo en formol!

—Esto no tiene nada que ver con el orgullo francés, saben.

—Muy gracioso, Wayne —intervino Lynch—. Los irlandeses tampoco se quedan cortos, cuando

quieren.

Un murmullo burlón recorrió la sala.

McConnell se levantó:

—Tengo una noticia que comunicarles. La comisaría de Endfield informa que un individuo sin domicilio fijo se instaló en una cabaña en el bosque. Nuestros compañeros recibieron el aviso de un agricultor. Cuando llegaron, la casa estaba ardiendo. Lo único que queda de su paso por allí, son huellas de neumáticos. El campesino afirma que el tipo tenía un comportamiento anormal. La policía técnica y científica está en el lugar de los hechos, pero es difícil que los restos nos sean útiles. De momento no sé nada más.

Tras esa información, un oficial especialista en bandas organizadas, se dedicó a detallar la evolución de la criminalidad en Irlanda. Dicha intervención había sido propiciada por McConnell con el fin de completar la formación de sus subordinados. Yo escuché con interés, desde la distancia.

—La delincuencia ha crecido en paralelo a la curva de la prosperidad de este país. Cuanto mayor es la riqueza, más frecuentes son los tiroteos, en todos los sentidos. En los años ochenta, Dublín era la ciudad más pacífica del mundo, hoy parece Chicago.

—¿Qué tiene que ver con nuestro asesino?

—Hay datos que llevan a pensar que ha recibido ayuda de una red criminal. Nosotros trabajamos a partir de esta eventualidad.

—¿Qué interés tendrían esos delincuentes en proteger a un asesino en serie extranjero? —preguntó una de las escasas mujeres presentes.

—Los gánsteres ya no son tan escrupulosos con la identidad de sus matones, reclutan a cualquiera para llevar a cabo sus operaciones.

Un agente de uniforme levantó la mano.

—¿Alguna relación con el IRA? —preguntó.

—Por si no se había dado cuenta, sargento, la guerra terminó hace varios años —se interpuso el

big chief—. Los restos del ejército republicano ya no imponen su ley desde entonces.

Los rostros se crisparon. Evidentemente, no todo el mundo compartía el punto de vista del superintendente.

Había que terminar.

—En nombre de la brigada francesa que represento, debo darles las gracias por su acogida y felicitarles por el trabajo realizado.

Picard y yo estrechamos decenas de manos y dimos los correspondientes abrazos. Nos reunimos una última vez con McConnell, Lynch y Curtis, en un despacho aparte.

—¡Misión cumplida...!

Paseábamos por el parque charlando, cuando sonó mi teléfono. Arrostéguy me llamaba, confortablemente instalado en su despacho del Quai des Orfèvres.

—¡Qué tal, hijito! ¿Cómo va la vida en el país de los celtas?

—Bien.

—¿Y esa reunión? ¿Ha ido bien?

—Estupendamente. Ya te lo contaré cuando vuelva.

—¿Envío a alguien a recogerte a Roissy?

—No hace falta, viene a buscarme un amigo.

—Como quieras, nos vemos mañana.

Antes de colgar, me informó:

—De hecho, un tipo ha telefoneado dos veces hoy, le urgía mucho hablar contigo.

—¿Su nombre?

—Jacques Guillard.

—Le llamaré sin falta.

En el Blooms, pagué la cuenta y recogí mis cosas antes de salir hacia el aeropuerto. Era demasiado pronto para sacar conclusiones, aunque tuviéramos la sensación de haber logrado avanzar en la investigación.

Un embotellamiento a la salida de la ciudad, nos tuvo parados un buen rato. Yo aproveché para interrogar a Thomas:

—¿Quién es realmente Alexia Costa? Tengo la impresión de que se esconde tras un personaje.

Él sonrió.

—¡De modo que dos días en Doolin no te han bastado! Ya sé que estuvisteis ocupados con otras cosas, pero aun así, habríais podido hablar un poco los dos.

Yo insistí.

—¿Qué quieres que te diga? Tiene una personalidad compleja y encantadora.

—En eso, estamos de acuerdo.

—Cuando vino a Dublín para estudiar, solo tenía una idea en la cabeza: entender qué le había pasado a su padre. Necesitó tiempo, pero peinó a fondo toda la organización, desde Doolin a Belfast pasando por Dublín. Los antiguos paramilitares son discretos, hay que tirarles de la lengua para que suelten algo.

—Liam.

—Ah, al menos te ha habado de Liam.

—Solo me dijo que él le había contado las circunstancias de la muerte de su padre. Patrick Cronin habría sido asesinado de un disparo en la nuca cuando volvió de Inglaterra, su cuerpo estaría enterrado en algún lugar de las montañas.

Él suspiró, vaciló.

—Al fin y al cabo... no traiciono a nadie. Liam le había contado que el asesino de su padre se había convertido en jefe de una banda y que reclutaba estudiantes para que traficaran con su droga en el propio centro de la universidad. Alex quiso que la reclutaran para acercarse a él. No para vengarse. El mafioso era demasiado inaccesible, siempre estaba rodeado de guardaespaldas. No, ella quería comprender por qué y cómo había podido hacer una cosa así, cuando Patrick y él se habían dedicado a servir a una misma causa. Pero el viejo zorro se olió la maniobra, y también hizo una pequeña investigación sobre Alexia. Cuando descubrió que era la hija de Patrick Cronin, le tendió una trampa,

y a Alex no se le ocurrió nada mejor que caer en ella.

—¿Qué trampa?

—Le ordenaron que entregara un paquete de éxtasis a un estudiante en el campus. La Garda la esperaba bajo los soportales, y la detuvieron inmediatamente.

—¡Mierda!

Pegado a mi asiento, no se me ocurrió nada mejor que decir.

Cuando se reanudó la circulación, Thomas siguió con su relato.

—Irène y yo llegamos a Irlanda. Yo acababa de incorporarme a mis funciones. El embajador me convocó en su despacho para exponerme el problema. Christina Costa se presentó en la isla hecha una furia, había que encontrar rápidamente un buen abogado para evitar la pena máxima para su hija. Pese a todos nuestros esfuerzos, Alex cumplió un año de condena, lo cual no fue un

precio excesivo por haber sido detenida traficando con drogas.

Poco a poco las piezas del puzle se ponían en su sitio, todo adquiriría sentido, todo quedaba explicado. Yo había asimilado perfectamente el hecho de que Alex era una chica peligrosa, pero no imaginaba hasta qué punto.

—Irène la apoyó durante todo ese periodo. Cuando salió de la cárcel de Mountjoy, Alex estaba destrozada. Irène impidió que se hundiera, y cuando quedó libre un puesto en la Alianza, inmediatamente pensaron en ella.

Hizo una pausa antes de confesarme:

—Nosotros no hemos podido tener hijos, comprendes. Después de todo lo que pasó, la consideramos como hija nuestra. —Soltó una risita nerviosa y añadió—: Con el tiempo, ha recuperado el valor. Es tozuda como una mula. Hay una cosa más que has de saber.

—¿Qué?

—Alex es... cómo lo diría... una militante comprometida.

—¿A qué te refieres?

—¿Seguramente has oído hablar del 32 CSM?

—No.

—El 32 County Sovereignty Movement —explicó— está considerado la rama política del IRA auténtico, una organización clasificada como terrorista por el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos. Hace unos meses, Alex se unió a ellos en contra de mi opinión. El movimiento nació de una escisión en el seno del Sinn Fein. Sus miembros siguen reivindicando la unificación total de Irlanda.

—¿Qué papel juega ella ahí dentro?

—Les proporciona apoyo incondicional.

—De manera que ha recogido la antorcha de su padre.

—En cierto modo.

—Dicho de otra manera, está fichada.

—De eso no hay ninguna duda. Hasta ahora ha sabido moverse muy bien, pero no dudará. Un día u otro, irán a por ella.

Nos acercábamos al aeropuerto. Había que poner término a esa serie de confidencias.

—¡Esto no me lo esperaba!

—Te lo cuento porque me ha parecido entender que Alex y tú tenéis intención de volver a veros.

—Efectivamente... Gracias por tu confianza.

Frente a las puertas de la terminal, Thomas me dio un abrazo.

—Vuelve cuando quieras. Siempre serás bienvenido en Irlanda.

—Hasta pronto. Dale un beso a Irène de mi parte.

—De todos modos, me gustaría que lo que te he contado quedara entre nosotros.

—Puedes contar conmigo.

¡Aún no me había marchado, y ya echaba de menos Irlanda! Le envié un último SMS a Alexis antes de embarcar.

Para Oscar Wilde, Dorian Gray es un joven efebo «de naturaleza simple y bella». Basil, su amigo pintor, realiza un retrato tan hermoso de él que Dorian expresa el deseo de no envejecer: se declara dispuesto a dar su alma para que su imagen envejezca en su lugar. Su deseo es satisfecho: Dorian se mantiene bello y exquisito, su retrato es el que se afea, se arruga con el paso del tiempo, y soporta los estigmas de sus vicios. Lord Henry es un ser atormentado y hedonista.

Ronda a Dorian y propaga en él el germen de la fatuidad, la perversión y la crueldad. Preso en su propia trampa, Dorian Gray acabará matando a su amigo Basil, a quien considera responsable de su desgracia.

Dorian y lord Henry no son más que un mismo personaje en la obra de Wilde. Dorian es la cara brillante del ser humano, mientras que Henry representa el lado gris y perverso. Es el eterno combate entre la luz y la oscuridad, la belleza y la fealdad, el espíritu y la materia.

En la librería de Montmartre, Yann Morlaix había convertido ese título en su mejor venta. Se sabía de memoria algunos pasajes. Como Dorian, él había tenido la sensación de hundirse en la vida y en el mal. Como él, había imaginado una concepción de la belleza en un mundo que consideraba espantoso. Morlaix se creía por encima de las leyes, humanas o divinas. Había optado por el infierno y la condena, métodos extremos para conseguir una purificación absoluta

sin vuelta atrás posible. Tenía que ir hasta el final de su propia aventura, de su propio discurso para escribir el último capítulo, para fijar los rasgos de su propio retrato.

Hacía días que daba vueltas alrededor de la casa de los Cronin, esperando a su presa. De la chica, no sabía nada. Para atacar mejor a una víctima, no debía pensar nunca en su forma humana.

De noche, aparcaba al borde de los acantilados de Moher y dormía dentro de la camioneta. Cada mañana se despertaba frente al océano. Ante él, las islas de Aran. A su derecha, las Maumturk y los Twelve Bens, las montañas de Connemara, para inspirar su imaginario...

Se odiaba tanto como odiaba esta sociedad en que todo tenía un precio, en la que ya nada valía nada. La «tercera hora» se acercaba, sentía la amenaza planeando sobre su cabeza. Fuera cual fuera el final, ya nada sería como antes. No le daba miedo errar sin fin como el ángel caído, solo

temía no poder terminar su gran obra: sobre una tela gigantesca hecha de cenizas y de tierra, su pincel mojado en lágrimas, sudor y sangre. Atravesaba momentos de duda seguidos de periodos de intensa euforia, ciclotimia de la estética.

Una vez cumplida su misión, atravesaría Irlanda, subiría hacia el Norte, hasta el condado de Antrim, al puerto de Ballycastle donde un pescador, avisado por Charlie, le haría pasar a Escocia. De incógnito, llegaría a un puerto de Inglaterra, desde donde huiría a América. *On the road...*

Antes, telefonaría a Lisa. Hacía meses que no había oído su voz. Le diría que no tuviera miedo, que él estaba siempre a su lado gracias a ese poder espiritual que les unía, más allá de la distancia, más allá de la ausencia...

No había posibilidad de que no localizara a Arnaud en Roissy. Me esperaba en un MG rojo aparcado en doble fila. Había decidido venir a buscarme con su nuevo juguete y me recibió sonriendo como un crío burlón y satisfecho de su broma.

—Quería darte una sorpresa.

—¡No muy discreta!

—¿Qué tal ha ido en Irlanda?

—Conduce, ya te lo contaré.

Con la bolsa de viaje bajo la barbilla y la capota pegada al pelo, le escuché monologar con tono alegre. Estaba invitado a un inminente coloquio sobre criminología en Montreal. Su último artículo, aparecido en una revista internacional, había provocado que se fijaran en él. Nos ganamos los bocinazos de los camiones.

—Ya lo ves, aquí no ha cambiado nada.

—En efecto.

—Dime, ¿y esa investigación?

—Estamos en un *impasse*. Un sospechoso ilocalizable. No hay móvil. La Garda no encuentra ningún vínculo entre el asesino y sus víctimas. No obstante, su ADN está en todos los escenarios del crimen. Es como si se volviera transparente entre un crimen y el siguiente.

—Es raro que un tipo tan prudente no tome precauciones para disimular su ADN. Pero debe saber que hay técnicas a base de fuego o de ácido. Si es un acto fallido, es suicida.

El Gran Desfile, las casas bajas de ladrillo rojo, el cielo de Dublín, Alexia, la casa de Doolin, las imágenes se sucedían en mi mente mientras hablábamos. Creía oír los chillidos de las gaviotas sobre el Liffey, el acento de Lynch, el chirrido del Luas y el latido desgarrador del *bodhran*.

—¿Y con la Garda?

—Seguimos en el marco de los acuerdos bilaterales, nos avisarán si lo necesitan.

—¿Dublín?

—¿Dublín, qué?

—¿Cómo es?

—Una capital a escala humana, Guinness a raudales y a todas horas y cierta atmósfera juvenil en las calles. A mí, que no me gustaban las ciudades del norte, tengo que confesar que me ha seducido.

A llegar a las cercanías de París, la circulación se densificó, los motoristas se colaban entre los coches, y el olor a gas de los tubos de escape se convirtió en agobiante. Yo aproveché un

momento de silencio para colocar lo que tenía que decir.

—He conocido una chica. —Hice una pausa antes de precisar—: Una franco-irlandesa.

Arnaud soltó una carcajada.

—¡Menudo sinvergüenza, no has perdido el tiempo! Hazme caso, las historias temporales, las relaciones sin futuro están muy bien. No existe el desengaño, ni el aburrimiento.

—Me he enamorado de ese país.

—¿La hierba es más verde?

—No es por un simple cambio de aires.

—¡No me digas!

—Enamorarse no es una enfermedad que yo sepa.

—En tu caso, podría llegar a serlo. ¿Y Bérangère qué pinta en todo esto?

—¡Sabes perfectamente que Bérangère y yo hemos terminado!

El cielo de l'île de France, salpicado de cirros, se deshilachaba como una cabellera de

plata sobre la capital.

—¿Dónde te dejo?

—Quai des Orfèvres.

—¿A estas horas?

—Sí, Pichot me espera.

En comparación con Dublín, París nunca me había parecido tan sofisticado. Orgullosa de su patrimonio cultural, la ciudad resplandecía. A su lado, y pese a la belleza de sus barrios georgianos, Dublín empalidecía. Frente al 36 había una docena de furgones de la policía aparcados. El oficial de guardia me saludó con un gesto de la cabeza, yo entré en el porche y subí los escalones. La Crim', sus pasillos, su olor a cera, su linóleo desgastado, sus efluvios de tabaco frío y de café.

Con la cara seria y las facciones crispadas, Pichot estaba solo en su despacho.

—Hola, Damien, me alegro de verte.

Durante mi ausencia, habían pegado al plafón un mapa de Irlanda; unas chinchetas rojas señalaban los escenarios de los crímenes. Yo me

senté frente a él y le informé sobre las sesiones de trabajo con Lynch y Curtis, las reuniones con McConnell y la conferencia organizada en el QG de Phoenix Park. Él me escuchó con el ceño fruncido.

—¿Abordasteis el tema de los apoyos de Morlaix? —me preguntó.

—Naturalmente.

—¿Qué opinan ellos?

—Si tiene apoyos, habría que buscarlos en las bandas de traficantes. Hay muchas redes de delincuencia organizada que prosperan por todo el país.

Él parecía decepcionado.

—No me sorprendería que la próxima petición de CRI³⁵ nos sea denegada sin más —dijo.

—Este asunto no está en nuestras manos, eso habrá que asumirlo.

El cansancio empezaba a pesarme en los hombros. La espalda me dolía, y la migraña me

invadía el cerebro. La luz de un *bateau-mouche*³⁶ creaba un halo oscilante en la pared.

—Ha pasado una cosa durante tu ausencia — dijo Pichot, abriendo un cajón lateral.

Me dio una postal.

—Lisa ha recibido otra. Sus padres nos la entregaron ayer tarde. La enviaron desde Dublín. No sirve para nada, demasiadas huellas. Sin texto, lo mismo de siempre.

Yo empalidecí pensando que Morlaix había podido volver a actuar cuando yo estaba allí.

—¿El *Libro de Kells*?

—No, esta vez, no. No sabemos qué pensar.

Yo leí el pie: “El viaje de Brendan al Paraíso».

—¿Qué puede querer decir esto?

Pichot se levantó de un salto y dio un puñetazo sobre la mesa.

—Nos toma por idiotas, eso es lo quiere decir.

El impacto resonó en mi cabeza. Cerré los ojos unos segundos. Cuando los volví a abrir, había tomado una decisión. *Volver a Dublín lo más pronto posible, costara lo que costara.* La idea ya había hecho su recorrido, el gesto de Pichot no hizo más que sacarla a la luz.

—Has informado a la Garda Síochána, supongo.

—Arrostéguy escaneó inmediatamente la postal para enviársela.

Mi migraña había convocado a la caballería y a los tambores

—¿Qué hay del lado bretón?

—Insisten en Le Bihan. Su blog habla de vínculos entre los pueblos en rebeldía, palestinos, corsos, vascos, y, naturalmente, norirlandeses. Barthes sigue una pista. Le Bihan habría recaudado fondos para acudir en ayuda de familias de disidentes encarcelados en Irlanda. Seguramente fue él quien organizó la huida de Morlaix, no veo otra posibilidad.

—La librería era un negocio exclusivamente suyo, no era independentista, ni anarquista. ¿Por qué le ayudaría Le Bihan a salir del país?

—Por espíritu de solidaridad o para reforzar su imagen híper crítica con la ley. Manzano envía una comisión rogatoria a Bretaña. Los agentes no tardarán en convocar a nuestro filósofo para una investigación complementaria.

—Sin pruebas, ni confesión, no podemos nada contra él. Ayudar a las familias de los disidentes no es un delito. Perdemos tiempo con esa pista bretona.

—¡Ah sí! ¿Es qué tú tienes otra cosa que hacer?

—Hemos de centrarnos totalmente en Irlanda.

—Hace cinco minutos, decías que no teníamos poder.

—Déjame volver allí.

—Sin una misión oficial formalizada, ¿estás de broma supongo?

—He conocido a gente en Dublín, nada me impide visitar a mis amigos.

—Ni hablar.

—Todavía me quedan veintiún días de vacaciones.

—Hazlos si quieres, pero no en Irlanda. Imagina que te encuentras con McConnell en un pub, cuando cree que estás en París. ¿Qué le dirías?

—«¡Hola, me gusta muchísimo su país!».

—Por Dios, Damien, no nos compliques la vida, ¿quieres? Pediremos otra comisión rogatoria internacional, es nuestra única posibilidad.

El jefe de grupo levantó los ojos hacia el reloj de la pared.

—Venga, vete a casa, tienes una pinta horrible, parece que hayas estado una semana de juerga. Volveremos a hablar de todo esto mañana por la mañana.

Yo estaba decidido a cruzar el mar de Irlanda en dirección contraria, e inmediatamente. Era

optimista, sabía que Pichot y Ughetti harían lo necesario para conseguir una segunda CRI.

Al salir de la brigada, mientras caminaba del Quai des Orfèvres hasta la plaza Maubert, intercambié no menos de diez SMS con Alexia. En lugar de separarnos, la distancia afianzaba nuestra unión...

La chica de los ojos
violeta

Una mujer joven, esbelta y rubia se presentó en el QG de Harcourt Street, y pidió hablar con el agente Lynch.

—¿Qué quiere de él, señorita? —se extrañó el oficial de guardia.

—Sé que él investiga los asesinatos.

—Un policía solo no bastaría, sabe. Trabajan varios en ese asunto.

Eso no importaba, ella quería verle a él y ningún otro. El detective Lynch había sido

entrevistado en el informativo de la noche, cuando el retrato del criminal había sido difundido por televisión. Ella había apuntado su nombre.

El *guard* llamó desde su teléfono.

—Una muñeca insiste en hablar con usted, señor, sobre los asesinatos. —No pudo evitar añadir un comentario—: Está francamente cañón.

—Bien, indíquele cómo llegar a mi despacho.

Un segundo *guard*, entusiasmado con la figura y el contoneo de la visitante, la acompañó encantado.

—Pase, señorita.

Lynch estaba sentado detrás de un despacho atiborrado de expedientes. El oficial de guarda no había mentido, la chica era despampanante. Delgada, perfectamente proporcionada y con una cabellera larga color de trigo. Él le señaló una silla. Como ella dudaba, insistió:

—Por favor.

Ella se instaló, cruzó las piernas y tiró de la falda.

—Me llamo Karolina Safina. Soy lituana, nací en Vilnius —empezó a decir—. Trabajo en Diamond's tres noches a la semana, viernes, sábado y domingo. Tengo los papeles en regla, puede comprobarlo.

Su acento dejaba claro su origen, marcaba las erres como los eslavos. Parecía impresionada o intimidada.

—¿En qué consiste su trabajo?

—Soy camarera, en la zona VIP.

El propietario de la discoteca mimaba a la clientela rica. Grandes nombres del mundo del espectáculo organizaban veladas privadas a precios exorbitantes en el Diamond's. Las chicas estaban incluidas en el precio. La cocaína considerada una droga festiva que proporcionaba bienestar, circulaba a todos los niveles. Una línea esnifada a escondidas en los lavabos, y otra vez a menearse durante horas en la pista. Los colegas de Pearse Street Station, especializados en la lucha contra el narcotráfico, estaban desbordados.

Decían que incluso determinados sacerdotes consumían esa porquería, como si necesitaran un estimulante para hablar con Dios.

—¿Qué puedo hacer por usted, miss Safina?

Al mirarla, él se preguntó qué tenían las chicas del Este que no tuvieran las demás. Eran más espabiladas, sin duda. Más valientes también. No les daba miedo trabajar.

—La semana pasada salió la cara del asesino en televisión. He venido por eso.

Curtis se acercó a ella.

—¿Usted conoce a ese hombre?

Lynch cambió de postura y se inclinó hacia delante.

—Personalmente no —puntualizó ella—. Venía al Diamond's de vez en cuando.

Lynch y Curtis se miraron.

—¿Le importaría que grabáramos su declaración?

Un temblor inmediatamente reprimido apareció en la cara de la lituana.

—No. Hagan lo que tengan que hacer.

Curtis puso la grabadora en marcha inmediatamente. Se acercó al aparato, dijo en voz alta la fecha y la identidad de la joven, precisando que se trataba de una declaración espontánea.

—Procedamos, señorita. ¿Cuándo le vio usted por última vez?

—Hace unos seis meses.

—¿Usted le dirigió la palabra?

—No, nunca. ¡Me daba miedo!

—¿Qué tipo de cliente era?

—Inquietante.

—¿Por qué?

—Se escondía, se quedaba entre las sombras. Solo. Las personas que van al Diamond's no suelen mantenerse al margen. Vienen para que les vean, comprenden. El comportamiento de ese hombre no era normal, por eso me fijé en él.

—Iba de caza —dijo Lynch dirigiéndose a su colega.

—Eso es —prosiguió Karolina—. Tenía ojos de cazador.

—¿Habló usted de eso con su jefe?

—No.

—¿Por qué?

—Al encargado solo le interesa el negocio.

No olviden que le pagan para eso.

—¿Qué hacía ese hombre?

—Nada. Miraba a su alrededor mientras bebía, nada más.

—¿Se fijó si intercambiaba alguna palabra o algo con alguien?

—No, claramente él no estaba allí para eso. Cuando llevas mucho tiempo trabajando en una discoteca, enseguida notas ese tipo de cosas.

—Pues ¿qué tenía de especial para que le llamara la atención hasta ese punto?

—Su mirada.

—¿Qué pasaba con su mirada?

Ella reflexionó antes de contestar.

—¡Era hipnotizadora!

Los investigadores se turnaron para hacer preguntas, y se comprometieron a interrogar a los empleados de Diamond's uno por uno. Karolina no podía haber sido la única en fijarse en ese hombre.

La planta baja de la Alianza francesa incluía la recepción, la mediateca, y el Café des Amis, un punto de encuentro de francófonos e irlandeses un poco esnobs. Iban allí a beber o charlar mientras comían un plato preparado por el chef, *francés por supuesto*. Dos pisos más arriba, Irène Picard y Alexia Costa compartían el mismo despacho.

Con la frente apoyada en la ventana, Alexia observaba a los estudiantes del Trinity College entrenarse al *hurling* en el césped de enfrente.

«Debo decidir mi propio destino», se decía. En la calle, una larga cola de espera en zigzag ocupaba la parada del autobús de un extremo al otro.

El timbre del teléfono la sacó de sus pensamientos.

—Es la tercera vez que me cuelgan en cuanto contesto —se indignó Irène y dejó el auricular.

Las llamadas se multiplicaban desde primera hora de la mañana, por no hablar de las decenas de correos electrónicos que llegaban en referencia a los preparativos del festival de literatura franco-irlandesa.

—¿Has telefoneado al Shelbourne?

—Aún no —contestó la joven desde su puesto de observación.

—No querría acabar con una lista de veinte VIP que se han quedado en la calle. Ya he hecho la lista definitiva de los autores, tú solo tendrás que dar los nombres al servicio de reservas.

El evento requeriría el empeño de todo el personal de la Alianza: reuniones, mesas

redondas, conferencias, cafés literarios y homenajes se sucedían durante tres días en el prestigioso castillo de Dublín. Tras recibir la renuncia de determinados autores, Irène debía repasar el programa y avisar a los hoteles. El Shelbourne había sido elegido para los VIP y los escritores famosos.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Irène dirigiéndose a su compañera.

—No, todo va bien.

Alexia se inquietó al ver que un Audi Q7 negro con los cristales ahumados frenaba frente al edificio. A los hombres de Charlie les gustaba circular con ese tipo de coches. Desde hacía unos días, se sentía espiada, vigilada.

—¿Piensas seguir mucho rato con la nariz pegada a la ventana?

Ella se sobresaltó y volvió a su mesa.

—Me gustaría salir una hora antes, esta tarde —dijo—. ¿Tienes algún inconveniente?

—Olvidaba tu famosa cita con la periodista del *Independent*. Esa Mary Davitt no me gusta.

—¿Y eso, por qué?

—Siempre está removiendo temas escabrosos.

—Sus reportajes tienen el mérito de poner el dedo en la llaga. Hemos hablado por teléfono varias veces, me inspira confianza.

—¿Qué esperas de ella?

Alexia suspiró.

Se había jurado a sí misma que rehabilitaría la memoria de su padre costara lo que costara. Para ello tenía que denunciar a Charlie públicamente. Ese sería el mejor modo de pararle los pies e impedir que siguiera haciendo daño. También esperaba que a Mary Davitt le interesaran los mensajes que sus amigos de Irlanda del Norte seguían queriendo transmitir.

—Ya sabes lo que pensamos, Thomas y yo. Veo que pasar por Mountjoy no te ha bastado.

—Tengo sangre irlandesa en las venas, por si lo habías olvidado.

Irène movió la cabeza de derecha a izquierda.

—¿Dónde has quedado con Mary Davitt?

—En las montañas de Dublín.

—Para que nadie os vea, como dos espías.

—No, a la vista de todo el mundo, en Johnnie

Fox.

La gratitud casi filial que sentía por los Picard no impedía que Alexia conservara su independencia de criterio. Había heredado una consciencia exacerbada ante la injusticia y la impostura. Observó a Irène con el rabillo del ojo y vio sus facciones cansadas. ¿Qué tenía ella en común con esa elegante mujer en la cincuentena? Se había hecho esa pregunta desde la primera vez que se vieron, en el locutorio de la cárcel de Mountjoy. Thomas Picard había ido a verla como representante del estado francés: iba acompañado de su esposa. Aquel día, la mirada de Irène Picard, llena de comprensión y de fuerza la había salvado.

La mujer del oficial de enlace había utilizado las palabras justas, el tono de su voz, relajado y vigoroso a la vez, aún resonaba en sus oídos: «No cuentes los días, vive cada instante como un paréntesis en tu vida, no tienes nada que reprocharte, no repases el pasado, piensa en lo que harás mañana...». Irène había ido a verla todas las semanas hasta que salió de Mountjoy. En la cárcel, Alexia había coqueteado un poco con las drogas. Por debilidad y por desesperación. Fue nuevamente Irène quien la sacó de esa trampa. En el fondo, bajo su apariencia burguesa, la mujer del oficial de enlace ocultaba una personalidad perspicaz, tremendamente capaz de comprender batallas que no eran las suyas. Alexia tuvo ganas de hablarle de la visita de John a Doolin, pero su compañera parecía tan absorta en su trabajo que consideró oportuno posponer sus confidencias. *En otro momento.*

—Tengo que aclarar un detalle —declaró Irène—, subo al tercer piso dentro de unos

minutos.

La joven iba a aprovechar esos instantes para sumirse en sus pensamientos y sus recuerdos.

Al lado de su madre, había conocido una adolescencia dorada y solitaria: piso en Auteuil, niñera en casa, dinero para caprichos y discotecas privadas. En París, frecuentaba los restaurantes y los clubs de moda. Durante sus prolongadas estancias en Clare, era todo lo contrario: ningún lujo pero mucha ternura, largos paseos por la landa y noches en el pub escuchando canciones interminables, rodeada de gentes sencillas. Clare, vaticinaba su abuelo, la alejaría de la trampa de las apariencias. Paseando al lado de Tom Cronin Alexia había aprendido la historia de su pueblo. Había elogiado el espíritu crítico, poniéndola en guardia contra los espejismos de la sociedad de consumo, y cargando contra la pasividad. Él también le había hablado de Patrick, añadiendo siempre a sus afirmaciones: «¡Era un buen hijo!».

Tom había muerto en su casa, y todo el pueblo había acudido a su entierro. Aquel mismo día, Alexia decidió instalarse en Irlanda definitivamente. Había vuelto a París el tiempo justo para hacer algunas gestiones. Dos semanas después volvió a Dublín para quedarse.

El timbre del teléfono la sobresaltó. ¿Y si, una vez más, no había nadie al otro lado de la línea? ¿Quién se divertía asustándola? Se acercó el auricular al oído.

—¿Diga?

Silencio...

—¿Paul? —dijo ella.

Alguien respiraba, suspiros amplios y profundos. Sin respuesta. Colgó con un golpe seco.

Unas horas después, recorría nerviosa las curvas de la carretera militar. El verde del Mini armonizaba con el color dominante, un tono esmeralda salpicado de puntos azulados. Esta vía

de acceso, trazada por los ingleses tras la revuelta de 1798, dibujaba una especie de cicatriz en el paisaje. Alexia se desvió, echó una ojeada a la bahía de Dublín abierta al mundo.

Un panel publicitario indicaba «Johnnie Fox, el pub más alto de Irlanda». La decoración del bar-restaurant era un batiburrillo de objetos insólitos: relojes antiguos, un viejo surtidor de gasolina, ropa de abuela, bibelots. Los dublineses iban a Johnnie a tomar el aire. Autobuses de turistas descargaban a su clientela todas las noches. Oían música en directo mientras comían *irish stew* o un guiso de salmón con patatas.

Alexia Costa se abrió paso entre los hombres que brindaban en el bar. En la enorme sala, norteamericanos en busca de sus raíces irlandesas animaban a un grupo de músicos dando palmadas.

Mary Davitt estaba en una mesa apartada, con una taza de café delante.

—¿Alexia? —preguntó levantando la vista.

Las dos mujeres se dieron la mano.

—¿Quiere tomar algo?

—Un café, gracias.

Mary llamó a una camarera.

—Creía que aquí estaríamos más tranquilas para hablar, no sabía que había actuaciones todas las noches —se excusó la periodista.

—Le agradezco que me dedique un poco de su tiempo.

Periodista de investigación, Mary trataba temas candentes que iban del escándalo de los sacerdotes pedófilos al estallido de la burbuja inmobiliaria. Llevaba vaqueros, una chaqueta deportiva y un collar de plata alrededor del cuello. Los cabellos castaños sueltos con naturalidad sobre los hombros. Los ojos, de un gris azulado, sin maquillar.

—¿Qué espera de mí exactamente? —preguntó.

—Creí que había sido bastante clara por teléfono. Desearía que todo el mundo sepa que Patrick Cronin jamás traicionó a los suyos y que

fue víctima de un complot. Los británicos le utilizaron para manipular al IRA. Era inocente.

Habían entrado en el meollo del asunto.

—¿Cree realmente que a la gente todavía le interesan esas viejas historias?

—Si hace público al mismo tiempo que el asesino de Patrick se convirtió en un criminal temible, traficante, jefe de una banda, y que gobierna Dublín, no lo dudo en absoluto.

—¿De dónde saca estas informaciones?

Alexis hizo un gesto vago con la mano.

—Quizás su padre no era el ángel que usted había imaginado. Sabe tan bien como yo de qué nivel de violencia eran capaces los paramilitares. Que yo sepa sus jefes no le enviaron a Inglaterra para montar un grupo de rock and roll. Es sospechoso de haber participado en numerosos atentados.

Por lo visto, Mary se había empollado los expedientes antes de venir.

—Su culpabilidad nunca quedó probada — replicó Alexia.

—Su inocencia tampoco.

—Yo le hablo de un asunto concreto. Sé el nombre del que ordenó disparar a Patrick Cronin en 1984. Hoy en día, ese hombre es el cabecilla de una red de mucha envergadura.

—Eso no lo convierte en primicia.

—Quizá cambie de opinión si le digo que está implicado en trapicheos político-financieros: soborno, fraude, corrupción y tráfico de influencias. A seis meses de las presidenciales, este tipo de información interesaría a más de uno.

—No tengo ganas de acabar con un par de balas en la cabeza.

Se midieron mutuamente durante unos segundos antes de seguir.

—Hablemos francamente —dijo la periodista—. Usted ha estado en la cárcel, ¿verdad?

Alexia no esperaba que le dieran una puñalada por la espalda. Mary Davitt no había

venido con las manos vacías, se había informado. Hasta el punto de poner el dedo en la llaga inmediatamente.

—Un año en Mountjoy, es verdad.

—¿Por qué motivo?

—Oficialmente, contrabando de éxtasis.

—¿Y... oficiosamente?

—Me había infiltrado en una red para llegar hasta el jefe.

Su interlocutora entornó los ojos, como si ajustara un instrumento óptico para desnudarla mejor.

—El hombre que hizo desaparecer a su padre, supongo.

Esa mujer, decididamente, lo captaba todo a la primera.

—Eso es.

—Si me dijera su nombre, sería más fácil.

—Brian Kerrigan, pero todo el mundo le conoce por un seudónimo: Charlie.

—Un año de cárcel, solamente. Salió muy bien parada. Un lince, su abogado.

—Mi familia y mis amigos me ayudaron. Alexia aguantó la mirada de Mary Davitt.

—Yo era joven, ingenua e inexperta. Hoy en día, si lo volviera a hacer, actuaría de otro modo.

—¿Poniéndose en contacto con una periodista del *Independent*, por ejemplo?

Alexia esbozó una sonrisa.

—Por ejemplo.

—Dicho de otro modo, cuenta conmigo para acabar el trabajo.

—Leo sus artículos, sé de lo que es capaz.

—Su confianza me honra, ¿pero quién le dijo que me interesaría su propuesta?

—No la he escogido por casualidad.

La periodista se inclinó hacia ella, con gesto serio.

—Escuche, yo no tengo tiempo que perder. Usted tampoco, imagino. Quiero saberlo todo sobre usted, su familia, su trayectoria, sus

investigaciones y desde luego sus fuentes. Todo, ¿comprende? Lo analizaré y luego le comunicaré mi respuesta.

Alexia Costa reflexionó. ¿Correr el riesgo de confesarlo todo a cambio de nada? ¿Valía la pena el trato?

—Entonces, ¿qué decide?

—De acuerdo en todo, excepto las fuentes.

—Lo toma o lo deja, no tengo la costumbre de hacer las cosas a medias.

Ella dudó un instante más. Para guardar las apariencias.

—¿Cuándo empezamos?

—Ahora.

La periodista del *Independent* metió la mano en su bolso; puso un dictáfono sobre la mesa.

—Con una entrevista no bastará —la previno Alexia.

Mary apretó el botón de la grabadora.

—Perfecto. Invertiremos el tiempo que haga falta.

Nuestro grupo prosiguió con la parte francesa de la investigación. No podíamos volver a interrogar a Lisa Shoenberg, aislada a partir de entonces en una institución psiquiátrica. Protegida en suma. Finalmente, nosotros habíamos admitido que las postales que ella había recibido no nos llevarían a ninguna parte, aquello no era más que un artificio utilizado por el asesino para aderezar sus actos. Kader las había colocado sobre la mesa por orden cronológico.

—Es curioso, parece un cómic.

Pichot confiaba mucho en los policías de Carhaix, presentía que la pista bretona no había desvelado todos sus secretos.

Me había negado las vacaciones que le pedí. Temía que no volviera a Irlanda «como turista». Ughetti había visto al juez Manzano dos veces en veinticuatro horas, había una segunda CRI en perspectiva. Yo me moría de ganas de volver a Dublín.

Jacques Guillard telefoneó a la Crim' por tercera vez para hablar conmigo.

—Lo siento mucho, Jacques, estaba de viaje —me disculpé—. Mis compañeros me dijeron que había intentado ponerse en contacto conmigo. No he tenido tiempo de devolverle la llamada.

Le noté muy alterado al otro lado del teléfono.

—He reflexionado mucho después de tu última visita, es absolutamente necesario que hablemos.

—¿De qué se trata?

—De las postales, y de tu investigación.

Eso ya no era prioritario para nosotros, pero él insistió.

—Mis comentarios quizá te parecerán fantasiosos; aun así me gustaría exponértelos.

De manera que volví a Gournay-sur-Marne. Jacques me esperaba en la escalera de entrada. Impaciente por transmitirme el fruto de su reflexión. Inmediatamente me hizo pasar y sentarme. Había fotocopias de las postales extendidas sobre la mesa.

—Yo creo que el asesino utiliza imágenes del *Libro de Kells* como medio de comunicación. Tú mismo dijiste, la última vez, que la mujer a quien iban destinadas, era culta.

—Antes de ponerse enferma era conferenciante. Estudió en l'École du Louvre.

—¿En qué periodo se especializó?

—La Edad Media.

Jacques Guillard se hundió en la silla.

—Es lo que pensé.

La descodificación le apasionaba, le exigía lo que siempre había preferido: la búsqueda, la estimulación de la mente, la investigación, como diría un policía.

—No le sigo, Jacques.

—Es una cuestión de observación y de sentido común. Vayamos con la primera postal. Un ángel mostrando un fragmento del Evangelio según San Marcos. El libro juega un papel central. Es a la vez vehículo, talismán y símbolo. En cuanto al ángel, es un mensajero.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Olvidemos el mensaje de fondo, seamos pragmáticos. Un hombre y un libro, ¿en qué te hace pensar?

En ese instante, surgió la evidencia ante mí.

—En un librero.

—El asesino se pone en escena a sí mismo en esta primera postal.

El anciano acababa de señalar un elemento que yo había apartado de mi mente, en nombre de ese maldito pensamiento lógico y racional que desconfía de los símbolos.

—La segunda está sacada del Evangelio según san Juan. «En el principio era el verbo». Avisa a la destinataria de que tiene intención de comunicarse con ella por medio de las postales.

Lograr que un octogenario más familiarizado con la paleografía que con la criminología, explicara la lógica de un asesino, le daba cierta originalidad a la situación.

En la tercera postal, un personaje coronado, en la cima de una montaña, trataba con un personaje oscuro y descoyuntado.

—La tentación de Cristo —me explicó él—. La escena hace alusión a la estancia en el desierto rodeado de animales salvajes, y a la confrontación con el diablo.

—¿Qué puede querer expresar?

—Diría que él ha emprendido un cuerpo a cuerpo con el diablo.

Sonreí a mi pesar.

—¿Y la cuarta?

—*Hora tertia*, la tercera hora. La más intrigante, con diferencia. Literalmente no evoca nada en particular, lo que la hace interesante es su sentido figurado.

—¿Es que tiene un sentido figurado?

—Evidentemente. La primera hora empieza con el alba, es decir alrededor de las seis, según la estación. En consecuencia, la tercera hora corresponde a las nueve. Eso en cuanto al tiempo físico. Pero el evangelista lo utiliza con una acepción doble, cronológica y simbólica.

Ese caudal de explicaciones encajaba perfectamente con el espíritu retorcido del emisor.

—Desde ese punto de vista, la tercera hora significa un paso, una transición. Es el final de algo, un epílogo. El número *tres* no aparece por

casualidad, lo ternario simboliza la organización, la actividad, la creación. Todas las civilizaciones lo han utilizado, desde los egipcios a los hindúes, pasando por los chinos. Los celtas tenían un vínculo especial, algunas de sus divinidades formaban una tríada. Seguramente has oído hablar de Triskel, esa imagen celta con tres volutas.

—¿Qué relación tiene con Morlaix?

—Creo que informa a su destinataria de que se siente acorralado.

Yo no pude evitar relacionarlo con las palabras de Lisa, durante nuestra conversación. Esa tercera hora sonaba como una amenaza en mis oídos.

Saqué la última postal de mi bolsillo.

—La destinataria recibió esta última postal durante mi ausencia.

—Veámosla —dijo él y cogió la lupa. Inmediatamente, comentó—: Un grupo de hombres se enfrentan al mar en una cáscara de nuez. El viaje de Brendan, uno de los grandes mitos de la

humanidad. Brendan se sentía investido con una misión especial: la reevangelización del mundo. El *Imram*, el viaje iniciático, era un tránsito obligado para todos esos fanáticos de Dios. El irlandés no dudó en hacerse a la mar a bordo de una frágil embarcación de pescadores, probablemente un *currach*.³⁷ Se dice que podría haber descubierto América mucho antes que Cristóbal Colon.

Decididamente un experto, el viejo.

—¿Y la relación con nuestro asesino?

Jacques Guillard se puso las gafas encima de la cabeza, se acomodó en la silla y me miró con media sonrisa.

—Si llevara mi razonamiento hasta el final, diría que tiene intención de hacerse a la mar.

—Quiere decir que pretende huir.

—Exactamente.

—¿Pero, por qué cuatro postales? Solo tenemos tres cadáveres. ¿Qué puede significar eso? ¿Y esta quinta de ahora?

No tardaríamos en saberlo, y la respuesta, como de costumbre, vendría de Irlanda.

Thomas Picard estaba solo en el apartamento de Leopardstown. Irène se marchaba temprano para evitar los atascos de la mañana. Él había encendido maquinalmente el televisor de la habitación. La noticia se transmitía repetidamente. «Macabro descubrimiento de los obreros de la empresa Robinson en Blarney, a las afueras de Cork», comentaba la periodista desplazada al lugar de los hechos. De pie a los pies de la cama y con los dos ojos dirigidos hacia la pantalla, una

leve náusea le agarrotó la garganta. «Cuando despejaban una parcela de terreno con una excavadora, los trabajadores sacaron a la superficie el cuerpo de una mujer joven...».

Representantes de la policía técnica y científica deambulaban con sus monos blancos, al fondo de la pantalla. Trabajaban despacio, levantando los pies para no hundirse en el barro. La organización de sus investigaciones parecía bien encaminada: precinto de las muestras, focos especiales, fotografías...

«Alrededor de las cinco de la tarde de ayer, cuando el equipo finalizaba la jornada, un conductor de grúa llamó al jefe de obra, acababa de tropezar con una forma sospechosa. Enseguida comprendieron que se trataba de un cuerpo humano. Descompuesto en gran parte. La policía se ha negado a contestar a nuestras preguntas. Es inevitable relacionar esta muerte con las precedentes, y la inquietud de la población, aquí en Blarney, no deja de aumentar».

Impaciente por conocer la identidad de la joven, Picard trató de localizar a Lynch en su móvil. *¡Mierda de contestador!* Habría que esperar al examen del forense para saber cuándo y cómo había muerto la víctima. Para él, estaba todo claro, acababan de descubrir el cuarto cadáver. Era un poco pronto para llamar a la brigada criminal, aunque con la diferencia horaria, sus hombres ya debían estar avisados. Trató de comunicarse con Pichot pero topó una vez más con la voz anónima de un contestador. ¿Por qué se ponía tan frenético? Había visto mucho en su trayectoria policial. Fue hasta la ventana. Las montañas de Dublín respiraban lentamente, como si nada tuviera verdadera importancia. ¿Contra quién iba el asesino? ¿Por qué ese encarnizamiento? Se estremeció al oír vibrar su teléfono sobre la mesilla de noche, y descolgó bruscamente.

—Thomas, soy Alex. Ya sé que es temprano. Me gustaría verte hoy o mañana, ¿puede ser?

El oficial de enlace tenía la cabeza en otro sitio.

—¿Estás enterada? —preguntó.

—¿De qué?

—Han exhumado otro cadáver.

Silencio en el auricular.

—¿Alex?

—Sí.

—Creía que se había cortado.

Ella inspiró un segundo.

—¿Un cadáver, dices?

—En una obra, cerca de Cork. Enterrado en la turba, como los otros.

Nuevo silencio al otro lado de la línea.

—Intento hablar con la Crim' —continuó Picard—, pero no contestan.

—Thomas, tengo que decirte una cosa.

—Esta historia del cadáver armará un alboroto terrible. Yo dejaré de estar disponible una temporada.

—Es desagradable.

—¿De qué se trata?

Cómo decirle en dos palabras que Charlie la amenazaba, que John la seguía y que, por mil motivos, ella había decidido dar la campanada contactando con una periodista. Este asunto del asesino francés empezaba a ponerla nerviosa, Irlanda entera solo pensaba en eso.

—Es demasiado largo para explicarlo por teléfono.

—Si pudieras esperar unos días, me organizaría.

—Ok, nos llamamos.

—¿Alex? —añadió Picard antes de colgar.

—Sí.

—Si hablas con Damien por teléfono, dile que me llame urgentemente.

—Sin falta.

Picard volvió a plantarse frente al televisor, atraído a su pesar por la repetición de esas imágenes macabras. Furgonetas de la policía técnica y científica, vehículos de la policía, el

coche del médico forense, con todas las luces encendidas, se alineaban detrás del cordón de seguridad. Los focos giratorios emitían sus flashes azulados. Una lluvia fina formaba una cortina de perlas bajo los faros. Reconoció la silueta de Lynch, ligeramente encorvado, perfilada en segundo plano. La periodista anunció la inminente llegada del alcalde de Cork. ¿Dios, de dónde le venía esa sensación de que las cosas se complicaban gravemente?

En la oficina, nadie hablaba de otra cosa. El embajador llamó, y también el ASI³⁸ desde Londres. A todos, Picard les respondía que había que esperar las conclusiones del forense antes de precipitarse.

Le mandó un correo electrónico a Pichot: «Cadáver descubierto cerca de Cork. Lynch está en ello. Asunto a seguir. Telefonaré cuando tenga detalles».

A última hora de la mañana, Curtis le mandó un SMS. Él también estaba en el lugar de los

hechos. La autopsia estaba en marcha. Esperaban los primeros resultados a primera hora de la tarde. Picard informó inmediatamente a la Crim' con un segundo mensaje.

Eran las nueve cuando Lynch le llamó al móvil.

—¿Thomas? ¿Le molesto?

—La verdad es que esperaba su llamada, Bob. Diga, le escucho.

—Se trata de una joven blanca... medía un metro setenta y cinco. Corpulencia mediana. Edad... entre veinte y veinticinco, por el aspecto de las muelas del juicio. El fallecimiento habría ocurrido hace cinco meses, es decir el pasado octubre.

La voz del policía irlandés expresaba una profunda lasitud. Debía traducir los datos a partir de anotaciones hechas con prisas, porque su fraseo era vacilante, plano y monocorde.

Picard hizo un rápido cálculo mental.

—Lo cual nos da un asesinato al mes, durante los cuatro últimos meses del año anterior —dijo.

—Correcto. Añado que tenía el hueso hioides roto... la víctima murió estrangulada.

—¿Eso es todo?

—Los exámenes indican que estaba drogada.

Lynch debía haber apartado sus notas, porque de repente sus palabras se volvieron fluidas.

—La víctima llevaba la documentación encima, y una tarjeta de crédito. Se llamaba Aoife Mackintosh, era sobrina de un conocido promotor de Limerick. Nos hemos puesto en contacto con la familia, con la que no tenía relación desde hace más de un año, de manera que nadie se preocupó por su desaparición. Según el forense se drogaba a menudo.

—¿Aoife es un nombre celta, por casualidad?

—Sí.

—Uno más.

—Un asesino místico —suspiró Lynch—. A nuestros amigos periodistas les encantará.

—Es una rúbrica, ¿no le parece?

—Escuche, le han encontrado restos de piel bajo las uñas, no hay duda de que ella machacó la cara o los brazos del tipo que le hizo eso. El laboratorio utiliza nuevas técnicas que permiten reducir el tiempo del análisis, tendremos los resultados de las pruebas de ADN a partir de mañana.

—¿Usted qué opina, Bob?

—Es un asunto feo, Thomas. ¡Muy feo! El tío de la chica, además de ser un promotor conocido, se dedica a la política. Dicen que apoyará al Fianna Fail en las próximas elecciones. No hace falta que se lo diga, Irlanda entera nos observa. Tendremos que trabajar día y noche para resolver este caso lo más rápido posible.

—Si puedo ayudar en algo, no dude en contar conmigo.

—Telefonee a la Crim', dígales que estudiaré la situación con ellos en cuanto pueda. Esto es todo por hoy, Thomas.

Hasta ese momento, el ministerio del Interior y Quai d'Orsay habían conseguido contener a los periodistas: estaba en juego la serenidad de la investigación y las buenas relaciones entre Irlanda y Francia. El cadáver de Aoife Mackintosh se convirtió en un factor detonante. Se produjo una invasión mediática en ambos campos. Las paredes del Quai des Orfèvres retumbaron con la cólera de Saulieu y la del director, más espectacular aún. Los irlandeses también recibieron críticas, ellos

porque no avanzaban en sus investigaciones. Se rozó el incidente diplomático. Dos conferencias de prensa tuvieron lugar, una en París, la otra en Dublín.

Bérangère conocía suficientemente el 36 para hacerse una idea del nivel de presión en caso de crisis. Me telefoneó al despacho para obtener confirmación sobre el ambiente; yo le dibujé un cuadro completo de la situación. A sus preguntas sobre Irlanda, respondí con evasivas.

—¿Vas a casa de Arnaud esta noche? — preguntó antes de colgar.

—Sí, llegaré hacia las ocho.

—Vale, nos vemos allí.

Las cenas en casa de Arnaud eran sagradas. Tenían lugar una o dos veces al mes. Nuestro anfitrión encargaba platos preparados, yo llevaba botellas de vino, Bérangère se ocupaba de los postres, y Evelyne, la auxiliar de edición, aparecía con bolsas de fruta que depositaba en una gran fuente de cristal. Nuestro pequeño grupo había

aumentado a lo largo del tiempo. Cada uno podía traer un invitado sorpresa, había veces que el salón del psiquiatra estaba a reventar. Dejábamos nuestras preocupaciones en la puerta, y arreglábamos el mundo mientras comíamos y escuchábamos temas de jazz.

Yo charlaba con Arnaud en la cocina cuando Evelyne anunció su llegada con un par de timbrazos. Bérangère se presentó algo más tarde. Colgó el impermeable en el perchero con nerviosismo, y yo detecté enseguida la contrariedad en su gesto.

Esa noche, ningún invitado sorpresa.

—Me muero de hambre —manifestó Evelyne, mientras se servía una copa de vino blanco.

—Pollo *tandoori* con *chutney* de calabaza, acompañado de arroz aromatizado con lentejas coral —anunció nuestro anfitrión.

La situación en el mundo se prestaba a comentarios de todo tipo, la cena fue un intercambio de opiniones, muestras de apoyo. Yo

no entendía qué no encajaba en la actitud de Bérangère. Cuando aparecieron los quesos, la auxiliar de edición se volvió hacia mí.

—¿Y si nos hablaras un poco de tu viaje? ¿Qué tal en Dublín?

—Paredes grises, temperatura fría para la época, lluvia todos los días. Aparte de eso no recuerdo gran cosa.

—Muy poco, en mi opinión.

Noté que Bérangère me miraba fijamente. Parecía enfadada, a punto de atacar.

—¿Qué habéis averiguado sobre el apetito de ese ogro que devora a las mujeres?

Mientras contestaba, yo oía de fondo la letra de «Love me or leave me». Un código «sin palabras» se estableció simultáneamente entre Bérangère y yo. En la sala donde cenábamos, las frases de Billie Holiday respondían como un eco a nuestra situación, como una banda sonora.

Tell me now, I've got to know

*whether you want me to stay or to go.*³⁹

Bérangère no abrió la boca en ningún momento.

—Yo no entiendo que el asesino siga libre — continuó la ayudante de edición—. ¿Cómo se explica ese frenesí, esa brutalidad?

Nuestro amigo psiquiatra expuso sus consideraciones de especialista.

—La pulsión violenta se deriva del instinto de conservación, del mismo modo que el instinto de reproducción se traduce en pulsión erótica. Cuando no se canaliza, genera criminales radicales. La barbarie está en nosotros, es nuestra faceta misteriosa. La historia está llena de ejemplos, desde las fiestas sangrientas en las plazas a los campos de exterminio. Y que nadie diga que todo eso ha pasado definitivamente, la actualidad está ahí para demostrarnos lo contrario.

—¿Por qué estrangula a sus víctimas?

—El estrangulamiento provoca un sentimiento de voluptuosidad, las pulsiones se fusionan durante el cuerpo a cuerpo.

—Cuando pienso que es un francés quien hace eso, los irlandeses deben odiarnos.

Bérangère me desafiaba en silencio.

Yo había esperado al postre para anunciar, con una sonrisa en los labios, que un juez había firmado una segunda comisión rotatoria internacional, y que mi marcha a Dublín era inminente.

—Parece que estás encantado —soltó Evelyne, mientras comía un pedazo de tarta de limón—. Vaya, vaya, veo que tienes intención de ser «Tintín en el país de los celtas» —dijo entre risas.

Bérangère estalló.

—¿No ves que hay otra cosa?

—¿Qué cosa?

Me fusiló con la mirada.

—No me harás tragar que lo único que te lleva a Dublín es la investigación, te conozco demasiado, Damien.

—He hecho algunos amigos allí, es verdad.

—Te burlas de mí —dijo, indignada.

Tiró la servilleta encima de la mesa, declaró que ya había oído demasiado por una noche, que prefería irse, que no valía la pena acompañarla, gracias, que iría en metro. Segundos después, la puerta del apartamento resonó.

Volví a casa a pie. Rue de Vaugirad, la Sorbonne, Maubert. Durante el recorrido, traté de llamar varias veces a Bérangère al móvil. En vano. Habíamos rechazado todas las facetas de «vivir juntos nos mata, separarnos es mortal». Ya no teníamos cuentas pendientes, y yo finalmente era libre. ¿Cómo había llegado a sus oídos la existencia de otra mujer? Arnaud se había adelantado a mi pregunta jurándome que él no era

el responsable. Mucho más tarde, cuando todo hubiera terminado, descubriría que sencillamente lo había adivinado por si sola. Las mujeres desarrollan un particular instinto en este tipo de situaciones.

Como no podía conciliar el sueño, me instalé delante del ordenador y navegué por internet buscando páginas que me acercaran a Alexia, esa mujer de ojos violeta que había cambiado el curso de mi vida. «Historia de Irlanda», «Los *troubles*», «La disidencia», «Sinn Fein», «Los grandes líderes políticos, de Wolfe Tone a Gerry Adams», el *Libro de Kells*, sus ilustraciones y la increíble maestría de los monjes irlandeses. Orienté mi investigación a *El viaje del Brendan*, y encontré el relato de Tim Severin, un explorador que había atravesado el Atlántico sobre una «bota» equipada con velas, demostrando de ese modo que el monje irlandés pudo efectivamente haber sido el primero en poner un pie en América.

Dominando ese universo histórico e imaginario, participando de la vida y del mito, la figura del asesino se perfilaba amenazante.

Alexia entró en su casa hacia medianoche. En cuanto se quitó la chaqueta, llamaron a la puerta. No podía ser la vecina, Iulia había ido a casa de su novio, en Tipperary.

—Soy yo, *babe* —dijo un hombre detrás de la puerta.

—¿John?

—Tenemos que hablar. Ábreme, es importante.

«Nunca me dejarán tranquila», suspiró ella.

—Lárgate, o grito para que se entere todo el edificio.

—Deja de hacer teatro, tengo que decirte una cosa importante.

—Ya me sé ese cuento.

—Es un asunto grave.

Ella entreabrió la puerta, sin retirar la cadena que la bloqueaba.

—¿Qué quieres?

—He venido como amigo.

—Te envía Charlie.

—No, no vengo en nombre de nadie.

Por una vez los ojos del gánster expresaban sinceridad.

—Márchate, no tenemos nada más que decirnos.

—Dame diez minutos, el tiempo de explicarme.

Quizá Iulia tenía razón cuando le dijo que fuera a contarlo a la policía. Sola no saldría adelante. «Una cosa después de otra —se dijo—.

Lo primero, solucionar este proyecto de artículo del *Independent*». Mary Davitt le había propuesto volver a verse enseguida para continuar la entrevista. Les quedaban muchos temas que tratar.

—Venga, déjame entrar. —John se impacientaba.

Alexia retiró la cadena.

—Quince minutos, ni uno más. Mañana me levanto temprano.

El hombre avanzó con sus piernas largas un tanto enjutas. Cuando andaba, parecía que tuviera el cuerpo desarticulado. Alexia dirigió la mirada, sin querer, hacia la mano a la que le faltaba una falange. Una vez, le había preguntado qué le había pasado. «Accidente de trabajo», había contestado él, lacónico. Alexia prefirió no invitarle a sentarse, por miedo a que se apoltronara. En la calle, las farolas difundían una luz amarilla sobre el balcón y la ventana vidriada. En el interior, la única fuente de claridad, un poco cruda, provenía de una lámpara halógena.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Una nueva amenaza? A menos que Charlie, en su inmensa misericordia, haya decidido concederme un poco más de tiempo. Si es así, mi respuesta sigue siendo la misma.

Él se echó a reír.

—La señorita Costa está de un humor guerrero esta noche.

—Espera, déjame adivinar, has venido a proponerme un nuevo pacto. Mi pobre John, siempre estarás metido en asuntos feos.

La mirada del hombre se paseó por las paredes blancas y el futón beige antes de volver al cuerpo esbelto de la chica. Ella siempre le había tratado como una mierda. No obstante, el implacable gánster, el traficante sin piedad, se sentía preso ante la figura delgada y morena de esa mujer de ojos violeta.

—¿Entonces, qué? Te escucho —dijo ella.

Para John, la delincuencia no era una opción, ni una fatalidad. Solo un último recurso. Nacido en

los tugurios de Crumlin, enseguida había comprendido que no había venido al mundo en el sitio adecuado, el de los hombres libres. La miseria era la mayor esclavitud que había conocido, y la mayor fuente de frustración, también.

—Lo que tengo que decirte es muy grave.

Él nunca había entendido qué le atraía de esta chica, si era su físico o el aura moral que emanaba. Se la consideraba intocable porque era la hija de Patrick Cronin, un tipo cuya memoria se respetaba, pero las cosas habían cambiado mucho en los últimos tiempos. Ya no existía el código de honor, solo contaba el resultado. Las estatuas habían sido derribadas, ya nadie estaba a salvo. Los correligionarios de John caían uno tras otro en cada ajuste de cuentas. Alexia ya no estaba más protegida que él mismo: todo eso era lo que había ido a explicarle. Pero visto que ella adoptaba ese tono, iría directo al grano.

—Han decidido matarte. —Y fue más allá, con una sonrisa que parecía una mueca—. La tregua ha terminado, señorita Costa.

Ella se puso tensa.

—¿Charlie?

Él dijo que sí con la cabeza.

Ella bajó los ojos, y su cara se puso más pálida.

John habría podido aprovechar este instante de debilidad para inmovilizarla en el suelo, como había soñado a menudo, pero saber que una amenaza planeaba sobre esa hermosa cabeza frenaba su libido.

—¿No me crees, quizás?

—Sí —murmuró ella.

Ella habría querido volver a empezar, pero nadie, nunca, reconstruye su vida. *Asúmelo, hija mía, y esfúmate*. Esfumarse, a veces soñaba con eso.

—Parece que te has comido el orgullo.

Alexia se preguntó por qué John traicionaba a su jefe. Estaba lejos de sospechar el nivel de disidencia que había en la organización de Charlie desde la llegada de un joven cachorro, tráfuga de un clan enemigo. El cabecilla, subyugado por el recién llegado, le escuchaba embelesado y le consultaba todas las cuestiones de estrategia, relegando a sus antiguos compañeros a segundo plano. John, lugarteniente fiel y leal, soportaba cada vez peor esta situación. Un grupo con un núcleo cohesionado, eso no existe, cada uno trata de barrer para casa. John pensaba que no se le podía culpar de traición. Charlie sería el principal responsable del enorme fiasco que él veía venir.

—Te siguen. Tus contactos con los periodistas no han pasado desapercibidos.

—Soy libre de ver a quien quiera.

—¿Creías de verdad que te dejarían actuar libremente?

Alexia sintió la ira surgir en su interior.

—Iros todos a la mierda.

Él metió las manos en los bolsillos de la cazadora.

—Ni siquiera tus amigos de Irlanda del Norte pueden hacer nada por ti. Escucha mi consejo, y olvídate. Vuelve a Francia en el primer avión, sin billete de vuelta, y tu vida estará a salvo.

—¿Si no?

—Tu cuerpo de gacela acabará sepultado bajo la turba.

—*Fuck!* —siseó ella entre dientes.

—Considérate afortunada de poder elegir, es bastante raro en los tiempos que corren.

Fue hacia la puerta.

—Ahora, ya sabes a qué atenerte. No tardes demasiado en decidirte. —Se dio la vuelta, la miró una última vez—: Buenas noches, preciosa.

Ella oyó sus pasos desvanecerse en el vestíbulo, las puertas del ascensor abrirse y cerrarse otra vez, luego nada. Se quedó plantada en medio de la sala. Charlie era un monstruo, un paranoico sin piedad y dotado de una sangre fría

imperturbable. Sin embargo, una vocecita le decía que no se doblegara, que no sucumbiera al pánico, que todo acabaría arreglándose.

¿Cómo habría podido dudar Alexia de que John, en lo más recóndito de su corazón, había decidido poner punto final a la masacre? Se había prometido a sí mismo que ni Charlie ni nadie le tocaría un pelo a esa chica. Él sería su ángel de la guardia, aunque ella no quisiera. Estaba amenazada y protegida a la vez. Sin saberlo.

Ese jueves por la mañana, Pichot discutía con el comisario dos despachos más allá. Nosotros les esperábamos para nuestra *pequeña misa* diaria. Girodeau había añadido una chincheta roja al mapa de Irlanda, junto a la ciudad de Cork. Arrostéguy escribía sobre la cartulina. Con las manos en los bolsillos, yo estaba de pie frente a la ventana, mirando las primeras golondrinas del día remontando el río. Kader charlaba con un compañero, cerca de la máquina de café; sus voces

graves resonaban en el pasillo. En cuanto había llegado, Loyrette se había lanzado sobre un ordenador sin saludarnos. Llevaba diez minutos golpeando el teclado como un poseso, cuando de repente se oyó su voz:

—¡Lo encontré! —gritó—. «Aoife», nombre gaélico que significa belleza. Se pronuncia «Iffa». Nombre de una princesa guerrera. Deirdre, Brigid, Aine, Aoife, solo nombres vinculados con la mitología. Esto no puede ser una coincidencia, las víctimas no son seleccionadas al azar. Todas las fallecidas llevaban nombres de figuras legendarias. Bien. ¿Pero si esa costumbre es frecuente en Irlanda, deberíamos establecer un vínculo determinado con nuestro caso?

Morlaix tenía muchas caras, y utilizaba el arte de la usurpación y de la impostura a ultranza. Podía ser el librero erudito que había hechizado a una pequeña conferenciante, el jardinero disciplinado capaz de seducir a Jennifer Gouviaux, o un peligroso predador que embrujaba a las

jóvenes. El único vínculo objetivo entre el antiguo y el nuevo Yann Morlaix, era Lisa. El informe del psiquiatra nos había llegado la víspera. El médico había diagnosticado una psicosis. Consistía en una «racionalización mórbida de temas místico-religiosos», el médico mencionaba una «técnica interpretativa» en la paciente. Es decir, Lisa interpretaba los hechos más corrientes de la vida cotidiana de modo fantasmagórico. Oía voces y creía que seres superiores le mandaban mensajes a través de la televisión. El informe mencionaba también una anhedonia o incapacidad de la paciente de sentir emociones positivas, síntoma observado con frecuencia en personas depresivas y en esquizofrénicas. Esa valoración no nos ayudaba demasiado, todo lo que estaba escrito, nosotros ya lo sabíamos.

La interpretación de las postales era motivo de controversia: allí donde Pichot y Arrostéguy veían una mistificación, Loyrette y yo detectábamos un juego con determinadas reglas,

Kader y Girodeau optaban más por la versión del delirio. Yo recordé a mis colegas que Morlaix se había jactado de realizar obras de arte.

—Megalómano, además —incidió Pichot.

—Ningún hombre que sufra un delirio patológico habría aguantado tanto tiempo. En mi opinión está perfectamente lúcido, consciente y decidido.

Aquella mañana, los agentes de Carhaix, respaldados por la comisión rogatoria, se ocuparon a conciencia de Michel Le Bihan. Nosotros no esperábamos noticias hasta última hora, convencidos de que él saldría de este interrogatorio como del anterior. Derrotismo erróneo. El teléfono sonó hacia mediodía. Barthes tenía la voz clara y firme del funcionario que había realizado con éxito una misión de enorme importancia.

—El profesor de filosofía ha cantado. Le hemos grabado, lo tenemos todo.

Para Michel Le Bihan, el cadáver de Aoife Mackintosh había sido la gota que colmó el vaso. La noticia había provocado una grieta en su personaje, los policías habían conseguido desarmarle y hacerle hablar.

Después de su «huida» por las minas de Montmartre, Morlaix había aterrizado en su casa, una bonita mañana, sin que nadie se enterara. Le Bihan le había escondido en una granja, a las afueras de Saint-Cadou. En tanto que anarquista revolucionario, él apoyaba la disidencia irlandesa y mantenía relaciones regulares con una organización norirlandesa. Había ido varias veces a Belfast y a Derry. Fue él quien organizó la huida de Morlaix a Irlanda. Este último había abandonado Francia en un barco que salió de Roscoff en dirección a Cork. Michel Le Bihan le había proporcionado la dirección de una mujer, en las afueras de Dublín, una tal Susie O'Brien que

acogía a desarraigados y marginados. De acuerdo con su petición expresa, Morlaix no había vuelto a dar señales de vida. El profesor de filosofía no supo nada hasta el reciente escándalo mediático. En el momento en que había oído hablar de los crímenes en Irlanda, lo había entendido. Desde entonces no dormía. En cierto sentido, sus confesiones le liberaron de un peso enorme.

El delito que le atribuían implicaba «encubrimiento criminal» tipificado en el artículo 434-6 del Código Penal. Todos los elementos materiales y morales lo confirmaban: provisión de refugio, apoyo económico, ayuda para sustraer al criminal de la justicia con total conocimiento de causa. No había circunstancia agravante, ya que el profesor de filosofía no había cometido ninguna infracción anteriormente. Aun así los cargos eran graves. En cuanto fue informado, el juez de primera instancia puso a Le Bihan bajo vigilancia judicial. El proceso seguiría su curso.

Pichot se apresuró a telefonar a nuestros homólogos irlandeses que recibieron la noticia como un buen presagio: neutralizar al asesino en serie, según ellos, ya solo era cuestión de horas o días. Susie O'Brien estaba fichada como antigua activista del IRA. Se ocuparían de ella sobre el terreno.

—Empezamos a verlo más claro —se felicitó Lynch.

Nuestro grupo aceptó hacer guardia del jueves al viernes. Debíamos turnarnos para poder contestar inmediatamente una llamada del estado mayor.

Fue una noche tranquila. Pero yo no podía dormir. Observaba los destellos que dibujaban los faros de los coches en mi techo. Me levanté para ver si Alexia me había enviado mensajes nuevos. Decepcionado, volví a acostarme y repasé mentalmente los elementos de la investigación. Algo no cuadraba. Me vino a la cabeza una

pregunta más personal: ¿qué me atraía realmente de Alexia Costa o de Yann Morlaix en el otro lado de la Mancha y del mar de Irlanda?

Igual que un juego de dominó puede derrumbarse totalmente con un pequeño empujoncito, la declaración de Michel Le Bihan había desatado lo que todos nosotros esperábamos. Tras su confesión y su imputación, las cosas encajaban y se articulaban, implacables. Con la compuerta abierta, las aguas turbulentas se esparcían sin freno.

En Doolin, las cosas empezaban a moverse imperceptiblemente. Si algo tenía que pasar, el vecino de Alexia sería el primero en avisar a la Garda. El octogenario burlón, Joseph O'Sullivan, había sido el mejor amigo de Tom Cronin, el abuelo de Alexia Costa. Juntos, habían destilado *poteen* clandestinamente, con un pequeño alambique casero. La mayoría de la gente le llamaba Jo, pero sus viejos amigos preferían su nombre gaélico: Séosamh. Era un personaje en

Doolin. No salía de su habitación desde un accidente cardiovascular que le había inutilizado las piernas, lo cual le obligaba a desplazarse con una silla de ruedas eléctrica. Ver la televisión y vigilar los alrededores con la ayuda de unos prismáticos eran sus pasatiempos favoritos.

Desde la muerte de su esposa, su hija Roisin se ocupaba de la finca con su marido. El gobierno había animado a los agricultores a modernizar su modo de vida. La vieja casa servía de establo. Una construcción en L, más moderna, acogía desde entonces a la familia. ¡Adiós al trastero al aire libre, a la caseta del perro en el patio y a las boñigas de vaca! Para doblar sus ingresos, Roisin había transformado un ala del edificio nuevo en habitaciones para huéspedes. Mitad granja, mitad B&B. Un buen negocio que funcionaba al completo durante los meses de verano. Desde el piso se veía el inmenso océano y la bahía de Galway. Pocas casas podían presumir de un enclave así. Ni

quiera Alexia, desde la ventana de su habitación, tenía tan buena vista.

Aquel día, Jo estaba solo en casa. Roisin y su marido habían ido al pueblo a tomar una cerveza con unos amigos, en un pub donde una chica solía bailar al son de una *hornpipe*.⁴⁰ Jo pulsó el mando a distancia para apagar el televisor. Estaba harto de esas historias de asesinatos. Acercó su silla hasta el mirador con un gemido, y cogió los prismáticos de una repisa junto a la ventana. Vigilar los alrededores seguía siendo su distracción principal.

Desde hacía unos días, una camioneta blanca daba vueltas por la zona, y eso no le daba buena espina. ¡Menos mal que estaba él para ser vigilar! Enfocó la casa de los Cronin. Todo estaba tranquilo, Alexia no había llegado todavía. No llegaba antes del viernes a medianoche. A la gente le extrañaba que la hija de Patrick y de la periodista francesa se instalara en su país. O'Sullivan la defendía. Alexia se sentía muy unida

las tierras de su padre, ¿qué tenía eso de antinatural? No todo el mundo en el pueblo estuvo de acuerdo con Patrick Cronin cuando se unió al IRA treinta años antes. Aquello intranquilizó la conciencia de las gentes de bien, molestó a los espíritus timoratos. Jo le quería mucho, y su desaparición le había afectado mucho.

Consultó su reloj. Roisin no tardaría en volver para subirle la sopa. Un último vistazo al horizonte con sus prismáticos. Unos faros aparecieron por el recodo. *Otra vez esa maldita camioneta blanca, con matrícula de Dublín.* El vehículo desapareció unos segundos detrás de unos taludes altos y reapareció tres curvas más allá. Él se concentró en el parabrisas, trató de ver las facciones del conductor. ¡Difícil con esa luz de penumbra! Además, llevaba un gorro de lana calado sobre la frente.

Sin dudarle, Jo telefoneó a la Garda.

—Hola, Jo, ¿qué te pasa ahora? —dijo el policía al otro lado de la línea.

O'Sullivan pasaba por ser un plasta. Todo el mundo conocía su forma de pasar el tiempo. No era la primera vez que telefoneaba a los guardacostas o al puesto de Lahinch para informar de algo que había visto con sus prismáticos: la actitud sospechosa de un turista, un borracho que se había caído de la bicicleta en la carretera, una tormenta que había arrancado el techo de un cobertizo.

—Siento molestaros, chicos. No quería acostarme sin avisaros de que una camioneta blanca sospechosa circula por la zona.

—¿Ah sí? ¿Y qué tiene de sospechoso ese trasto?

—Bueno, yo conozco todas las furgonetas de Doolin, esa tiene matrícula de Dublín y lleva tres días dando vueltas. Aquí hay algo turbio.

El policía hizo un esfuerzo sobrehumano para no enviar a la porra al viejo lunático.

—Todo el mundo tiene derecho a pasear, Jo.

—Te digo que hay algo raro. Va, vuelve, frena, se queda un momento en la carretera, parada con el motor encendido. No me extrañaría que estuviera planeando un atraco.

Jo oyó una risita por el auricular.

—Escucha, Joseph, te daré un buen consejo. Pídele a tu hija que suba a remeterte las sábanas, y échate a dormir. Nosotros nos ocupamos del resto, ¿vale?

—Yo, lo que te digo...

—Gracias Jo, eres realmente un as del espionaje. Con un tipo como tú, a James Bond no le quedaría más remedio que abandonar

Ofendido, Joseph O'Sullivan colgó.

Oyó que alguien entraba en la planta baja. Suspiró, fue con la silla de ruedas eléctrica hasta la puerta. Roisin subía a su encuentro por la escalera.

Aquella noche, el Austin verde de Alexia Costa apareció hacia las veintitrés treinta en las afueras de Doolin. Dentro del coche, la joven escuchaba música en sordina. Entró en el camino. La casa la esperaba al fondo, acogedora. Alexia se sintió aliviada. Nada había cambiado, todo estaba en su sitio. Atiborrado de savia nueva, el rosal se encorbaba ante la puerta, como si quisiera proteger el acceso. El gato de los vecinos estaba sentado sobre el murete de piedra, sus ojos, grandes como canicas, resplandecían en la penumbra. Ella paró en el patio, apagó el motor y observó la colina de enfrente. La granja de los O'Sullivan se alzaba en lo alto. Una luz brillaba en el interior. Una imagen tranquilizadora. Joseph O'Sullivan no era únicamente un vecino. Desde la muerte de Tom, se había convertido en su amigo y confidente.

Dentro de la casa, lo primero que hizo fue encender la chimenea para caldear el ambiente. El gato maulló en la puerta; ella le hizo entrar y le dio

de comer. La turba del hogar mezclada con leña desprendía un olor familiar. Alexia se relajó contemplando las llamas que se alzaban. No, la vida no estaba quieta, se transformaba al igual que ese fuego, y cada día que nacía traía un nuevo desafío. Ella se tomaba muy en serio las amenazas de John y pensaba contárselo a Thomas Picard. Si hacía falta informar a la Garda, a partir de ahora estaba dispuesta a hacerlo. No podía seguir viviendo con el miedo en el estómago. Al llegar a Doolin, la presión de la angustia había disminuido, no obstante seguía en guardia y, algo inhabitual cuando estaba en el campo, cerró todos los accesos con doble vuelta antes de subir a acostarse hacia la una de la madrugada.

El ADN encontrado en las partículas de piel bajo las uñas de la víctima Aoife Mackintosh, pertenecía sin duda al asesino francés. Las secuencias ordenadas de los nucleótidos correspondían perfectamente. Aoife no figuraba en la lista de *missing persons*, porque su familia nunca había informado de su desaparición. Convencidos de que un día volvería, sus padres esperaban su regreso. La describían como una chica inestable y rebelde. Aunque no había dado

más señales de vida, Aoife había seguido utilizando su tarjeta de crédito. Los comprobantes demostraban que no tenía un domicilio fijo, que viajaba a menudo por todo el país. Sin embargo, habían pasado seis meses desde que había utilizado por última vez la tarjeta de crédito. Había retirado varios cientos de euros en un cajero del centro de Dublín. Luego se perdía su pista. Debía haber topado con el asesino en algún lugar entre Dublín y Blarney, el lugar donde habían sido exhumados sus restos. Lynch y Curtis nos transmitían regularmente todas esas informaciones en directo. No nos ocultaban tampoco que tenían un giro imprevisto del caso. No estaban tranquilos.

Las declaraciones de Mihel Le Bihan acababan de llevar a nuestros colegas irlandeses a interesarse por Susie O'Brien. Activista en Irlanda de Norte en los años setenta, ya no estaba implicada en ningún movimiento, pero seguía fichada como

«potencialmente peligrosa». La brigada antidroga también la tenía en el punto de mira: Mrs. O'Brien era sospechosa de servir de correo de una organización dominada con mano de hierro por un tal Charlie, alias Brian Kerrigan, antiguo paramilitar convertido en gánster.

Susie recibió a los *gardai* tranquilamente, daba incluso la impresión de que esperaba su visita. No opuso ninguna resistencia durante su detención y se entregó sin problemas en los locales de Phoenix Park. Cuando el francés había desembarcado en su casa, en Ballymun, ella no le había pedido su currículum vitae. ¿Podía imaginar que él tenía las manos manchadas de sangre? No, claro, si no, nunca le habría dejado entrar en su casa. Le gustaba ayudar, y ya está. Una cosa no tenía que ver con la otra. ¿Qué sabía ella del pasado y de los tejemanejes de ese criminal? No era la primera vez que acogía a alguien, y nunca había pasado

nada grave. ¿Sus actividades? ¿Dónde estaba el problema? No, no se avergonzaba de vivir de trapicheos. Tenía que comer. ¿Qué hacía el gobierno por la gente humilde como ella? Nada. Se dejaba aplastar, inclinaba la cabeza ante Bruselas. También era vergonzoso dejar que la gente se pudriera en Ballymun. ¿Qué futuro tenían? Aparte de la droga y las carreras clandestinas... En el barrio todo el mundo la conocía, era una mujer honrada, nunca había hecho daño a nadie. Podían comprobarlo. Dios protegía a los chavales de Ballymun, un día les vengaría.

Su inconsciencia, fingida o no, y su forma de actuar desconcertaron a los investigadores. La Garda registró de arriba abajo el apartamento y la tienda de la sexagenaria. Una maleta llena de documentos falsos y de cartones de tabaco fueron descubiertos bajo las cajas de verduras, lo cual le permitiría reflexionar una temporada entre rejas.

Sobre Charlie, Susie se mostró discreta. Había considerado natural ayudarle, puesto que

conocía bien a su madre, nacida en Derry como ella. Él había luchado con los patriotas. ¿De quién era culpa si había caído en la delincuencia? Susie juró que no conocía ni la naturaleza ni el alcance de sus actividades. A Charlie no le gustaba hablar, y eso estaba muy bien porque ella no tenía interés en saber.

Más locuaz sobre el francés, reveló que le servía de mensajero. Era un asesino, sí, ¿y qué? No lo llevaba escrito en la frente. No era su estilo denunciar a nadie a la policía, porque los *coppers*⁴¹ y ella, siempre habían visto las cosas de forma muy distinta. Susie era incapaz de decir dónde estaba Morlaix. Circulaba por las carreteras de Irlanda, intangible, invisible. La verdad es que aquel tipo le daba miedo. ¿Por qué? Porque no había nada humano en ese hombre.

Estábamos en ese punto cuando, el sábado por la mañana, una nueva tormenta se abatió sobre el

cielo irlandés. Yo estaba en el despacho, ordenaba mis dossiers para facilitar el trabajo de mis colegas durante mi ausencia. Pichot también estaba presente. No se alejaba nunca del 36 cuando notaba que un caso maduraba, como si su presencia pudiera influir sobre el desenlace. El teléfono sonó, yo descolgué. La voz de Lynch se había vuelto tan familiar que le reconocí en cuanto dijo las primeras palabras.

—El cuerpo de Brian Kerrigan, alias Charlie, acaba de ser descubierto, acribillado a balazos, en el puerto de Dublín, a dos pasos de la noria y del teatro O2.

Yo imaginaba perfectamente el lugar. La muerte de un cabecilla como Charlie, banal en tiempos normales, revestía una importancia considerable, dadas las circunstancias.

—Los medios de comunicación no hablan de otra cosa —continuó él—. Qué queréis, mis compatriotas tienen el espíritu de clan metido en el cuerpo, esas reyertas entre gánsteres les fascinan.

—La verdad es que esta muerte violenta no soluciona nuestros asuntos.

—No, nos priva de explicaciones esenciales. La brigada contra el crimen organizado canta victoria, pero Curtis y yo no somos tan entusiastas.

Desde las recientes declaraciones de Susie O'Brien, Charlie aparecía cada vez más como una de las claves de la investigación. Ellos tenían previsto interrogarle y obtener una información crucial. Ahora todo se había derrumbado.

—Charlie habría sido víctima de un ajuste de cuentas, dicen que le disparó uno de sus hombres. Nadie puede probarlo, no hay ningún testigo ocular.

—Al menos, que nosotros sepamos — corrigió.

—¿Qué dicen en balística?

—El arma utilizada procedería de Rusia. Nada extraño con el contrabando actual. En estos tiempos los asuntos entre bandas rivales se resuelven a tiros.

Para terminar, añadió que la noticia había destrozado literalmente a Susie O'Brien.

—La han hospitalizado esta mañana. Esa mujer sigue siendo un enigma para nosotros.

A mí se me ocurrió una idea descabellada.

—Dime, Bob, ¿McConnell os ha dicho que nos transmitirais la información, o telefoneas por iniciativa propia?

—Yo he decidido telefonear.

—Tal como pensaba.

Le di las gracias antes de colgar.

Esa llamada nos dejó perplejos a Pichot y a mí. Por más que las dudas se aclararan una tras otra, Yann Morlaix seguía libre. Era como si con cada pista nueva se nos escurriera entre las manos. Lynch no se había extendido en detalles, pero estaba claro que la jerarquía de la policía irlandesa no pretendía incluirnos en el proceso. La cooperación policial dependía en primer lugar de los antojos de los hombres. Estaban en su derecho. A raíz de mi visita, la consigna debía resumirse en

tres palabras: «¡Basta de injerencias!». La conferencia organizada por McConnell era un golpe de efecto. Esperaba ganar tiempo halagando mi orgullo y el de la Crim'. En realidad soñaba con concluir ese caso sin tener que recurrir a nosotros formalmente. ¿Quizá esperaba un ascenso? Pichot estaba furioso. Yo le calmé diciendo que tal vez nosotros habríamos reaccionado del mismo modo, si la situación fuera la inversa.

A medida que pasaban las horas, más sentía yo la necesidad de volver al lugar de los hechos. Era como una llamada más allá del raciocinio. Una especie de sensación de urgencia...

Una meseta llana. Ocho kilómetros de senderos. La torre O'Brien plantada al borde del promontorio, desafiando al viento. El oleaje golpeando la roca y espumeando, doscientos metros más abajo. Una vereda nubosa, cuyo cielo quizás ensombrecería un chaparrón antes de que cayera la noche, como sucedía a menudo en este país. Poco le importaba. Con los altavoces del MP3 en los oídos, Alexia corría sobre los acantilados de Moher. Se había enterado de la

muerte de Charlie por la radio, se sentía como si tuviera alas. «¡Por fin libre!».

Terminó la carrera con ejercicios de respiración y estiramientos antes de volver a subir al Austin. En Doolin, hizo unas compras en la tienda de comestibles con tejado de paja, entró en la tienda de recuerdos de su amiga Kate. Esta vieja casa, repintada de rosa salmón, hacía las delicias de los fotógrafos y los turistas aficionados a la fotografía. Finalmente, se cruzó con Roisin O'Sullivan que salía de misa.

—Alex, me alegro de encontrarte. Jo quiere verte. Ven a comer con nosotros, hablaremos tranquilamente.

Ella conocía a los O'Sullivan desde su más tierna infancia. La comida dominical formaba parte de un ritual al que se sumó encantada.

—Gracias, Roisin.

Volvió a casa y se dio una buena ducha tibia.

Mary Davitt la telefoneó cuando se estaba poniendo la bata. La periodista quería

tranquilizarla, la muerte súbita del cabecilla no cambiaba en nada su proyecto, de hecho les iba de perlas.

—Es lo mejor que podíamos esperar. La hora de las revelaciones ha llegado, Alexia.

—Me alegra oírsele decir. ¿Debo entender que acepta ocuparse del asunto?

—Está bastante claro, me parece.

Alexia se alegró interiormente.

—No presentaremos a Patrick Cronin como un héroe, para no vulgarizarle. Me gustaría abordar el asunto en un sentido más amplio, apoyarme en su historia para describir la evolución de la sociedad irlandesa desde hace treinta años.

Muy propio de Mary Davitt, esa forma de concebir un tema en toda su amplitud. Era precisamente por ese motivo por lo que la había escogido.

Antes de colgar, fijaron otra cita. Quedaron en ir juntas a Belfast. Alexia debía organizar una

cita entre la periodista del *Independent* y representantes del 32 CSM con la mayor discreción. Paul, su exnovio, había preparado el terreno, esperaba la luz verde de los dirigentes. No sería la primera vez que la organización se manifestaba, pero ante la inminencia de las presidenciales, era importante que se dijeran determinadas cosas.

Martin McGuinness, exjefe del estado mayor del IRA provisional, ¿no acababa de hablar de su «posible» candidatura a estas elecciones cruciales? En vísperas de la histórica visita de Isabel II a Irlanda del Norte, el reportaje aparecería en el momento justo. Los irlandeses consideraban la llegada de la reina como una provocación más, y no se privaban de manifestarlo. La policía norirlandesa iba de cabeza. Se habían sumado todos los ingredientes para suscitar el interés del público.

Alexia lograría los tres objetivos que se había propuesto: denunciar a Charlie, aunque de

manera póstuma, rehabilitar la memoria de su padre, y que se hablara del 32 CSM, el movimiento que ella apoyaba por convicción y por fidelidad, fidelidad a Tom y Patrick Cronin, fidelidad a sí misma.

Fue a pie a casa de sus vecinos O'Sullivan, campo a través.

Durante la comida, dado que no tenía secretos con sus amigos, se expresó libremente:

—La muerte de Brian Kerrigan es un alivio. Llevaba varias semanas tratando de intimidarme. Por primera vez desde hace años me siento realmente libre. Allí donde esté, Charlie ya no puede nada contra mí.

Roisin añadió.

—Nadie llorará a ese montón de basura. Si todos los gánsteres logran matarse entre ellos, harían un servicio enorme a este país.

Alexia explicó cómo se las había arreglado para convencer a la periodista del *Independent*.

—Le di a entender que tenía determinada información, lo cual es cierto por otra parte. Iremos juntas a Belfast. Paul organiza un encuentro. Estoy segura de que haremos un buen trabajo. Nunca ha habido un contexto tan favorable para pasar a la ofensiva en el plano mediático.

—Has llegado al final del camino —la elogió el viejo Jo.

Señaló el cielo con el índice y añadió:

—Tom y Patrick pueden estar orgullosos de ti, ahí arriba.

Ciaran, el marido de Roisin, tomó la palabra a su vez.

—Corren rumores sobre ti.

—¡Ah, sí!, ¿cuáles?

—La reunión que Paul y tú habéis organizado en el condado para defender el punto de vista del 32 CSM, no ha gustado a todo el mundo. Hay quien dice que tus relaciones con los disidentes no aportarán nada bueno al pueblo, que sería mejor

que te ocuparas de tus asuntos, o que volvieras a Francia.

—No todos opinan lo mismo. Éramos más de cincuenta en esa reunión. Sin contar a simpatizantes que no pudieron asistir pero enviaron decenas de mensajes de apoyo.

—Que quieras rehabilitar la memoria de tu padre tiene un pase, pero que te mezcles en política no gusta demasiado. ¡Compréndelo, la gente está harta de la disidencia!

Ella estalló.

—Los años pasan, pero las mentalidades no cambian. ¿Hay que quedarse con los brazos cruzados? Nosotros queremos una Irlanda unida, libre e independiente, ¿qué tiene eso de vergonzoso? Durante mucho tiempo seguirá habiendo gente que piense como nosotros y luche. Los ingleses no podrán nada contra eso. Tienen que irse, de una vez por todas. Y para siempre.

Joseph O'Sullivan la animó.

—Tienes nuestro apoyo, hagas lo hagas, Alexia.

Ciaran era el más tibio del clan O'Sullivan.

—Abre los ojos, al menos —insistió—, esta lucha interesa cada vez a menos gente. La tendencia actual es la reconciliación y la globalización. Vosotros no detendréis este proceso. ¿Qué puede hacer un puñado de hombres y mujeres contra una evolución mundial?

—No será la primera vez que unos cuantos resistentes modifican la situación. Yo actúo de acuerdo con mi alma y consciencia.

Alexia dudó antes de concluir:

—Y nada me hará cambiar de opinión.

Roisin trajo el pastel, un *sherry trifle* con crema, chantilly y frutas, y cambiaron de conversación. Hablaron de esa camioneta blanca que no paraba de dar vueltas. Jo no daba su brazo a torcer, algo olía mal.

—Por favor, papá —exclamó Roisin—, no vuelvas a empezar con eso.

—Los otros coches se limitan a pasar por esta carretera, esa camioneta no me inspira confianza —insistió el patriarca.

A Alexia se le escapó una sonrisa. Más que molestarla, las manías de Jo le gustaban.

Eran las cuatro de la tarde cuando decidió marcharse.

—¿Cuándo vuelves a Dublín? —le preguntó Roisin.

—Esta tarde, antes de que se haga de noche.

Alexia cogió un libro y se tumbó en el sofá del salón. Absorta en la lectura, no oyó la puerta del vestíbulo que se abría despacio. Inconscientemente, captó un cambio de densidad en el aire, pero nada capaz de alertarla. Apoyó el libro sobre su vientre y se quedó dormida.

Cuando despertó, unos diez minutos después, notó el peligro planear a su alrededor sin poder determinar el origen. Como una opresión, un malestar o una ansiedad a la altura de los

pulmones. En la sala, todo parecía normal. Entonces recordó que algo le había llamado la atención antes de quedarse dormida. ¿Qué era? ¿Un ruido? No. Más bien una sensación. Una vibración indefinible. Propensa a angustiarse, atribuyó aquello a una crisis como otras que había tenido antes.

Un reflejo en el cenicero de metal sobre la mesa baja atrajo su mirada. Entonces todo quedó claro. No estaba sola. Se levantó. Su teléfono móvil y su libro cayeron sobre la alfombra. En el momento en que quiso darse la vuelta, un brazo la agarró del cuello. Ella se resistió, trató de apartar las manos que la estrangulaban. La asfixia hizo que surgieran las lágrimas. No vio la cara del hombre, pero notó su respiración en la mejilla. Quiso gritar. Él apretó más. Ella quiso morderle, él disminuyó levemente la presión. Aprovechando esa débil ventaja, ella se levantó. Él volvió a sujetarla inmediatamente, le tapó la boca con la mano. Ella se balanceó. A la derecha, a la

izquierda. Él la zarandó en todas las direcciones. Ella sintió que su cráneo se hacía más pesado, sus pensamientos más opacos y confusos. Su mirada se nubló, sus piernas se doblaron. Percibió el ruido de los muebles que caían a su alrededor. Alexia se dijo que todo había terminado, que iba a morir así, sin comprender por qué. Entonces se creó un enorme agujero negro en su cabeza. Sin fuerzas y sin aliento, acabó perdiendo el conocimiento.

Cuando volvió a la superficie, todo temblaba a su alrededor. Tenía frío y olía a gasolina. ¿Así que ese era el olor de la muerte? Entonces se dio cuenta de que estaba tumbada en un vehículo en marcha... Le dolía la cabeza, otro olor desagradable invadió su cerebro, como de éter o una mezcla parecida. El barullo de la carretera retumbaba en su columna vertebral. Su garganta emitió un gemido, inmediatamente reprimido por la mordaza que le mantenía la boca cerrada. La escena de violencia en el salón le volvió a la memoria y el terror la dominó.

Debían llevar mucho tiempo circulando porque tenía el cuerpo completamente anquilosado. El conductor, nervioso y con prisa, frenaba apenas en las curvas, daba golpes de acelerador sin preocuparse por la pasajera. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué quería de ella? ¿Tenía algo que ver con Charlie? Ella luchaba interiormente para no ceder ante el pánico. Cerró los ojos, y se concentró en su respiración, para calmar los latidos de su corazón.

La camioneta se paró. Ella oyó la puerta al cerrarse, luego una serie de ruidos que identificó sin problemas: se habían detenido en una gasolinera. Trató de levantar la cabeza, comprobó que tenía las manos y los pies atados con una cuerda de nylon. No podía gritar por culpa de la mordaza, y la radio de la cabina funcionaba a todo volumen.

¿Qué día es ya? ¿Puede ser domingo? Poco a poco, recuperó la consciencia. El desconocido la había dormido artificialmente. Trató de ordenar

sus ideas. Tontamente, pensó en su teléfono móvil. Luego pensó en Picard, en Iulia y en Damien. Todas esas personas acabarían entendiendo que le había pasado algo grave.

La camioneta volvió a arrancar. Le pareció que atravesaban una serie de pueblos. El chófer dudó, se detuvo al borde de la carretera. El motor seguía en marcha. Se diría que buscaba el camino. ¿Quizás consultaba un mapa? Marcha atrás. Nueva dirección. Ella era incapaz de adivinar dónde estaban. La ventana de atrás filtraba una luz cada vez más gris. Se encaminaban hacia la noche y seguían circulando.

Tras otros frenazos, otras vacilaciones, el vehículo se paró. Un silencio largo y doloroso. Paralizada por el miedo, Alexia ya no sabía si su cuerpo temblaba de miedo o de frío. La idea de haber perdido toda noción del tiempo y del espacio la aterraba. Tenía espasmos. Cerró los ojos, trató de dominarse, pero sus nervios ya no le obedecían. Charlie estaba muerto. ¿Quién más

deseaba atentar contra su vida? Uno de sus lugartenientes quizás. Para cumplir la voluntad del cabecilla *post mortem*.

Las puertas traseras se abrieron bruscamente. Una linterna la cegó. Ella gimió. ¿Qué iba a pasarle? El hombre se arrodilló a su lado y desató la mordaza.

—No tengas miedo —dijo—, no te pasará nada.

Para su enorme estupefacción, el desconocido le había hablado en francés.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

No hubo respuesta, pero cuando volvió a inclinarse, la cara del hombre quedó súbitamente alumbrada por el haz de luz. Ella se sobresaltó.

—Le conozco.

—Tanto mejor. Eso nos evitará presentaciones inútiles.

—Usted es...

—Ahorra tus fuerzas, las necesitarás más tarde.

—¿Por qué? —balbuceó ella.

—Si todo va bien, dentro de unas horas, unos días como mucho, serás libre.

¿De qué libertad se trataba? ¿Preveía liberarla de la vida, de la angustia y de la tortura?

Lágrimas que ella no controlaba rodaron por sus mejillas. Creyó revivir las horas sombrías de Mountjoy. Pero peor.

—¿Dónde estamos?

Él respondió, mientras desataba las piernas de Alexia, para que pudiera andar.

—En algún lugar de la tierra... entre el cielo y las tinieblas...

Ella estiró su cuerpo dolorido.

—Baja —ordenó él.

Sus piernas se doblaron bajo su cuerpo. Con las manos atadas, avanzó titubeando. Tropezó, él la sostuvo, la guio presionándole el hombro con los dedos. A pesar de la oscuridad, ella adivinó que estaban en plena naturaleza, no muy lejos del océano. La noche era fría. El aire tenía una pureza

extraña. Ella pensó un momento en Donegal o en Irlanda del Norte. Una casa abandonada se alzaba ante ellos.

—Avanza.

Ella obedeció. Él abrió la puerta y empujó a Alexia al interior.

Yo asistí a la reunión de jefes del lunes por la mañana, y saludé a mis colegas. «Buen viaje, amigo», dijeron ellos, dándome palmadas en la espalda. Mi avión a Dublín despegaba a primera hora de la tarde, tenía el tiempo justo para recoger el equipaje en casa. Algo me preocupaba, una sensación difusa que no podía explicar, mezcla de aprehensión y de duda. No sabía nada de Alexia desde la víspera. No había contestado a mis correos electrónicos. Yo le había mandado un

SMS desde el despacho: «¿Qué pasa? ¿Dónde estás?». Sin respuesta. ¿Alexia había cambiado de actitud respecto a mí? La conocía muy poco y muy mal. Todo era posible.

En el coche que me llevaba al aeropuerto, sonó mi móvil. Apareció el nombre de Picard; descolgué.

—¿Damien?

—Hola, Thomas, voy de camino a Roissy, estaré en Dublín dentro de unas horas.

—Alex no ha ido a trabajar a la Alianza esta mañana, y no contesta al teléfono. Te llamo para saber si tú estás al corriente de algo.

—Yo no tengo noticias de ella desde hace veinticuatro horas. Para serte franco, yo también estoy nervioso.

—Vengo de Fátima, no estaba en su casa. Según su vecina lleva varios días sin verla. No lo entiendo, siempre avisa cuando se marcha.

—¿No se habrá quedado en Doolin?

—El mejor modo de saberlo, es volver allí.

—Aterrizo en un par de horas. Pasa a recogerme al aeropuerto, iremos juntos.

—¿La Garda está al corriente de tu llegada?

—Sí, avisé a Lynch, pero no le concreté día y hora.

—Bien, eso nos da un poco de tiempo.

El trayecto hasta Roissy me pareció interminable. Lo mismo que las formalidades en el aeropuerto. Había cola en facturación. Igual que en el control de seguridad donde los viajeros se amontonaban en una fila larga. ¡Era urgente! Debía llegar a Dublín sin demora, sin tener que pasar todos esos controles. Durante el vuelo, mi inquietud no hizo más que aumentar. Las frases de Picard me atormentaban. Volvían a mi memoria las explicaciones evasivas de Thomas, el aire misterioso de Alexia, el 4x4 que nos había seguido un momento en la autopista.

Habría preferido ver la silueta de Alexia, pero fue la de Picard la que me esperaba cuando bajé del avión.

—¿Algo nuevo? —pregunté.

—No, nada. Alex sigue sin dar señales de vida. ¡Ay, esto no me gusta! Ella quería hablar conmigo hace unos días. Tenía que contarme un secreto. Yo acababa de saber que habían encontrado un cuarto cadáver y no estaba disponible. Teníamos que vernos pronto.

Emitió un sonido seco con la lengua.

—Sinceramente, esto no me gusta nada.

—¿Has informado a la Garda?

—Acabo de hablar con Lynch. Le he dicho que tú estabas a punto de aterrizar y que teníamos la intención de acercarnos a Doolin.

—¿Y?

—Dice que quizás nos preocupamos por nada. Tengo que volverle a llamar cuando estemos allí. No perdamos el tiempo.

Circulamos sin parar y sin hablar, o casi. Yo consulté mis mensajes cada diez minutos, con la esperanza de encontrar un mensaje de Alexia. En vano. Había empezado una cuenta atrás. Todavía

no teníamos ninguna prueba de su desaparición. No habíamos llegado todavía al punto de iniciar una búsqueda o una investigación por homicidio pero, impulsados por nuestra condición de policías, ya pensábamos en ello. Por encima de nuestras cabezas unos nubarrones negros ensombrecían el ambiente. Empujados por el viento, creaban enormes agujeros abiertos por los cuales se insinuaba una luz crepuscular.

El Burren apareció ante nosotros en todo su esplendor en el momento en que el día se apagaba. Yo conocía todos los pueblos, y casi todos los cruces de esa región que me había ofrecido tantos momentos de emoción. En una intersección, en medio de paneles escritos en inglés y en gaélico, el nombre de Doolin reavivó mis recuerdos.

Picard se detuvo ante la casa con el murete de piedra. ¡Era extraño volver a estar en casa de ella, sin ella! El gato vino a frotarse contra mis piernas

maullando. El Austin estaba aparcado detrás, en el patio. Las puertas no estaban cerradas con llave. La entrada se había quedado abierta.

No nos importó dejar nuestras huellas o nuestro ADN aquí y allá. De todos modos, nuestro rastro estaba ya inscrito en aquel lugar. Thomas encendió la luz y la pesadilla empezó. Las sillas estaban del revés, la mesa de lado, los objetos esparcidos por el suelo, la alfombra de la entrada fuera de sitio. Alguien se había peleado entre estas paredes. Inspeccionamos la casa de arriba abajo. ¡Dios mío!, repetía Thomas pasando de habitación en habitación. Las marcas en el parqué llevaban a pensar que habían arrastrado un cuerpo hasta el vestíbulo, hasta la puerta que daba al jardincito de atrás. El autor de ese desastre no se había tomado la molestia de maquillar la escena. La lectura era fácil, inmediata. El pánico paralizó mis gestos mientras mi cerebro se angustiaba. La escena me transportó años atrás, al día que había descubierto el cadáver de Cécile. Thomas me miró asombrado.

—¿Te pasa algo?

Yo inspiré a fondo.

—Se me pasará...

Un objeto brillaba junto a la alfombra. Era el teléfono móvil de Alex. En el registro de llamadas el nombre de Irène y el de Thomas registrado varias veces a lo largo de las últimas veinticuatro horas. Más arriba, mi número aparecía a menudo. El de Paul Ryan también. Alexia había recibido una llamada de una tal Mary Davitt el domingo por la mañana, la conversación había durado una hora y doce minutos. Otros nombres y números desfilaron bajo mis dedos. Un tal John había dejado un mensaje en el contestador dos días antes. No había número de ese contacto, era una llamada oculta. Puse el altavoz para escuchar. Unas palabras en inglés, rápidas, resolutivas. El mensajero mencionaba un contrato.

Yo me volví hacia Thomas.

—¿Tú estás al corriente de esta historia del contrato?

Él se puso pálido y telefoneó a Lynch. Su voz me pareció lejana, casi irreal. Como el profesional que era, Thomas describió la escena, enumeró los indicios con una calma de la que yo me sentía incapaz.

—¿Qué dice? —le pregunté en cuanto colgó.

—Se cubre las espaldas, quiere que llamemos al comisario de Lahinch.

Thomas marcó el número proporcionado por el inspector y repitió su discurso.

Unos veinte minutos más tarde, dos *guards*, un viejo un poco flemático y un joven lleno de granos, llegaron en un Mondeo, con la sirena encendida. Nos dedicaron miradas peculiares, como si fuéramos sospechosos. Seguramente nunca pasaba nada en esta parte de la isla, en este pequeño pueblo orientado hacia el Atlántico. Yo tuve la sensación de que me pillaban con las manos en la masa.

—¿Están seguros de que a su amiga la han secuestrado? —insistió el anciano.

—Es bastante evidente —dijo Thomas.

—¿Qué papel juegan ustedes en todo esto?

Se quedaron estupefactos al saber que éramos policías, franceses además.

Picard expuso la situación, y los dos irlandeses inspeccionaron el lugar. Nos escucharon educadamente, pero no parecían asumir la magnitud de los daños. El barroso apuntó que quizás un conflicto doméstico había acabado mal.

—¿En ese caso, por qué se habría volatilizado nuestra amiga?

—La desaparición de un adulto siempre es delicada —replicó el más experimentado de los dos—. Siempre puede tratarse de una fuga. Ya he visto algún caso parecido. Semanas después encontraron a la presunta víctima, disfrutando del amor perfecto con su amante.

Yo me indigné por dentro.

—Ese no es el caso de la señorita Costa. Nosotros la conocemos bien.

—Bien, nos quedamos con el teléfono.

El jovencito se puso los guantes y metió el móvil en una bolsa de plástico.

—Vayan mañana por la mañana a la comisaría de Lahinch para hacer una declaración —ordenó el mayor antes de marcharse.

Nosotros estábamos frustrados y especialmente inquietos.

No hizo falta ir lejos para encontrar alojamiento, el B&B O'Sullivan estaba a un centenar de metros de la casa de Alexia. Pese a lo avanzado de la hora, la luz brillaba todavía en la planta baja y en el piso. Las sirenas de los dos *guards* no habían pasado desapercibidas; alertados por el ruido, los propietarios seguían despiertos. La puerta se abrió y apareció una mujer robusta en la cincuentena. Se apartó para dejarnos entrar.

—¿Dos habitaciones? No hay problema.

Una escalera conducía a los pisos superiores.

—Me llamo Roisin —dijo para que nos sintiéramos cómodos—. Las habitaciones de los huéspedes están en la otra ala. Síganme.

Nos hizo atravesar el patio para llegar al interior del edificio.

—Vengan a beber algo con nosotros, si les apetece —propuso, después de haber abierto nuestras habitaciones—. Mi marido y yo les esperamos en el salón.

No era cuestión de rechazarlo, realmente necesitábamos un reconstituyente.

Su salón estaba decorado al estilo rústico. Muebles de madera clara, telas de cuadros, algunos objetos bien escogidos, y lámparas que brillaban en las cuatro esquinas de la estancia.

—Les presento a Ciaran —nos dijo Roisin.

El propietario tenía el aspecto de todo un *gentleman farmer*. Desde la ropa, pantalones de terciopelo y chaleco de piel, hasta la cuperosis de

las mejillas, debida al viento y la lluvia. Nos saludó, sacó una botella de Jameson y empezó a servir el líquido dorado en cuatro vasos de whisky.

—Somos amigos de Alexia Costa —empezó Thomas—. Somos franceses. Mi amigo viene de París. En cuanto a mí, soy agregado de la embajada francesa en Dublín. Los dos somos policías.

Nuestros anfitriones intercambiaron una mirada de preocupación.

—Me parece que Alexia ya nos ha hablado de usted y de su esposa —dijo Roisin, dirigiéndose a Thomas que esbozó una sonrisa incómoda.

—Es muy posible.

—¿Ha pasado algo grave? —preguntó Ciaran.

—Alexia no volvió a Dublín ayer noche. Esta mañana no estaba en su trabajo. Su coche sigue en el patio, detrás de la casa. Ha desaparecido sin

llevarse su teléfono, y el salón está revuelto. Ha habido una pelea ahí dentro.

Yo tomé el relevo:

—Para responder a su pregunta, sí, ha pasado algo grave.

Roisin juntó las manos; las colocó sobre su boca para ahogar un grito.

En cuanto él le había hablado en su lengua materna, Alexia había comprendido que se trataba del hombre que todas las policías buscaban desde hacía varios meses, desde que empezó esa serie de crímenes que aterrorizaban a toda la isla. Ella sabía su nombre pero prefirió no nombrarle. Para ella, no tenía identidad, ella le llamaba «el hombre».

En el momento en que la luz de la linterna había iluminado su rostro mal afeitado, ella había

tenido un flash. Fue en el Diamond's donde le había visto. Iulia la llevaba a veces a esa discoteca de moda en Dublín. El hombre estaba sentado en un taburete al final de la barra. A pesar de su delgadez, desprendía una fuerza increíble. Silencioso e inmóvil, observaba a las chicas. ¿Cómo olvidar su mirada, penetrante como un rayo láser?

Desde que la tenía prisionera en esa casa a orillas del océano, Alexia había perdido la noción del tiempo, se orientaba por la claridad que entraba por una ventana estrecha, la única fuente de luz. Ya había pasado una noche, seguida de todo un día. Se avecinaba otra noche. Tampoco podía conciliar el sueño. En veinticuatro horas, apenas había dado una cabezada.

El hombre había encendido un fuego en la chimenea que era el único mobiliario de la estancia donde ella estaba. El halo de las llamas actuaba como una vela y bailaba sobre las paredes, vivaz como esos pequeños personajes de

las leyendas irlandesas, fuegos fatuos inquietantes y esquivos.

Su verdugo se había instalado en la habitación contigua. Ella le había oído telefonear, subir el tono de voz e indignarse. Hablaba de un barco y de una travesía que parecía en peligro o pospuesta. Escocia estaba solo a media hora por mar. Ideal para huir. Las cosas no debían suceder como él había previsto. Cuando terminó esa conversación, el hombre se había paseado arriba y abajo por el vestíbulo, luego había empujado su puerta y la había observado un buen rato, sin decir nada.

¿Cuánto tiempo iba a estar prisionera? ¿Si él no la había liquidado todavía, cabía esperanza de que salvara la vida, tal como prometió? ¿Por qué la perdonaría? «Tengo que encontrar la forma de salir», se repetía ella.

Un periódico viejo abandonado junto a la pared, el *Ballymena Times*, confirmaba su primera impresión de que estaban en Irlanda del Norte, en

el condado de Antrim. Ella estaba tumbada en una colchoneta, tirada en el suelo, con los pies y las manos atadas, y una colcha sobre las piernas. La casa estaba en silencio. Solo su vientre emitía sonidos como gorgoteos. Tenía hambre. Hacia mediodía, el hombre le había dejado una bolsa de patatas despanzurrada y una lata de Coca Cola abierta, cerca del catre. Ella había tenido que espabilarse para comer y beber arrastrándose de lado, con las manos atadas. Un olor a amoníaco emanaba del bidón de metal que le servía de retrete. Cuando quería aliviarse, tenía que llamar, la humillación suprema. Él la soltaba apenas unos minutos, luego volvía a atarla. Se dirigía a ella con monosílabos y no contestaba a sus preguntas. A ella le indignaba verse reducida al rango de un animal.

La cabeza le daba vueltas. Tiró de sus ataduras y se le escapó un grito. Las muñecas le dolían mucho, la sangre parecía a flor de piel en algunas zonas. La espalda, víctima de las largas

horas de viaje sobre el suelo de la camioneta, también le dolía. Los hematomas reavivaban el dolor cada vez que cambiaba de posición. Y ese constante olor de éter en la nariz, que le daba ganas de vomitar.

El alba y su cortejo de angustias se acercaban. Lo adivinaba en la luz azulada que cubría la ventana. Alexia seguía sin pegar ojo. Una multitud de imágenes y de ideas la habían asaltado durante la noche. En su mente, los acontecimientos de las últimas semanas se mezclaban: conocer a Damien, los asesinatos de las jóvenes, esa amistad incipiente con Mary Davitt, las amenazas proferidas por John, la muerte de Charlie, y finalmente su secuestro.

Cuando había hablado sobre su investigación, Damien le había dicho que, sin protección, el criminal no habría aguantado más de seis meses en Irlanda, y que probablemente estaba protegido por una organización de delincuentes que le dejarían caer a la primera ocasión...

Las conexiones se restablecían poco a poco en su cerebro. Cada vez parecía más evidente que la organización en cuestión solo podía ser la de Charlie. ¿El «hombre» habría establecido un acuerdo con el cabecilla? Una especie de pacto en el que Alexia serviría de moneda de cambio. Estos últimos años, ella se había convertido en la mala consciencia de Charlie, en su obsesión. John la había advertido, habían puesto precio a su cabeza. O sea que era eso. Todo quedaba claro. Pero ahora que el jefe estaba muerto, ¿qué podía tramar el francés?

Alexia reconoció sus pasos lentos y firmes en la habitación contigua. Se le desbocó el corazón. Se puso en la piel de un condenado que oye a su verdugo acercarse por el corredor de la muerte. Pero los pasos se alejaron, resonó la puerta de entrada. Un ruido de motor, luego nada. Vacío y soledad. ¿Silencio de muerte? Ella perdió la

cabeza. Abandonada en ese cuchitril infame donde iba a morir, completamente sola, como una rata. Nadie sabría dónde encontrarla. Moriría allí de hambre, de sed y de miedo. ¿Cuánto tiempo duraría su agonía? ¿Por qué sufrimientos tendría que pasar? La visión de su cuerpo fétido y descarnado acudió a su mente. Se sumió en una crisis de angustia. Chilló, se asfixió. Un líquido caliente se expandió bajo su cuerpo. Aquello no había hecho más que empezar.

Muy rápidamente, una corriente de confianza se instauró entre Roisin, Ciaran, Thomas y yo. No teníamos ganas de ir a acostarnos y seguimos conversando alrededor de un Jameson para recuperar la moral.

—Los dos *guards* no han llegado a la misma conclusión que nosotros. Para ellos, nada permite deducir un secuestro. Cuento con hacerles cambiar de opinión cuando vaya a la comisaría de Lahinch mañana por la mañana —declaró Thomas.

—Mi padre avisó a los guardacostas y a la Garda de que un vehículo sospechoso llevaba un tiempo circulando por aquí —añadió nuestra anfitriona—. No le tomaron en serio.

Yo leí mi propia angustia en la mirada de Thomas. Ambos pensábamos lo mismo: «¿Y si Alexia fuera la próxima víctima?».

—Alex comió con nosotros ayer. Se marchó de casa hacia las cuatro. Quería volver a Dublín a última hora de la tarde. Desde aquí no se ve el patio, si no, al ver que el Austin seguía allí, Ciaran y yo nos habríamos preocupado.

En mitad de la conversación, se oyó un alboroto sobre nuestras cabezas.

—El viejo tampoco puede dormir —comentó nuestro anfitrión.

—Ve a buscarle —dijo su mujer.

Luego, dirigiéndose a nosotros:

—Es mi padre.

Al cabo de unos minutos, un anciano en una silla de ruedas entró en la sala. Su yerno le seguía,

unos pasos atrás.

El recién llegado se presentó:

—Joseph O’Sullivan. Pero pueden llamarme Jo, si quieren.

A pesar de su edad y su minusvalía, se mantenía erguido en la silla; sus manos, salpicadas de pecas, sujetaban con firmeza el extremo de los reposabrazos.

—¿A qué viene este alboroto? —preguntó a su hija.

—Alexia ha desaparecido, papá. Estos señores son policías franceses.

Su mirada de lince nos atravesó.

—Ella nos había hablado de sus amigos, si te acuerdas.

Él asintió.

—¿Quieres beber algo?

—Este brebaje para turistas, no —replicó, señalando con el mentón la botella de Jameson—. Sírreme un vaso de *poteen*.

Primero quiso asegurarse de que nosotros conocíamos bien a Alexia. Thomas habló de sus orígenes, de la razón por la que ella se había instalado en Dublín, de los problemas que había tenido con la justicia y del papel que él había tenido en este asunto. El viejo anotaba cada tanto. Los O'Sullivan ya estaban al corriente de todo lo relacionado con nuestra amiga. Desde la muerte de Tom Cronin, Jo se había convertido en el sustituto de su abuelo. Las familias se conocían desde hacía muchos años. El amor al Clare les unía, pero los dos clanes no solo estaban vinculados por un espíritu revanchista cultivado desde el inicio de los tiempos.

—Alexia tiene razón en querer defender la memoria de su padre —declaró él mientras lanzaba una mirada penetrante a su yerno—. En su lugar, yo haría lo mismo.

Era evidente que ellos dos no estaban de acuerdo en ese punto.

Jospeh notaba perfectamente que algo no iba bien desde hacía cierto tiempo, esa camioneta por ejemplo, no estaba allí por casualidad. Se burlaban de él porque vigilaba los alrededores con sus prismáticos, lo cual implicaba que él era el único que sabía el número de matrícula del vehículo.

Yo pegué un salto en mi silla.

—¿Lo ha comunicado a la Garda?

—No. Me tomaron por tonto. Sé el número de memoria, por si le interesa.

Soltó una serie de cifras y letras, sin vacilar.

—Hay varias pistas posibles —manifestó Joseph O’Sullivan—. Si nos paramos a pensarlo, Alexia tiene muchos enemigos, y no menores. Yo la puse en guardia, ayer mismo. Buscarles las cosquillas a los gánsteres solo podía acarrearle problemas.

—¿Quién le dice que la han secuestrado esos tipos? —preguntó Thomas.

—Reconozco sus métodos. No les gustan los fisgones. Las órdenes pueden venir de otra parte, eso lo admito. Las cosas son tan complicadas hoy en día, que los amigos de ayer se convierten en tus enemigos, y esos que dicen querer salvarte te traicionan a la primera ocasión.

Era la noche del lunes al martes. Charlie había muerto el sábado anterior. Thomas y yo habíamos sabido por Lynch que el cabecilla y Morlaix se conocían. Susie O'Brien lo había confesado. La información no había sido publicada, porque la policía irlandesa no había querido informar sobre ese punto, ni sobre las circunstancias de la muerte de Charlie. Ni Thomas ni yo osamos decir en voz alta todo lo que nos rondaba por la cabeza desde ese momento. ¿Y si Morlaix hubiera obedecido órdenes del jefe? ¿Cómo saberlo? Los irlandeses protegían celosamente sus informaciones. Por prudencia o por defender su independencia.

—Sabemos que Alexia frecuenta a disidentes —se atrevió a decir Thomas—. Se lo contó a Irène, mi mujer. Son muy buenas amigas, las dos. Una cosa es simpatizar con los disidentes, y otra verse mezclada en sus asuntos.

Jo soltó su hipótesis con gesto de irritación.

—Esto no puede venir de ellos.

—¿Cómo lo sabe?

Él no contestó, pero su seguridad hacía pensar que estaba bien informado. Nosotros notamos que no deseaba comentar el tema y que nuestras preguntas, si teníamos intención de hacerlas, quedarían sin respuesta.

—¿Ella le había hablado de su relación con una periodista?

—Fui yo quien le aconsejó que se pusiera en contacto con esa mujer. Hoy en día, los medios lo dominan todo, es mejor contar con ellos para hacerse oír.

—Quizás ese paso lo desencadenó todo.

Nuevo asentimiento por parte del viejo Jo.

—No se puede descartar esa posibilidad.

La idea de que Morlaix estaba al corriente de mi relación con Alexia Costa empezaba a preocuparme seriamente. No era difícil saber que la Crim' había visitado a la policía irlandesa, la prensa se había hecho eco ampliamente. Cualquier personaje un poco dudoso y bien conectado podía tener acceso a determinadas informaciones. Cuanto más lo pensaba más me convencía de que Morlaix estaba al corriente de mi llegada. En ese caso, ¿quizás secuestrando a Alexia, me apuntaba a mí?

Thomas adivinó mis pensamientos.

—¿Perdona? ¿Qué dices?

—Nada, hablaba conmigo mismo.

—Roisin propone que nos vayamos a descansar unas horas. Tiene razón, la jornada de mañana promete ser larga.

Volví la cara hacia el ventanal. Detrás de la otra ala de la casa, se distinguía el cuerpo de una

vieja granja. La noche, de un negro intenso, parecía extrañamente silenciosa.

Lahinch era una estación balnearia donde me habría quedado de buen grado en otras circunstancias. Habíamos bordeado un campo de golf, antes de llegar al puesto de policía que estaba a dos pasos del océano. Un representante de la comisaría central de Ennis estaba allí para recibirnos. Nos dijo que se llamaba Hanly y no olvidó precisar que había hecho el viaje de Ennis a Lahinch expresamente por nosotros. Unos veinte kilómetros en total. Era muy robusto. Treinta y

pocos años y actitud de primero de clase, dispuesto a todo por llegar. No pareció sorprendido al verme, los dos *guards* de la víspera le habían transmitido la información. Nosotros habíamos comprendido enseguida que tenía instrucciones para mantenernos al margen de la investigación, con su manera seca de recordarnos cada cinco minutos que no teníamos ningún parentesco con la desaparecida, lo cual significaba, hablando claro, que debíamos regresar prudentemente a nuestra casa y esperar. El teléfono móvil de Costa estaba en manos de la unidad especializada, había que tener paciencia. «Esperar», «tener paciencia», no tenía otras palabras en la boca. Nuestros vínculos con Alexia le intrigaban, volvía a eso constantemente, quería saber desde cuándo la conocíamos y cuál era la naturaleza de nuestras relaciones. Desde su punto de vista, nosotros ya no éramos colegas sino testigos, por no decir sospechosos potenciales. Nosotros contestábamos con cuentagotas, nuestro

margen de maniobra era bastante estrecho. No era cuestión de darle bola sobre los contactos de Alex con Irlanda del Norte. Demasiado arriesgado. Por otro lado, quizás había relación entre ese compromiso y su desaparición. ¿Cómo saberlo? De camino, Thomas me había dado la consigna de «no hablar demasiado». Aparentemente, Hanly no estaba al corriente de las actividades subversivas de Alex. Ya fuera porque tenía instrucciones, o porque carecía de datos. Nos aconsejó que nos pusiéramos en contacto con la unidad central de Dublín que iba a seguir este asunto. *Esa era efectivamente nuestra intención.*

—Nosotros les tendremos al corriente durante los próximos días.

Yo exclamé:

—¡Los próximos días! ¡Debe estar de broma! Usted sabe perfectamente que las primeras horas de un secuestro son decisivas. ¡Hay que actuar ahora y deprisa!

—Calma —me soltó Picard.

—Esta investigación no es de su competencia —replicó el otro, con aire ofendido—. Usted no tiene ninguna competencia en este país, señor Escoffier.

Descalificándome de este modo, ese petimetre me recordaba en primer lugar que la Garda estaba al corriente de mi presencia en la isla, luego que mi viaje a Lahinch era extraoficial, es decir que me convenía estar tranquilo si no quería que las autoridades me condujeran al aeropuerto más cercano. *¡A buen entendedor, chao...!*

Picard quiso tranquilizar la situación:

—Escúcheme bien, ¿tengo que recordarle que estamos en el mismo bando? Una joven ha desaparecido. Resulta que los dos la apreciamos. Perdone al capitán, está nervioso, igual que yo.

Hanly se levantó y nos acompañó a la puerta.

—Les llamaremos si es necesario. Ahora, señores, déjenos trabajar.

En ese preciso momento, comprendí qué significaba odiar a un policía.

Después de salir de comisaria, Thomas y yo paseamos un rato por el puerto. Ya no entendíamos nada. Todo se mezclaba: la venganza de Alexia, las historias políticas entre el Norte y el Sur, la increíble preeminencia de determinados gánsteres en la vida cotidiana, las ramificaciones subterráneas. ¿Quién llevaba la voz cantante en este embrollo? Nosotros estábamos convencidos de que había una relación entre la muerte del cabecilla Brian Kerrigan y la desaparición de Alex, ¿pero cómo demostrarla? Decidimos volver a Dublín. Nos parecía que se imponía una entrevista con McConnell.

En casa de los O'Sullivan, Roisin nos había preparado bocadillos de salmón para el camino. ¿Qué había sido de Alexia? La angustia, como la confianza, teje vínculos poderosos entre los seres humanos, y nosotros estábamos tristes y molestos por dejar a los O'Sullivan sin poder darles

esperanzas. En el momento de separarnos, Roisin nos estrechó en sus brazos, Jo y Ciaran nos «zarandearon» la mano un buen rato.

Thomas seguía crispado al volante de su coche. Yo miraba la carretera. Silencio en el habitáculo. Ya no sabíamos qué más decir. Cada cual imaginaba hipótesis, cada cual más horrible que la anterior, sin atrevernos a hablar de ello...

La turba irlandesa me atormentaba. Imaginaba el cuerpo de Alexia sepultado bajo toneladas de tierra.

De repente, el teléfono de Thomas empezó a sonar.

—Lynch —me dijo, echando un vistazo a la pantalla.

—¿Thomas?

—Le escucho, Bob.

—¿Dónde está?

—En la autopista, a medio camino entre Galway y Dublín.

—¿El capitán está con usted?

—Sí. Sus colegas de Lahinch nos han aconsejado amablemente que nos ocupemos de nuestros asuntos. Dentro de una hora, como máximo, estaremos en Dublín.

Me pareció oír un suspiro de alivio en el teléfono.

—Hay novedades —dijo Lynch.

—Diga, le escuchamos.

—Susie O'Brien, ya saben, la mujer que acogió a Yann Morlaix durante unos meses y que metimos en la cárcel.

—Sí.

—Ha confesado esta mañana. Ya ven, quizá sirve de algo tener fe, dijo que quería tranquilizar su conciencia.

—¿Qué les ha contado?

—Yann Morlaix le habría revelado que Charlie quería liquidar a una chica. ¿Cuál? Ella no lo sabía.

Sentí que un cuchillo acababa de atravesarme el corazón. Thomas se puso a farfullar.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué está diciendo?

—Tranquílcese. Nada indica que haya tenido tiempo de pasar a la acción.

—Mierda, Bob, díganos lo que sabe.

—Morlaix fue a despedirse de ella hace una semana. Conducía una camioneta blanca, un vehículo robado sin duda.

Thomas se quedó sin respiración.

—¿Una camioneta blanca, dice usted?

—Eso es. Nos ha dado incluso la matrícula.

Lynch empezó a enumerar las cifras y las letras. Nosotros las sabíamos de memoria. Jo O'Sullivan nos había dado las mismas. Ví las manos de Thomas temblar al volante.

—La chica en cuestión, Bob, es Alexia Costa. Ya no hay la menor duda. Sus vecinos notaron la presencia de ese vehículo en los alrededores de Doolin. Temo que sea demasiado tarde.

—Espere, no he terminado. Nuestros servicios han emitido inmediatamente la información por todo el país. La camioneta ha sido

vista en el puesto fronterizo de Newry, en una gasolinera. El encargado nos ha enviado el vídeo, se ve a un tipo llenando el depósito y la matrícula es la misma. Se dirigía al norte. Todas las unidades están informadas. La policía norirlandesa pone sus helicópteros a nuestra disposición. La caza ha empezado, Thomas. Nada está perdido.

—¿Adónde se dirige, según usted?

—No me sorprendería nada que fuera al extremo norte. Curtis y yo vamos de camino. Le llamo desde el coche. McConnell es quien me ha dicho que contactara con ustedes.

—¿McConnell? Yo creía que desconfiaba de nosotros.

—Ese mequetrefe que les ha recibido en Lahinch ha alardeado de haberles aplastado como a una mierda. McConnell está furioso. Recibió órdenes. «Nada de problemas con la policía francesa». Yo soy el encargado de arreglar los platos rotos. Lo cual me parece muy bien, ya conoce mi postura sobre ustedes, y no ha

cambiado. En cuanto sepa algo más volveré a llamarle.

—Cambio de rumbo —afirmó Thomas después de haber colgado—. Vamos hacia el norte.

Paramos en un centro comercial, el tiempo de abastecer al coche y los hombres. Los nombres de lugares turísticos desfilaban ante nuestros ojos: Newgrange, el valle del Boyne, Drogheda, Dundalk... Thomas estaba tenso. En cuanto a mí, dudaba entre la cólera y el pánico.

Descubrí Newry a la vuelta de una curva. Habíamos pasado del Eire al Reino Unido sin que me diera cuenta. Todo me parecía idéntico a ambos lados del *border*. No obstante, no hacía mucho tiempo, las pasiones se desataban a un lado y otro de esta frontera. Seguimos en línea recta, sin saber dónde nos detendríamos, movidos por un instinto extraño, como si el norte nos llamara. Habíamos rodeado Belfast. Lynch volvió a llamar

en el momento en que llegábamos a la costa de Antrim.

—La furgoneta ha sido vista en varios puntos entre Portrush y Ballycastle. Un helicóptero barre la zona.

—Sí, le oigo sobre nosotros —confirmó Thomas.

—¿Dónde están ahora mismo? —insistió Lynch.

—Veo el castillo de Dunluce, más abajo.

Las ruinas se dibujaban a contraluz. El castillo, en equilibrio sobre el promontorio, una peculiar silueta de piedra sobre un fondo de cielo rojizo que me recordó una pintura romántica.

—Perfecto. Sigán hasta Bushmills. Nos encontramos cerca de la destilería.

Los edificios eran impresionantes. Chimeneas de horno en forma de pagodas, bloques de piedra oscura, espacios verdes y un gran *parking*. Una

inscripción enorme, «Old Bushmill's», pintada sobre los tejados, no dejaba ninguna duda sobre el uso del conjunto.

Había coches de policía bloqueando la carretera. Dos camiones del ejército norirlandés parados en el aparcamiento. La policía del Norte y la del Sur se habían aliado en ese caso. Las voces subían de tono, se daban órdenes a gritos, los vehículos arrancaban escandalosamente. El despliegue de fuerzas era impresionante. Policías norirlandeses de uniforme nos transmitieron la orden de aparcar un poco más lejos. Thomas obedeció. Dos civiles se apartaron del grupo para unirse a nosotros. Lynch y Curtis. ¡Por fin dos caras amigas!

—La región está acordonada —anunció Lynch, estrechándonos la mano—. ¡Han instalado cordones policiales por todas partes, Morlaix está jodido!

—Le tendremos antes de que se haga de noche —remató Curtis.

—Nada nos indica que Alexia siga viva —se inquietó Thomas, que pensaba sobre todo en ella—. Me temo lo peor.

La luz disminuía. Le parecía que llevaba encerrada en esa casa días y días. Su estómago protestaba penosamente. Tenía la lengua hinchada por la sed. Ya no se atrevía a moverse, por miedo a reactivar el dolor que sentía alrededor de los tobillos y las muñecas que empezaban a sangrar. Debía tener sombras oscuras y profundas bajo los ojos. Respiraba mal, a sacudidas. Ni un ruido en los alrededores.

El fuego de la chimenea llevaba mucho tiempo apagado y ella tenía frío. El miedo había aletargado también su sistema nervioso, ya no conseguía pensar, ordenar sus ideas. La angustia le provocaba dolor de estómago. Reprimía sus intestinos a punto de capitular por un último reflejo de dignidad.

Para recuperar el coraje, pensó en sus amigos combatientes, en aquellos que no tenían miedo de ir a contracorriente, no les asustaba el descrédito ni la cárcel, y a veces llegaban a sacrificar su vida. Trató de acordarse de Tom paseando por los acantilados de Moher, enseñándole las variedades de flores silvestres. El respiro duró poco.

Se acercaba el ruido de un motor. Era el de la camioneta, le habría reconocido entre mil. El hombre volvía. Un alivio paradójico pero inmenso se expandió por sus venas. Se echó a llorar. El chasquido de la puerta del coche, pasos sobre la gravilla. Alexia percibió la cólera en los gestos. Él entró. Ella le llamó. Él la ignoró. ¿Qué hacía?

¿Qué pasaba? Ella adivinó en la brutalidad de sus pasos que las cosas no iban como él quería. Hubo un enorme barullo en el pasillo y las otras habitaciones. Ella aguzó el oído, tratando de entender el significado.

Un olor de gasolina se extendió por la casa. Paralizada, ella contuvo la respiración y cerró los ojos. ¡Quemada viva! El corazón iba a estallarle en el pecho. ¿Qué esperaba él para encender una cerilla? Que se acabe de una vez por todas. ¡Que termine esta pesadilla!

Hubo otros sonidos que ella percibió solo en parte. Alexia se sumió poco a poco en un estado semi comatoso. Un vago olor a humo. Ella perdió la conciencia.

—**P**asa algo en la Calzada de los Gigantes — nos gritó Lynch al volver del puesto de control—. Subid al coche, nos vamos. Curtis se queda en su puesto.

Conducía a trompicones. «Calzada de los Gigantes», ese nombre me hacía pensar en un ejército de Gargantúa atravesando el mar. No estaba muy lejos de la verdad. La leyenda atribuía en efecto esa particularidad geológica a un gigante que habría construido un espigón para ir a luchar

contra su rival escoces, un coloso también. Supe entonces que los irlandeses consideran ese lugar como la octava maravilla del mundo. Cuarenta mil columnas hexagonales de basalto, plantadas a lo largo de la costa de Antrim desde hacía sesenta millones de años.

Cuando nos acercamos al lugar, un coche de policía vino a nuestro encuentro. El conductor bajó el cristal para decirnos que había una casa ardiendo en tierras del interior. Los bomberos ya estaban allí y se ocupaban de la situación.

—¿Hay víctimas?

—No se sabe nada aún.

Sentí un nudo en la garganta. Habría querido ir a verlo personalmente, pero éramos prisioneros de los hechos, empujados a pesar nuestro a un torbellino de locura.

—El fugitivo está en la zona —nos advirtió el *guard*.

—¿Sabemos si va armado? —preguntó Lynch.

Nuestro informador pareció sorprendido. Armado o no, esa no era la cuestión.

—Lo que cuenta, es que nosotros estemos bien equipados —se mofó.

En sus ojos detecté seguridad y decisión. Comprendí que habían recibido la orden de liquidar a Morlaix si trataba de escapar, lo cual parecía altamente improbable visto el despliegue de fuerzas.

—Los colegas de Ballymena y Coleraine llegan para apoyarnos. Hemos acordonado las salidas en ambos lados. ¡Esta vez no conseguirá huir!

Un auténtico plan de guerra.

La carretera trazaba una curva en diversos puntos, para permitir que los visitantes se acercaran al máximo a los acantilados y contemplaran la serie de bahías en forma de alveolos que se extendían a lo largo de la roca. El fugitivo quedaría rápidamente atrapado entre el océano y el ejército de policías que se ponía en

movimiento. Morlaix era demasiado astuto para no tenerlo todo previsto. Pero esta vez algo no había funcionado. ¿Su plan había fracasado? ¿El barco que esperaba no había venido? Sin duda, sus protectores le habían abandonado en el último momento. Sin el apoyo de Charlie, Yann Morlaix volvía a ser el animal acosado que nunca había dejado de ser.

Los barcos a Escocia partían del puerto de Ballycastle, situado a unos diez kilómetros de Bushmills. La consigna era estrechar el cerco y controlar los alrededores. Lynch optó por los caminos de tierra para ir más rápido. Llegamos a un cruce cuando la voz de Curtis gritó por la radio.

—Los compañeros le han visto correr por el camino costero, se dirige a Rope Bridge.

—¿Rope Bridge? —se extrañó Thomas.

Me miró y precisó:

—Un auténtico callejón sin salida.

Curtis añadió, en tono más bajo:

—Tenemos a la chica. Todo va bien. Los bomberos la encontraron en la casa en llamas. Afectada, pero sana y salva. Una ambulancia la lleva al hospital de Coleraine.

Un inmenso alivio me invadió y sentí una oleada de emoción en la garganta.

—Recibido —dijo Lynch.

Marcha atrás. Giro a la izquierda. Las ruedas del Ford rebotaban en los baches. Las últimas palabras de Curtis habían tenido un efecto tranquilizador y mis nervios se relajaron. Alexia estaba viva, eso era lo único que importaba. En cuanto al fugitivo, yo sabía que los irlandeses no le darían ninguna oportunidad.

Al cabo de unos minutos, cuando salimos del coche de Lynch, nos hicimos cargo claramente de la situación: una bahía en herradura con islotes rocosos que acababan en forma de tenaza. Un cielo

inmenso, rayos de rosa intenso que se mezclaban con los estratos, y se sumergían en un mar azulado. Los acantilados blanquecinos de Rathlin Island, a lo lejos, como una empalizada, levantada en el océano. Detrás de nosotros, cañadas verdes terminadas en pendientes escarpadas hasta el borde del promontorio.

Aquel crepúsculo, los turistas habían abandonado el lugar. Dos empleados, equipados con chalecos naranjas, estaban situados a lo largo del promontorio, fascinados por la escena. Un policía fue a ordenarles que se alejaran y se pusieran a cubierto.

Yo tenía razón, los irlandeses gestionaban esa intervención como una incursión en territorio enemigo. Avanzaban deprisa. Tenían detrás la experiencia de treinta años de *troubles*. Un cordón de policías se desplazó en dirección al precipicio; un helicóptero daba vueltas sobre la zona; el

viento se había levantado y el piloto mantenía el aparato bastante alto para no acabar arrojado al suelo; el ruido del motor añadía una nota dramática.

Dispersos sobre las colinas, agentes de uniforme tomaban posición siguiendo una táctica implacable. Una lancha patrullaba en el mar, vigilaba el acceso a las grutas naturales. Un eco fantasmal resonaba de una colina a otra. Un policía norirlandés gritaba por un megáfono como en tiempos de la guerrilla en las calles de Belfast. Sin duda, el jefe del operativo.

En el borde del precipicio, yo comprendí lo que Thomas entendía por callejón sin salida: un puente de cuerda suspendido sobre el mar, una especie de cordón umbilical que unía la tierra a una isla de pequeñas dimensiones. Se accedía bajando un tramo de peldaños. Treinta metros más abajo, las olas se enrollaban alrededor de las rocas.

De repente, vi una silueta surgir del marco. Nuestro «hombre» corría por el camino costero. Yann Morlaix se dirigía al puente, volaba literalmente.

—¿Pero, qué pretende, mierda? Va a arrojar a la boca del lobo —dijo Thomas, a mis espaldas—. Si franquea ese puente, está acabado.

El asesino francés que perseguíamos desde hacía tantos años, que se me había escapado, que habíamos creído desaparecido para siempre, borrado de los archivos criminales, su fantasma corría a unas decenas de metros de nosotros. Yo no daba crédito a lo que veía. Ví que Morlaix vacilaba un par de segundos antes de bajar el primer escalón. Sabía perfectamente que no había salida. Su gesto era desesperado. Solo yo, en ese instante, estaba en disposición de adivinar lo que pasaba por su cerebro. Yo ya le había visto engañar a la muerte, disolverse en las tinieblas de la tierra, en el infierno de Montmartre. ¿Su huida

permanente habría terminado? Yann Morlaix prefería morir escogiendo el momento.

El tipo del megáfono voceó alguna orden apropiada. Morlaix avanzaba por el puente aferrándose a la cuerda que hacía a la vez de rampa y de barandilla. La estructura se movía por el viento y con cada uno de sus pasos. En el medio, se detuvo, se volvió para evaluar sus posibilidades: no tenía ninguna. Cuando miró hacia mí, supe por la forma como se había tensionado de repente, que me había reconocido. A esa distancia me resultaba difícil leer su cara, pero sabía que sonreía con esa ironía que me había humillado en otro tiempo. Tuve la impresión de que me enviaba un último mensaje: habíamos llegado al final de una partida que no tendría ningún ganador. Comprendí que tenía intención de pasar por encima de la red, de lanzarse al vacío para fundirse finalmente en el mundo de las tinieblas. ¡Antes la muerte que la justicia de los hombres!

Un ruido de motor resonó en ese momento. Una moto, salida de la nada, llegaba a toda velocidad por la colina de enfrente. Detrás del piloto, el pasajero iba armado. El francés se volvió hacia ellos pero no se movió, satisfecho, como si esperara ese momento. El francotirador le atisbó a través de la mirilla. Morlaix se sobresaltó bajo el impacto. Al segundo disparo, su cuerpo se derrumbó. Al tercero, se desmoronó. La moto desapareció inmediatamente en una nube de polvo, dejándonos desconcertados y en ridículo. Nadie había tenido ni tiempo ni intención de reaccionar. Los dos tipos conocían perfectamente el terreno y los alrededores. En cuestión de segundos, habían desaparecido de escena, se habían volatilizado. Un golpe espectacular, perfectamente organizado. Un trabajo rápido y eficaz. Sobre el puente de cuerda, el cuerpo de Yann Morlaix reposaba como un montón de trapos, ondeaba bajo, como el estandarte de una causa perdida.

Yo seguía atónito.

Los irlandeses corrían en todas direcciones. ¡Demasiado tarde! Los coches abandonaban el lugar haciendo chirriar los neumáticos. Se acabó la disciplina y el orden marcial de las primeras horas.

—Pueden intentarlo todo, no les atraparán nunca —afirmó Picard, seguro de sí mismo.

El jefe del operativo estaba furioso, se dirigió a un grupo de policías gesticulando. A nuestro alrededor, los *guards* señalizaban el escenario de la ejecución desplegando un perímetro de seguridad.

Lynch vino hacia nosotros, muy acalorado.

—Le ha matado. Ya no hay nada que hacer.

Nosotros teníamos la impresión de haber sido expoliados por ese final violento y expeditivo.

—¿Quién ha sido? —preguntó Thomas.

—Seguramente sus antiguos amigos. Los gánsteres prefieren arreglar sus cuentas entre ellos.

—¿Pero cómo sabían que Morlaix estaba aquí?

—Le seguían desde hace días. Charlie ya no estaba para protegerle.

Yo di entonces mi versión.

—Morlaix había escogido morir. Nunca habría caído tan fácilmente si no lo hubiera decidido.

—Ni extradición, ni juicio, ni justicia, ni tampoco prisión. Al fin y al cabo, así también está bien —dijo Picard.

—El forense llegará de un momento a otro. Ya conocen el procedimiento, puede que tarde un tiempo. Puedo acompañarles al hospital de Coleraine, si quieren —propuso Lynch.

Ese era mi mayor deseo, pero me quedaba una última cosa que hacer.

—Querría ver el cuerpo más de cerca.

Hubo un silencio.

—Le aseguro que está muerto y bien muerto, esta vez —certificó Lynch.

—Permítame comprobarlo.

—Bien, espere aquí, voy a ver qué puedo hacer.

Se dirigió hacia McConnell que hablaba por teléfono junto a un coche de policía. Hablaron unos segundos, luego Lynch nos hizo un gesto para que le acompañáramos al puente.

—Ve tú solo —me dijo Picard.

Yo anduve como un zombi, llegué a la escalerita, apoyé los pies sobre las tablas de madera. Dos policías de civil hacían apuestas sobre el modelo del arma que había matado al fugitivo. Dudaban entre Remington y Cheyenne Tactical. Yo avancé hasta el cadáver, me agaché para verle más de cerca. Morlaix estaba muerto, yo no soñaba, era efectivamente él. Un hilillo de sangre salía de su boca. Diez minutos antes, corría agarrándose a la cuerda, se burlaba de mí con esa sonrisa que yo conocía. Mitad ángel, mitad demonio. Ahora, todo había terminado. Morlaix no mataría más, no hipnotizaría más a sus víctimas antes de hacerlas desaparecer. No perturbaría más

mis noches. Ni en París ni en ninguna otra parte. Me levanté, reulé ligeramente. Había necesitado tres años para conseguir mi objetivo. Aquel a quien había perseguido yacía ahora a mis pies. Sin embargo, por inverosímil que pudiera parecer, me costaba hacerme a la idea de que el combate había terminado.

Volví sobre mis pasos, me aposté en lo alto de la colina, impresionado por el espectáculo de la rapsodia *irish*. La naturaleza continuaba su gran concierto sinfónico, ella no tenía nada que ver con ese reducido grupo de hombres que se agitaban sobre la cima de un peñasco. El sol entraba en el mar, incandescente. ¡Yo respiré por fin!

Thomas me esperaba tranquilamente.

—Acabo de telefonar a París —me comunicó—. Pichot se alegra del resultado.

Como llegó el forense, Lynch le pidió a un policía de civil que nos acompañara hasta Bushmills.

Habíamos recuperado su 4x4. Sin preguntar mi opinión, Thomas se dirigió hacia el hospital Causeway de Coleraine. Era de noche cuando llegamos. ¿Todavía era posible visitar a miss Costa?

—Hablen con las enfermeras de la cuarta planta, ala oeste, escalera B —nos contestó la empleada.

En el ascensor, tuve un mal presentimiento. Mi angustia se acentuó cuando las puertas se abrieron a un pasillo blanco y frío. Había una enfermera sentada en un escritorio y consultaba un registro. Levantó la nariz hacia nosotros y dijo:

—Las visitas han terminado, señores. Vuelvan mañana.

—Queríamos saber cómo está miss Costa —replicó Thomas—. Alexia Costa.

La expresión de la mujer cambió.

—Miss Costa ya no está aquí, dejó el hospital hace unos veinte minutos aproximadamente.

—¿Cómo es eso?

—Firmó el documento correspondiente, alguien la vino a buscar.

—¿Sabe usted quién?

—Su novio, creo. Mi colega se ocupó del trámite.

Hojeó el registro.

—Miren, lo he encontrado. Un tal Paul Ryan.

Aunque había sufrido una prueba psicológica muy dura, Alexia había dado muestras de tal determinación, que el médico había acabado por acceder a su petición. Sus heridas no eran graves, no tendría ninguna secuela en el aspecto físico. «En el aspecto psicológico es otra cosa», añadió la mujer.

—En ese caso, nosotros no tenemos nada más que hacer aquí. Perdone las molestas.

Fatigados ya por la *road movie*, la tensión de la jornada, la traca final, la fuga de Alexia nos

remató. Thomas se sentía traicionado y me confesó que lo sentía mucho por mí.

—Paul y Alex se conocen desde hace varios años. Ya se habían separado y luego volvieron. Seguro que Alex te telefoneará en un par de días para pedirte que lo entiendas...

—Deberías haberme avisado.

—Quería hacerlo, pero parecías muy enamorado.

—¡Qué idiota he sido!

—Ella siente algo por ti. Sí, te lo aseguro. Es un animalito salvaje. No ha nacido nadie capaz de retenerla a su lado. Paul y Alex luchan por lo mismo. Están hechos de la misma pasta.

—Mientras que yo, era un mero accidente. Me he limitado a pasar por su vida.

—Me preguntaba adónde iría a parar vuestra historia.

—¡Pues ya ves, ha terminado incluso antes de empezar! Ella me dijo que nosotros no habíamos

hecho las cosas en orden, que nos habíamos amado antes de conocernos.

El exnovio de Alex vivía en Belfast, que solo estaba a una hora y media en coche de Coleraine. Era él en quien ella había pensado primero, él a quien había llamado para que fuera a buscarla. Alex me había borrado de su existencia en cuestión de horas, no había tenido el valor de telefonar para hacerme partícipe de su decisión, ni de llamar a Thomas para decirle como estaba.

Yo ya no entendía nada. El vacío siempre me había producido vértigo. La ausencia me da miedo.

Habíamos caminado por la calle y empujado la puerta de un pub. Necesitaba tomarme una buena docena de pintas para aturdirme. Después, en un hotelito cercano y barato, me derrumbé en la cama, abrumado, y dormí hasta el día siguiente.

Thomas llamó a la puerta de mi habitación hacia las diez de la mañana.

—Prepárate, volvemos a Dublín.

Le pedí a mi amigo que apagara la radio del coche, no tenía ganas de oír los comentarios de los periodistas sobre lo que había pasado. Mantenía los ojos fijos en el paisaje. Tenía la cabeza pesada, no quería pensar en nada.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó Thomas al cabo de un buen rato.

—No lo sé. Todavía me quedan vacaciones, y me convienen, creo que ahora es el momento.

—Puedes venir a casa, si quieres. El tiempo que necesites para volver a estar en forma.

Era una forma de hacerme entender que no tenía buen aspecto. De hecho, encajé mal ese último golpe propinado por Alexia. Una fatiga inmensa se añadía a mi fracaso.

Pasé dos días y dos noches en casa de los Picard. Irène, como era de esperar, fue de una delicadeza ejemplar. Recuperé fuerzas y visité algunos sitios, la fábrica Guinness, la casa de Bernard Shaw y la antigua cárcel de Kilmainham, siguiendo dócilmente a la masa de turistas.

McConnell convocó a Thomas en Harcourt Street para que informara del desenlace de la investigación. Cuando volvió, no le pregunté ni cómo había ido, ni qué se había dicho. Morlaix había muerto víctima de su delirio. Alexia Costa militaba en otras causas y se perdía en otros compromisos igualmente improbables. ¡Fin de la historia! Yo no quería oír hablar más de asuntos sentimentales, ni criminales. Volví a ver a Lynch y Curtis, tomamos una copa juntos en un pub de Temple Bar, e intercambiamos chistes malos.

El tercer día, ya estaba mucho mejor.

—¿Qué te parecería una excursión de pesca a Donegal? Unos días entre hombres —me propuso Thomas.

—¿Hablas en serio?

—Prepara la bolsa. Un jersey, un buen par de zapatos y un cepillo de dientes, bastarán.

En el momento de salir, Irène me pidió que la siguiera a la cocina. Yo sabía que iba a hablarme de Alexia.

—Tengo que darle un recado.

Yo adopté una actitud socarrona.

—¡Ah, sí! ¿En serio?

—Alexia siente mucho lo que pasó. Quiere que sepa que siempre ha sido sincera con usted.

—¿No ha dicho nada más?

—No.

—¿Cómo está?

—Mejor. Está en Belfast. La policía del Norte la interrogó durante horas, está muy cansada. Yo le he aconsejado que descansara diez días antes de volver a trabajar. La verdad es que no creo que vuelva a poner los pies en la Alianza. Mire, Damien, yo conozco bien a Alexia, pertenece a esa raza de personas que se sienten investidas de una misión y que nada, nunca, las desvía del camino que se han trazado. No se preocupe, usted no tiene nada que reprocharse.

Al verme marchar, añadió en tono tranquilizador y amigable:

—Acabará por olvidarla y dejará de hacerse preguntas. No trate de comprender del todo el alma irlandesa. Respete sus misterios aunque no los pueda entender.

Circulamos durante horas de camino a Donegal. El cielo y el asfalto se confundían. Mi mirada se perdía en el horizonte. Yo reflexionaba sobre lo que acabábamos de vivir, volví a ver la silueta de Morlaix sobre Rope Bridge, su actitud provocadora en el momento de morir. Volví a pensar en la cara de Alexia, en el color de sus ojos, en esa forma que tenía de sonreír bajando un poco la cabeza, y me di cuenta de que ya nada sería como antes.

Agradecimientos

A Guillame, alias William, por el descubrimiento de la Irlanda profunda.

A Alexandra, por los retratos psicológicos.

A Philippe Briand, Damien Raux, Guillaume Ryckewaert, Gérard Opresco por la investigación francesa.

A Patrick Isseberg por los aspectos psiquiátricos y médicos.

A Lili, Hugh y Mary, Wayne y Rosaleen, Dave 00 y María, Daisy, por la parte irlandesa.

A Sophie Hordé.

A Bernard Marc.

A Georges, a quien conocí en un pub irlandés.

Y a todos los irlandeses anónimos que
nutrieron las páginas de esta novela.

1 ¡Hijoputa!

2 ¡Ve con cuidado!

3 Camarera.

4 Brigada criminal sita en la Prefectura de Policía de París, Quai des Orfèvres, 36. (*N. de la T.*)

5 Fichero Nacional de Huellas Genéticas. (*N. de la T.*)

6 Deporte de equipo de origen celta. (*N. de la T.*)

7 Lago, en irlandés. (*N. de la T.*)

8 Frase ritual de los niños que van de puerta en puerta la vigilia de Halloween. (*N. de la T.*)

10 Significa «fiesta de noche», y es una celebración tradicional de la zona occidental de la región francesa de Bretaña, esencialmente compuesta de bailes y cantos. (*N. de la T.*)

11 ¡Mierda! ¡Hostia!

12 Expresión gaélica: ¿qué hay de nuevo? ¿Qué te cuentas?

13 ¡Montón de mierda!

15 Agregado de Seguridad Interior.

16 Henry de Monfreid (1879-1974) fue un aventurero y escritor francés, gran conocedor de Egipto y el mar Rojo. (*N. de la T.*)

17 Sophie Toscan du Plantier, esposa del célebre productor de cine francés Daniel Toscan du Plantier, fue asesinada el 23 de diciembre de 1996 a pocos pasos de su residencia de vacaciones de Schull, Irlanda. *(N. de la T.)*.

18 ¡Vete a la mierda!

19 Nuestro día llegará.

20 En Irlanda no hay serpientes. La leyenda atribuye el mérito a san Patricio. (*N. de la T.*)

21 Cerveza negra.

22 ¡Bienvenido a Irlanda!

23 Tren de cercanías.

25 Símbolo celta.

26 Alusión a las huelgas de hambre de los prisioneros republicanos irlandeses durante los años ochenta en Irlanda del Norte.

27 Transformar la oscuridad en luz.

28 Duende de la mitología irlandesa. (*N. de la T.*)

29 Traficantes de drogas.

30 *Sidhe*, nombre celta que se refiere a los montículos sobre los que se asientan los monumentos megalíticos. De él también deriva una de las denominaciones que reciben las hadas en Irlanda y Escocia: *daoine sídhe*. (N. de la T.).

31 Nombre que reciben los miembros del IRA. (*N. de la T.*)

33 La cabeza de Toto es un juego infantil que consiste en escribir la suma de cero más cero conformando una cara. (*N. de la T.*)

34 Tambor típico irlandés.

36 Barco turístico que recorre el Sena.

37 Embarcación tradicional irlandesa, hecha de madera y pieles de animales.

39 Dímelo ahora, tengo que saber si quieres que me quede o me vaya.

40 Instrumento tradicional irlandés.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original: *Tromper la mort*

© Maryse Rivière, 2014

© Librairie Arthème Fayard, 2014

© De la traducción: Montse Roca, 2016

© La Esfera de los Libros, S.L., 2016

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-9060-610-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

